

JOSÉ IGNACIO CARNERO

**AMA**



JOSÉ IGNACIO CARNERO

ama



SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@cabalodetroyaeditorial



@cabalotroyaed



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A mi madre*



*ama:*

sustantivo en euskera: madre

tercera persona del presente del verbo amar

# I

No es que todas las familias felices se parezcan las unas a las otras, sino que, como han estado tan ocupadas siendo felices, no han encontrado el momento de ponerse a escribir sobre sí mismas. Es el olvido, y no la felicidad, el que hace a esas familias iguales. Cuando la memoria se abandona, todos nos comenzamos a parecer mucho.

Algo parecido se podría decir de las familias humildes: como han estado tan ocupadas trabajando, no han encontrado el momento de volver sobre sí mismas. Por eso, hay un momento en el que la memoria se diluye, y entonces resulta imposible reconstruir los recuerdos. No hay fotos, ni cartas, ni mucho menos cintas de vídeo. Yo soy de una de esas familias. La memoria privada de mi familia comienza con la edad adulta de mis padres y, más concretamente, podríamos decir que comienza cuando yo nazco. De mí hay fotos disfrazado de Batman, recortes de periódico de la época en la que jugaba al fútbol, diplomas universitarios, o vídeos de las vacaciones en el pueblo. De mí hay dibujos hechos para el día de la madre, agendas escolares, o cartas enviadas desde algún campamento de verano. Pero de mis padres y de mis abuelos apenas se conserva nada. En mi familia se ha preferido conservar una colección de Disney en VHS, o la vajilla del Banco Bilbao Vizcaya, antes que la memoria. Por eso, mi familia se parece a todas las demás.

En el relato de las vidas de las familias humildes no hay nada extraordinario. La vida, sencillamente, sucede. La vida, sencillamente, se toma

tal y como viene. En esas familias, normalmente, no hay golpes de suerte, heroísmo, ni épica y, si la hay, trata de ocultarse, porque siempre se cree que algo malo vendrá después; que hay un Dios justiciero que, como les vea sacar pecho, les esperará en una esquina para arrearles un guantazo, y así volver a colocarles en su sitio. Ese es otro motivo por el cual las familias humildes no se atreven a escribir sobre sí mismas: porque no quieren dejar constancia de las cosas buenas que les suceden; porque prefieren, si llega, disfrutar de la fortuna en silencio, y después irse de la fiesta de puntillas, sin llamar la atención, como si nunca hubieran estado allí.

Pero es un error no contarlos. No hay ningún Dios esperándonos en la esquina. No hay, en realidad, ningún Dios en ninguna parte. Debería de saberlo quien hizo la pintada que ahora contemplo en los servicios del hospital en el que han ingresado a mi madre. ¿Dónde está Dios? Eso han pintado en la puerta de los servicios de la planta de oncología. Yo creo que Dios no está en ningún lado, pero mi madre seguro que piensa que, efectivamente, Dios estaba ahí, contemplando nuestra felicidad, esperándonos paciente para atizarnos con el mazo de la justicia divina.

Tonterías. Tan sólo es la pintada de un lavabo, sin más credibilidad que la pintada que pudiera haber en los aseos de una discoteca. No creo en esa pintada, y por esa razón voy a escribirlo. Voy a sentarme con mi madre a hablar. Le pediré permiso para grabarla con el móvil, y después repasaré todos los álbumes de fotos que se conservan en casa. Abriré también esa caja de fotos desechadas, que no sé por qué mi madre conserva. Mi madre lo guarda todo «por si acaso». Sin embargo, yo creo que las fotos sirven o no sirven, pero no se dejan en una especie de purgatorio a la espera de una decisión final. Es indiferente. Recurriré a esas fotos. Son fotos desenfocadas, o en las que alguno de los retratados aparece con los ojos cerrados, despistado, movido, echando la bronca a un niño, o en medio de un ataque de

risa. Son fotos, en definitiva, en las que se capta mejor la vida que en aquellas otras, más pulcras, que han pasado la censura de mi madre, y accedido así a los álbumes familiares.

Me fijo en una de esas fotografías. En ella mi madre sale de espaldas. Debe de tener unos dieciocho años. Camina por una calle empujando el carrito de un niño. La imagen está tomada desde el jardín de una casa. Se ve la verja metálica, y los setos que cercan el chalet. Es una casa señorial. Es, me dice mi madre, una casa en la que trabajó de interna cuidando a los niños, cocinando y limpiando. Siendo todavía una adolescente, cuando llegó de Galicia a Bilbao, la contrató una familia rica de la Margen Derecha. En mi tierra, la Ría es una frontera hecha de agua. Mi madre vivía a ese otro lado de la frontera. Salió del campo y la metieron en aquella prisión camuflada de palacio. Era una villa que daba al mar. Mi madre, a pesar de ser gallega, nunca había visto el mar. Por eso, pensó que aquel invierno las olas del mar se tragarían el chalet. Lo pensaba de verdad. Ahora se ríe, pero entonces lo pensaba de verdad. Por las noches no podía dormir. Creía que había tenido suerte consiguiendo ese trabajo, que era dichosa, y que, por esa razón, ese Dios del Antiguo Testamento se vengaba de ella enviándole la furia del océano.

En aquella casa conoció a Gloria, otra chica, otra niña de campo que trabajaba para esos señores. Gloria era más lanzada que mi madre. Cuando los señores no estaban se servía un whisky y ponía el tocadiscos. Les gustaba Juan Pardo. Gloria arrastraba a mi madre al baile de los domingos por la tarde. Era el domingo el único día que libraban. Libraban todo el día, pero por la mañana tenían que ir a misa con los señores, es decir, que libraban medio día. Fue esa regla la primera que mi madre rompió. Eso me ha contado hoy desde la cama del hospital. Mi madre era creyente, todavía lo es, pero antepuso su dignidad. Lo hizo sin pensarlo, claro, como suelen suceder los actos heroicos. Todavía no sabe por qué lo hizo. La dignidad, el honor y todos esos conceptos



son meras abstracciones que se concretan en actos llevados a cabo por personas que normalmente no meditan si actúan con dignidad u honor. Esas personas hacen las cosas porque sí; porque qué iban a hacer si no. Hacen las cosas porque tiene que ser así, y entonces los demás pensamos que han hecho algo extraordinario, y le ponemos nombre. Pero eso sucede en la ficción. Soy yo, cuando escribo estas líneas, el que pone nombre y significado a las cosas. En la vida real, eso no sucede. En la vida real, un tren es un tren. En una novela, un tren puede ser la metáfora de lo que se ha ido, y que no volverá. En una novela, las cosas pueden ser lo que queramos que sean, pero en la vida real no. Mi madre dijo aquel día que no iba a misa, y yo le llamo dignidad, pero la única realidad es que no fue a misa. Así de sencillas son las cosas antes de que las escribamos.

Seguro que aquel domingo había luz de domingo, y se vistieron de domingo. Bajaron al hall del chalet como cualquier otro día que iban a misa. Allí estaban los señores, los niños y las chicas de servicio dispuestos a ir a la iglesia. Entonces mi madre le dijo al señor que era su día libre, y que le perdonara, pero que no iría.

— ¿Y qué hiciste? —le pregunto a mi madre.

— Pues nada. ¿Qué iba a hacer? Me senté en un parque a dar de comer a las palomas.

Eso me ha respondido, y después los dos nos hemos quedado en silencio escuchando tan sólo el constante burbujeo del oxígeno que las enfermeras le han colocado en la nariz.

Hay otras fotos en la caja de mi madre. Deben de ser también de aquella casa junto al mar. Creo que a mi madre le ha dado vergüenza exponerlas en el álbum familiar, y por eso las ha metido en esta caja. A la pobreza normalmente

le acompaña un sentimiento de culpabilidad por ser pobre. En las fotos mi madre lleva delantal y cofia, y en una de ellas, que parece haber enviado a mi padre cuando eran novios, tiene escrito en el reverso: «Aquí te mando una foto en el jardín con dos chicas de Mellid una amiga de ellas tenía una maquina y estábamos sin arreglar y dijo poneros ahí y nos saco la foto. Deja de escribirme». Le dice eso, me explica mi madre, porque le da vergüenza que la señora de la casa le abra el correo y lea lo que mi padre le escribe. Mi madre le dice también que está sin arreglar. La reconozco en esas letras, vergonzosa, presumida y tímida. En esa foto mi madre lleva delantal y cofia, pero en otras fotos puedo ver que los señores visten como en las películas, o como en los cuadros de Hopper. Visten como nos han dicho en la televisión que vestían nuestros padres y nuestros abuelos. Pero nos mentían. No éramos tan modernos ni tan apuestos. Medíamos una cabeza menos. No leíamos ni escuchábamos jazz. Los que vinieron a la ciudad, es cierto, algo se sofisticaron. Cuando volvían al pueblo, los pocos que allí se habían quedado, les llamaban «los jolines». Se reían de lo finos que se habían vuelto en la ciudad. Decían menos palabrotas. Decían «jolín», y no tanto «joder». Por eso, les llamaban «los jolines». A pesar de eso, lo cierto es que no eran cosmopolitas. Si se trata de reivindicarles, hemos de pensar antes en El Fary que en Bob Dylan. En ese capullo machista de El Fary, aunque nos joda.

Mis padres no eran modernos, ni esnobs, ni farsantes como yo. Mis padres recorrían esas carreteras nacionales que eran las venas abiertas de un país. En su Seat 127 rojo aceleraban sobre un asfalto rugoso, lleno de baches, y cunetas agrietadas, y se cruzaban con animales que atravesaban la calzada, y con ancianos subidos en un carro, y con empleados de gasolineras apoyados en los surtidores, y con hombres manchados del alquitrán que esparcían sobre el

pavimento, hombres curtidos por el viento y quemados por el sol que caía sobre los páramos yermos, hombres que surgían de entre la espesa breña que el calor había derretido. Con todo eso se cruzaban en aquellas carreteras que yo nunca llegué a pisar.

Con la entrada en Europa, y la construcción de nuevas autovías y autopistas, aquellas carreteras quedaron abandonadas. Años después, cuando me fui a vivir a Madrid, un viernes al mes cogía el Alsa en Avenida de América y contemplaba esas tierras baldías de la meseta. Contemplaba la carretera nacional discurrir paralela a la autopista, y después esconderse, y más tarde volver a surgir de entre los peñascos y los árboles. Parecía el cuello de una serpiente asustada. La vieja carretera ondulaba y se asomaba cada cierto tiempo, pero nunca nadie circulaba por ella. Sólo era recorrida por los escasos habitantes de los pueblos contiguos. De vez en cuando, a través del cristal del autobús, veía asomarse un coche, y entonces me parecía ver a mis padres en su Seat 127 rojo, pero sólo eran espejismos de otra época, porque hacía ya años que no tenían ese coche. El autobús aceleraba, y yo leía letreros de pueblos que tenían una resonancia en mi memoria. Gumiel de Izán, Monasterio de Rodilla, Briviesca. Pueblos en los que nunca había estado, pero que mi mente reconocía a la perfección. Eran pueblos que conocía mejor que Madrid, o que Bilbao, aunque nunca hubiese puesto un pie en ellos. Era la memoria de mis padres, transmitida a través de algún reducto atávico, la que me hacía conocer esos lugares. Eran también los rostros de mis vecinos, de mis compañeros de trabajo, de mis amigos, los mismos rostros que los de aquellos otros que se quedaron varados en esos pueblos, y que hoy llamamos campesinos. Somos una tierra de labradores. En el carnet de identidad de mi abuelo, que mi madre todavía conserva, dice que su profesión es labrador, y aunque pasen generaciones, sus nietos seguimos teniendo aspecto de labrador por mucha ropa de marca, gafas de sol, y peinado de futbolista que llevemos

encima como máscaras que ocultan nuestra verdadera piel.

El autobús recorría la autopista y yo me sentía viajante de comercio. Creía que llevaba en la maleta un catálogo de productos que vender, cuando, en realidad, era abogado. Era abogado en un prestigioso bufete de Madrid, pero me sentía viajante de comercio. Antes los viajantes vendían productos, pero ahora el producto somos nosotros mismos. Nos vendemos en catálogos que se exponen en internet. En LinkedIn, en Tinder, en Instagram. Nos exponemos como antes se exponían las telas del textil catalán, o la porcelana de Castellón. Por eso, en aquel autobús de Alsa que cubría la ruta Madrid-Bilbao, me sentía como esos viajantes de los cuadros de Hopper. De madrugada, el autobús abandonaba la autopista, recorría varios kilómetros por una carretera nacional, y se detenía en un restaurante de Lerma. No ha pasado tanto tiempo, apenas siete u ocho años, pero me han dicho mis amigos de Madrid que ese autobús ya no se para en aquel restaurante. Han construido una moderna área de servicio, y ahora los autobuses que unen Madrid y Bilbao hacen su descanso allí. He buscado en internet el antiguo restaurante, pero no lo encuentro. Abro Google Maps, pero no lo localizo. Quizá deba coger el coche y comenzar a buscarlo, pero creo que acabaría por desistir, porque por aquel entonces siempre viajaba por las noches, y no reconocería el paisaje.

Si cogías el autobús VIP, la última parada estaba en la Margen Derecha, el lugar en el que mi madre estuvo trabajando interna, y no en Bilbao. Siempre me pareció que era una bonita metáfora de las clases sociales. Recuerdo que cuando, de madrugada, el autobús llegaba a Bilbao, siempre me estaba esperando mi padre. Los padres de aquellos chicos que venían en el Alsa nos esperaban con el coche aparcado en doble fila. A veces, charlaban entre ellos y se acababan conociendo. Aquellos padres que esperaban a sus hijos para llevarles a los pueblos obreros de la Margen Izquierda se contaban lo bien que les iba a los chicos en Madrid. Recién licenciados en prestigiosas

universidades, habíamos salido al mercado laboral en plena crisis, y cobrábamos salarios de miseria, pero todo eso daba igual. Nuestros padres estaban orgullosos de sus hijos porque iban vestidos con traje y corbata. Nuestros padres habían visto a sus hijos, por fin, abandonar esas carreteras nacionales, y transitar por modernas autopistas de peaje. Recuerdo aquel autobús que cogía en Avenida de América. Y recuerdo el rostro de mi madre al llegar a casa diciéndome que todo ese sacrificio merecía la pena. Nunca hice el mínimo esfuerzo para sacarla de lo que yo consideraba un error. Tengo que confesar que no me fui a Madrid para progresar en la vida. Me fui porque estaba seguro de que allí me iba a divertir más. El resto de cosas vinieron sin tan siquiera haberlas deseado, pero mi madre siempre pensó que yo me fui a Madrid a buscarlas. Por eso, aunque me vaya bien la vida, siempre pienso que la estoy defraudando.

Antes de irme a Madrid, siendo niño, cuando el astillero terminaba la construcción de un nuevo barco, el profesor nos sacaba de clase para poder verlo pasar por debajo del Puente Colgante. Con la crisis, el astillero cerró, pero el Puente Colgante siguió en el mismo lugar de siempre. Yo ya no sigo en el mismo lugar de siempre. Dejé Portugaleta años después de que los Altos Hornos cerraran. Una tarde de 1996, las chimeneas dejaron de escupir esas llamas azafranadas que iluminaban el cielo. Yo tenía entonces diez años, pero aún hoy, con treinta, recuerdo el silencio en el que se quedó el pueblo cuando las máquinas se detuvieron. Mis padres vendieron la casa de Galicia y me mandaron a una universidad privada. Allí estaban esas chicas que conducen Minis rojos. Una mañana, como el Pijoaparte, me desperté en la cama de una de ellas. La asistenta se acercó a preguntar qué queríamos para comer. Me sentí fuera de lugar. Como Adolfo Suárez, pedí una tortilla francesa y un café

con leche. Una comida sobria para que esa chica no pensase que los pobres lo somos por derrochadores. Fue un error porque con una tortilla francesa y un café con leche en el cuerpo no se lleva bien una transición a la democracia, pero tampoco una resaca.

Visité más casas de chicas con apellidos compuestos, me emborraché, follé, y me deprimí en la medida de mis posibilidades. Una voladura controlada. Nada en exceso. Si me hubiese pasado de la raya, nadie me hubiese recogido. Soy un buen chico. Por eso, me contrató un bufete de abogados. Me marché a Madrid y más tarde a Barcelona; a un último piso con una gran terraza en Muntaner con Travessera de Gràcia; un piso desde el que no veo los barcos saliendo del astillero. Veo el Tibidabo, el edificio de una editorial y el mar a lo lejos. Es una casa burguesa con parque, terraza, y un portero nada simpático. Es mi migaja del pastel capitalista. A pesar de eso, en las conversaciones con mis amigos defiendo ideas de izquierdas. A veces, defiendo ideas que me creo a medias. Ha de ser así. No puedo hacer otra cosa. Mi madre siguió votando a Felipe González cuando dejó de creer en él. Hace dos décadas que este dejó la política, pero mi madre todavía hoy sigue votando a Felipe. La mayor parte de mis amigos son de derechas, y eso me da un toque distintivo. Me han adoptado como a una mascota. Soy dócil y limpio. No doy problemas. Ahora que todo me va bien, no voy a ser yo quien comience la revolución. En el fondo, siempre quise ser como esos esnobs de Bocaccio. Voy a la Filmoteca, bebo Dry Martini, y leo a Pessoa. Soy tan farsante como esta ciudad. Al menos no tengo moto, ni esquío, ni voy al gimnasio. Al menos no me he comprado un tocadiscos. Al menos sigo escribiendo sobre aquellos barcos que salían del astillero. De adolescente leía *El País*, y ahora estoy en Tinder.

Sin embargo, no siempre he sido tan sofisticado como parece. Sirva como ejemplo que el restaurante donde celebraron mi bautizo es hoy un kebab. Me gustaba pensar que hubo un tiempo en el que fue un local con cierta nobleza, pero, en realidad, nunca lo fue. Mesón Romero se llamaba. Ese nombre castizo me hizo imaginar un restaurante con grandes salones de madera, pero contemplando las fotos de la celebración me doy cuenta de que siempre ha sido un antro más o menos parecido al de ahora. En las fotos yo soy un bebé rollizo, y mis padres están sonrientes. Iba a escribir jóvenes y sonrientes, pero lo cierto es que cuando yo nací mis padres ya no eran jóvenes. Llevaban mucho tiempo buscando un hijo, pero no lo lograban. Mi madre abortó en tres ocasiones. Abortos naturales, siempre apostillaba ella. Al cuarto intento, nací yo. Hijo único. La gente cree que los hijos únicos, que nacen después de muchos años de matrimonio, entran en la vida de sus padres y la descolocan, pero lo cierto es que no. Los padres están tan acostumbrados a su vida que apenas la tocan. El hijo, por así decirlo, nunca es el primero de los tres. Más bien es el último. Eso se lo he leído a varios hijos únicos que escriben. Además, el hijo es, o se cree que es, mayor de lo que en realidad es. Piensa que le correspondía haber nacido diez, quince, o veinte años antes, y pasa entonces a comportarse como un adulto a pesar de que aún es un niño. En eso se nota que el hijo trata de acoplarse a la vida de sus padres, y no al revés. Es el hijo el que se hace adulto y no los padres los que se hacen niños.

Mi madre tenía ya cuarenta años cuando nací yo. El ginecólogo se llamaba Ignacio. Su sobrino era el defensa central titular del Athletic de Bilbao. Un fino central que llegó a jugar con la selección española: Genar Andrinua. Me pusieron Ignacio por él. Fue una promesa de mi madre. Durante el embarazo, mi madre iba al ginecólogo cada mes, y éste le decía que le daba apuro cobrarle por no hacer nada, pero mi madre le contestaba que así se quedaba más tranquila. Mi madre me ha contado que en las silenciosas noches de

verano, se tocaba la tripa, y me decía: «Muévete, muévete», y yo me movía, y entonces ella se relajaba, y se quedaba dormida. Después de nacer yo, seguimos visitando al ginecólogo, pero mi madre ya no le pagaba la consulta. Creo que mi madre, a pesar de haber salido todo bien, no las tenía todas consigo. Esperaba un castigo de Dios y desconfiaba de tanta felicidad. Los gallegos son un poco así: desconfiados, pesimistas, prudentes. Los gallegos todavía no se creen a salvo del diluvio universal.

Mi padre es incluso mayor que mi madre. A mi padre le preguntaban si yo era su nieto. Nunca se lo tomó a mal. Al contrario, se hinchaba de virilidad. Mis padres, para ser sinceros, no sabían cómo educarme. No podían seguir el modelo de los hijos de sus amigos, porque pertenecían a otra generación, pero tampoco comprendían demasiado bien qué era lo que hacían los padres de mis compañeros de colegio. Mis padres me decían que no me pinchase caballo, cuando la heroína hacía veinte años que había desaparecido. Mis padres intuían algunas cosas, se fiaban de los profesores, y se fiaban de mí también. Me educaron con más libertad que a ninguno de mis amigos. Me educaron con libertad y amor. Por eso, quizá, lo hicieron tan bien. Yo no estudiaba porque me gustase estudiar. Estudiaba porque no sabía hacer nada con las manos, y me daba miedo acabar de reponedor en el supermercado del barrio. Nunca supe arreglar un enchufe, ni montar una barbacoa. No sé cómo salieron las cosas bien conmigo. Todo fue una auténtica casualidad.

En las fotos del bautizo, mi padre me sostiene sonriente, y mis primos llevan un puro en la boca. Visten una sudadera gris con la publicidad de Cola Cao. Una prenda que, al parecer, mis tíos reservaban para ceremonias especiales. No quiero pensar qué vestirían a diario. Hay muchas botellas de vino y aguardiente. Les oigo hablar en gallego. Les oigo gritar y cantar. Los gallegos, en mi barrio, son como los italianos en las películas de Scorsese.



Cuando yo nací, mi madre dejó de trabajar en esas casas de la Margen Derecha. Mi madre pasó entonces a ser madre, aunque mucho antes ya lo había sido. Era la hermana mayor, y fue madre de sus hermanos, después lo fue de aquellos niños que cuidaba y, más tarde, de sus sobrinos. Fue madre también de sus padres. Mis abuelos vivían en casa. Mi abuelo hizo entera la Guerra Civil, y volvió siendo otro. Eso dicen. Para mí siempre fue el mismo. Le recuerdo taciturno, con sus codos apoyados en las rodillas, fumando Celtas sin parar. Recuerdo que veía *Bonanza* y *El equipo A* con él, y que nunca habló ni una palabra de la guerra. Mi abuelo no pudo volver a trabajar. En su expediente militar puedo leer una nota de 1939 que dice «No apto para el empleo». El campo era miseria y hambre y, por esa razón, mi madre se trajo a mis abuelos a vivir al piso que acababa de comprar con mi padre. Un tercero sin ascensor en un bloque de pisos de un barrio obrero. Lo compraron en 1968. En mayo de 1968, las calles de París ardían, pero mis padres estaban más pendientes de pagar la primera letra de la hipoteca. Desde entonces, viven allí. Nunca se han mudado. Compraron el piso y, de inmediato, supieron que ese era su lugar en el mundo. El vendedor, no sé muy bien cómo, quiso engañarles con las arras y, entonces, en lugar de acudir al juzgado, mi padre juntó a unos amigos y fueron a hablar con aquel señor. Mi padre es buena persona, pero bruto. Mi padre lleva una navaja en la guantera del coche. Mi padre, un verano que me fui a recorrer Nicaragua, me recomendó que me comprase una navaja como la suya.

El caso es que, finalmente, compraron el piso. Mis abuelos no eran ancianos entonces, pero tampoco eran jóvenes como para entrar a trabajar en una fábrica. Mis abuelos no podían hacer nada en la ciudad. Ni siquiera sabían escribir. Mi abuelo firmaba los papeles con su huella dactilar, o con una cruz. No conocía tampoco los números, y usaba alubias, o lo que pillase, para poder

contar. Por eso digo que mi madre fue también madre de ellos. Mi madre fue muchas veces madre antes de ser mi madre.

En las fotos de la caja se puede ver a mi madre siempre rodeada de niños. Son niños cursis, niños franquistas, niños repelentes. Sé que es injusto considerarlos así, pero es la ventaja que otorga ver todo en perspectiva. La distancia que dan los años que han pasado desde esas fotos me permite saber que esos niños después fueron hippies, o comunistas, pero acabaron votando al Partido Popular. Mi madre me ha dicho los nombres. Me ha dicho los apellidos de alguno de esos niños, y sé que al menos uno de ellos acabó siendo eurodiputado de un partido conservador. Está en su derecho, naturalmente. Lo que me ofende es que se creían mejores, mejores que esas chicas del servicio analfabetas por el mero hecho de pasearse por la calle con un tomo de *El capital*. No eran mejores que ellas. No lo eran. Tampoco ellas eran mejores que esos hijos de la burguesía. También hay que decirlo. Habría de todo. Para que la injusticia desaparezca no hace falta que los desamparados sean buenas personas, como tampoco hace falta que los ricos sean despiadados. Unos y otros serían mezquinos y piadosos, pero, sencillamente, lo que estaba pasando con esas chicas no tenía que suceder. La injusticia es injusta por sí misma. No sólo los santos sufren el abuso. Conviene decirlo antes de que nos pongamos melodramáticos, porque si no esta novela se podría empezar a parecer a una película de León de Aranoa. No voy a escribir un libro en el que todos los pobres son virtuosos. No. Voy a contarlo tal y como me lo cuenta mi madre. Escucho sus palabras y las escribo. Sólo hago eso. He preferido hacerlo así y no de la forma en la que mi madre lo intentó. Hace unos meses me enseñó un cuaderno en el que, según me dijo, iba a contar su vida. Podría ser benévolo, pero lo cierto es que el cuaderno de mi madre era un desastre literario. Una serie de datos y fechas sin el más mínimo interés: el año en que nació, el lugar donde hizo la primera comunión, el

nombre de sus primas, etcétera. Abro el cuaderno y trato de ordenar lo que mi madre cuenta en él, pero acabo por cerrarlo y prefiero tan sólo escucharla.

Cuenta mi madre que en aquellas casas de gente rica de la Margen Derecha de la Ría ni las miraban a la cara; que a algunas, pocas obviamente, los señores las dejaron preñadas y las obligaron a abortar, o a vivir lejos de sus casas; que les levantaban la voz y algunas veces, pocas obviamente, incluso la mano; que a pesar de cuidar a los niños de la casa, ellas no entraban por la puerta principal sino por la de servicio; que les espiaban las conversaciones que mantenían por teléfono; que les avergonzaba no saber hablar bien el castellano; que le gustaba su trabajo y era feliz porque le encantaba cocinar; que alguna vez le dijeron que la comida estaba exquisita, y eso la hacía sentirse orgullosa; que también le gustaba ganar un salario y tener una vida mejor que la de frío y hambre de la aldea; que, por eso, cuando alguien de Galicia le hablaba mal del País Vasco ella contestaba siempre lo mismo: «Pues a mí lo de cagar sentada no veas lo que me gustó»; que cuando los señores se iban, ellas se columpiaban en el balancín del jardín; que una vez se cayó, se fracturó el hombro y, aunque le dolía, siguió trabajando; que otra vez se le quemó la comida en el horno, y para tener todo a tiempo, cogió un taxi, se acercó al centro, compró los platos hechos, y los señores no se dieron cuenta de nada porque lo pagó de su bolsillo; que cuando estaba cansada se acostaba en el suelo; que tenían una tarde libre a la semana y quedaban con sus novios; que sus novios normalmente eran obreros de las fábricas de Barakaldo y de Sestao, que son exactamente iguales que Hospitalet y Santa Coloma; que, a su vez, son exactamente iguales que Manchester, o Guangzhou; que algunas chicas compraban la comida de los señores en la tienda de una amiga que les hinchaba la cuenta y les daba la diferencia; que así lograban comprar los regalos de cumpleaños de sus hijos y sobrinos; que ahorraron para comprarse un piso, un coche, y después una casa en el pueblo; que la casa del pueblo la

arreglaron ellos mismos con la ayuda de toda la familia; que pasaban los veranos allí; que los amigos y la familia se prestaban dinero entre sí para pagar la entrada del piso; que lo hicieron porque era lo que había que hacer; que también votaron a Felipe porque era lo que había que hacer; que acabaron hasta aquí del GAL y de la corrupción, que sí, que ambas cosas existieron: «una mala gripe que había que pasar»; que, a pesar de eso, le siguieron votando; que lo hicieron porque, por ejemplo, Felipe les puso una paga a los abuelos, y de esa forma pudieron dejar el campo y venirse a vivir a sus casas; que los cuidaron hasta que se murieron de viejos; que los abuelos siempre fueron viejos; que todavía les echan de menos; que también cuidaron de nosotros, sus hijos; que nos dieron afecto, y nos pagaron la mejor educación posible; que quisieron que estudiáramos con los hijos de los ricos, porque no éramos ni más tontos (ni más listos) que ellos; que compraban libros y enciclopedias para que sus casas fuesen como la de los señores, pero allí nunca había el silencio de las casas de los señores; que nunca abrían esos libros, pero intentaban que sus hijos lo hicieran; que creían en Dios, aunque él les hubiera abandonado; que iban a misa; que después iban a tomar el vermut y las rabas con los amigos del barrio; que muchos amigos se murieron; que todavía les echan de menos; que les llevan flores al cementerio; que dan propina; que se saludan en la escalera con los vecinos; que dejan en el suelo las bolsas de la compra y se paran a hablar con ellos en la calle; que dan las gracias; que piden las cosas por favor; que, en la frutería les dicen: «cariño», «preciosa», «bonita», y ellas sonríen; que les gustaba el fútbol; que eran del Real Madrid, como todos, pero después se hicieron del Deportivo de la Coruña (cuando el Superdépór) o del Athletic de Bilbao (cuando Clemente); que sus hijos somos del Athletic (cuando Bielsa); que recorrían España en un 127 rojo por una carretera nacional; que ya nadie conduce por esas carreteras; que esas carreteras abandonadas se parecen a ellos; que hoy nos detenemos en

internet como ellos lo hacían en las áreas de servicio de aquella carreteras; que nos detenemos ambos allí, quiero decir, a soñar, a imaginar el futuro, a pensar quiénes queremos ser; que fumaban a todas horas; que fumaban Ducados; que el domingo se ponían corbata; que iban al bar y discutían; que algunos hombres, cuando volvían del bar, seguían discutiendo en casa, y levantaban la mano a sus mujeres; que las mujeres no sabían lo que era el feminismo, pero eran feministas; que cuando se oía bronca en una casa siempre había algún vecino que daba un grito, o incluso les tocaba el timbre; que si tenían que partirse la cara se la partían; que a la mañana siguiente se saludaban como si no hubiese pasado nada; que las manos de los hombres olían a metal; que su aliento olía a vino; que para andar por casa se ponían, todavía se ponen, el mono azul de la fábrica; que el mono está ya roto y descosido; que la fábrica pagaba bien; que el jefe de la fábrica era un buen jefe, pero su hijo un capullo; que, en una ocasión, se fumaron un pitillo con el jefe; que la fábrica hacía mucho ruido; que en la fábrica había gente de todos los sitios; que todos los sitios quiere decir toda España, porque entonces todos los sitios estaban dentro España; que nunca salieron al extranjero porque allí eran todos más altos que ellos; que, es verdad, sí salieron al extranjero; que lo hicieron dos veces: a Hendaya, y a Viana do Castelo; que tan sólo fue una excursión de un día: fueron por la mañana, y volvieron por la tarde; que comieron bocadillos de pechuga de pollo; que todos los obreros se llevaban bien; que se llevaban bien porque todos sudaban y se manchaban de la misma grasa; que ahora casi nadie suda ni se mancha de grasa; que hoy todos vivimos muy bien, aunque estemos muy mal; que por eso nadie echa una mano a nadie; que, a pesar de la grasa y del ruido, los niños solíamos ir de visita a la fábrica con nuestras madres; que las máquinas parecían monstruos y los niños les teníamos miedo; que, por eso, nos agarrábamos fuerte a la falda de nuestras madres; que se nos decía que íbamos a trabajar también allí, pero al decirlo

señalaban con el dedo a las oficinas de la fábrica; que el éxito era eso: trabajar en las oficinas; que, si era fin de semana, los hombres se duchaban y después iban con sus hijos y con sus mujeres a comer el menú del día o, si habían cobrado la extra, una paella; que algunos sábados comían sardinas en Santurtzi; que Santurtzi aún era Santurce; que A Coruña aún era La Coruña; que Nueva York nunca fue New York; que los domingos hacían barbacoas en una campa; que era una campa, porque no se le podía llamar campo; que allí echaban un partido de fútbol, y la ropa se ensuciaba de verdín; que hacían las porterías con jerséis que acababan llenos de barro; que había que tender la ropa dentro del piso porque había días que afuera se ensuciaba aún más por el humo de las chimeneas; que el piso no medía más de sesenta metros cuadrados pero dentro cabía todo; que siempre estaba limpio y ordenado; que la ropa olía bien; que las madres planchaban hasta los calzoncillos; que nos ponían los mejores calzoncillos cuando visitábamos al pediatra; que el pediatra tenía la consulta en el centro de Bilbao, y aquello nos parecía Manhattan; que no eran de derechas ni de izquierdas; que eran de los suyos; que ahora no saben quiénes son los suyos; que no votan a Podemos porque no; que siguen votando a Felipe porque sí; que no quisieron meter a sus padres en una residencia; que les limpiaron el culo, les daban la comida a la boca, y les cerraron los ojos por última vez, pero siempre les trataban de usted, y no les decían lo mucho que les querían; que con nosotros fueron diferentes; que eran cercanos y cariñosos; que nos decían que nos querían; que jugaban en el suelo al Scalextric, y nos daban besos; que siguieron ahorrando para dejarnos algo para el día de mañana, a pesar de que les decimos que no lo hagan; que el día de mañana nunca llega; que creían que nuestras vidas valían más que las de ellos; que eso era mentira; que según llegaron a la ciudad, cercaron un solar, se lo repartieron como en el Far West, y se hicieron una huerta por si venían mal dadas; que no vinieron mal dadas; que repartían la cosecha de la huerta

con los amigos; que los tomates sabían a tomate; que ya no hay huerta porque en el solar hicieron unos pisos de protección oficial; que los domingos se asomaban a la ventana para ver a un gitano que hacía subir a una cabra por una escalera; que cuando el gitano se iba, las vecinas hablaban a gritos de ventana a ventana; que cuando la conversación se ponía íntima decían: «Ya te contaré»; que al despedirse decían: «Pues ya hemos pasado otro ratito»; que la vida era eso: ratitos; que las vecinas se han muerto, y ya no hay ratitos; que algunos de sus hijos se murieron antes; que antes de morir ya no eran sus hijos; que sus hijos robaban para pincharse; que por miedo a que entrasen en casas de los demás a robar, las vecinas dejaron de tener las llaves de las otras casas; que, ahora que nadie se pincha, siguen diciendo pincharse para referirse a consumir droga; que no pincharse y trabajar en las oficinas de la fábrica significaba tener más éxito que el Lobo de Wall Street; que recibían visitas en casa; que se tiraban la tarde hablando; que eran socios del Círculo de Lectores, pero nunca leyeron nada; que compraban los libros a granel, como las lentejas; que así, a lo mejor, se nos pegaba algo; que se nos pegó; que tenían una amiga del pueblo que vendía productos de Avon y la llamaban «la de las cremas»; que tenían un amigo del pueblo que se pasaba por las casas a cobrar el seguro de decesos y le llamaban «el de los muertos»; que nunca domiciliaron en la cuenta corriente el seguro de decesos porque le habrían quitado el trabajo a «el de los muertos»; que «el de los muertos» se ha muerto; que «la de las cremas» sigue viva, aunque ya no vende cremas; que eran buenas madres, buenos padres, buenas esposas, buenos maridos, buenos hijos, buenos hermanos, buenos amigos; que nosotros no lo somos tanto; y que, al fin, un día como el de ayer, llegan los resultados del oncólogo de mi madre, y te enteras de que el cáncer que parecía controlado se ha extendido por otros órganos y que quizás este sea el fin de la historia que mi madre pretendía contar en su cuaderno, y que ahora yo transcribo como ella lo haría si pudiese.

A pesar de las malas noticias, le van a dar el alta a mi madre. Yo estoy en el hospital con ella. Mi madre le pide a la doctora que le explique con claridad el estado de su enfermedad. La doctora intenta no herir con sus palabras. Trata de darle esperanza. Es una chica joven y se nota que no está acostumbrada a dar este tipo de noticias. Mi madre le insiste, y la doctora al final nos mira a los ojos y acaba por decir con sinceridad: alrededor de un año; algo más quizá si decide someterse a la quimioterapia; podemos tratar de ir deteniendo la enfermedad, pero no podemos curarla. Ese es todo el futuro que es capaz de ofrecernos. Una porción de tiempo con la que resulta imposible hacer ningún plan. Estamos programados para organizarnos de forma más ambiciosa. Estamos programados para casarnos, tener hijos, o comprarnos una casa, pero todos esos proyectos requieren un tiempo que ya no tenemos.

La doctora también me pregunta dónde vivo, si el piso de mis padres tiene ascensor, si mi madre es capaz de salir a la calle sola, etcétera. Preguntas personales, según parece, para evaluar el sufrimiento, y el coste emocional, de someterse a la quimioterapia. Yo me siento mal. Siento que de todo eso que me pregunta, hay algunas cosas que están en mis manos. Podría mudarme a Bilbao, podría acompañarla a las sesiones de quimioterapia, podría pasar más tiempo con ella. Pero mi madre me interrumpe y le dice a la doctora que no se someterá a ningún tratamiento. Lo dice sonriendo. Soportaría el tratamiento sin problema, pero no quiere sufrir más, y no quiere, sobre todo, que los demás suframos. Sé que piensa en mi padre y en mí. Sé que eso es lo que piensa. Estoy seguro. No tiene miedo. Nunca lo ha tenido. Le dice a la doctora que así es como tiene que ser. Le dice que, de algún modo, ella ya lo sentía, como también sentía, hace treinta años, que yo iba a nacer, y no iba a sufrir otro aborto. «Muévete, muévete», decía entonces, y yo me movía dentro de ella.



Eso le dice a la oncóloga. Después se despide de ella, y de la enfermera que nos contempla apoyada en la pared. Los dos nos levantamos, y caminamos hacia la salida del hospital. Está lloviendo mucho. Le digo a mi madre que me espere y que enseguida vendré con el coche a buscarla. Cuando vuelvo, está esperándome resguardada de la lluvia bajo el soportal de la entrada. Hay varias personas junto a ella. En su mayoría son ancianos que salen del hospital, y esperan a que escampe para coger un taxi, o cruzar hasta la boca del metro. Yo me bajo a abrirle la puerta del coche. Cuando apenas ha comenzado a andar, mi madre se detiene, se gira hacia las personas que quedan bajo el cobertizo, y pregunta en voz alta si alguien quiere que le llevemos a su casa.

Llovía mucho aquella mañana en la que a mi madre le dijeron que se iba a morir, pero yo tenía un juicio en Barcelona al día siguiente y tuve que volver. Dicen que la vida sigue. Mi vuelo sale por la noche. Durante todo el día, mi madre se comporta con absoluta normalidad. No dice nada acerca de la conversación con la doctora. Hablamos de recetas de cocina, del precio de los pisos en Barcelona, de la boda de un amigo. Yo, como siempre, le sigo la corriente y no soy capaz de advertir lo que está pasando. Mi madre ha tenido la generosidad de no pedirme nada a pesar de que tiene todo el derecho de hacerlo. No es hasta que me monto en el avión cuando entiendo lo que sucede. No es hasta ese momento cuando me doy cuenta de que mi madre se va a morir. Entonces lloro. Llora con esa absurda música que ponen en los aviones cuando despegan. Llora mirando la ciudad desapareciendo entre las nubes.

He procurado dormir. Mi madre está en casa y se encuentra bien. He impreso una copia de la foto de mi madre. Aquella en la que está de espaldas empujando el carrito de un niño. La he impreso y se la he enviado por email a

un amigo pintor. Hemos pactado un precio y en unas semanas me enviará un cuadro con la imagen de la foto. Él pintará a mi madre mientras ella desaparece. Yo me ocuparé de escribir sobre ella. Ambos nos tenemos que dar prisa. Ambos tenemos que hacerlo antes de que el tiempo la borre definitivamente. Me tengo que dar prisa y, a la vez, cuanta más prisa me dé, antes dejaré de estar con ella. Cuando deje de escribir, cuando llegue al final de la novela, y ella ya no esté aquí, entonces ya no quedará nada. No quiero que eso suceda. Quiero que esté más tiempo conmigo, pero no sé cómo hacerlo.

## II

De todas las vidas que hubo entonces, yo sólo estoy contando una concreta y, sin embargo, tengo la sensación de que en esa vida caben todas las demás. Se debe, en parte, a que en aquel tiempo todavía el mundo era sólido y los hechos eran previsibles como las estaciones del año. Era previsible que yo entrase a trabajar en la fábrica en la que trabajaba mi padre. Era previsible que me comprase un piso en el barrio. Y era también previsible que me casase y tuviese hijos. Sin embargo, nada de eso ha sucedido. En su lugar, tengo un perfil de Instagram con fotos de lugares exóticos, ochenta y siete matches en Tinder, y una novela que nunca logro acabar.

Mi madre sigue estable. A pesar de que todo ha cambiado, nada parece haber cambiado. Voy unos días a su casa, pero ella me dice que ya no hago nada allí, y por eso me he vuelto a Barcelona. Tras unos días en Bilbao, aprovecho para descansar, ir al cine, o salir de copas. Hago lo que siempre he hecho. Soy un egoísta. Quedo también con esa chica que conocí en Tinder. Me descongela el hielo del pecho. Me hace olvidar la muerte. Sencillamente, me gusta. A pesar de eso, cuando llega al restaurante en el que hemos quedado, escondo el segundo tomo de Knausgard, *Un hombre enamorado*, porque no es verdad que lo esté. Sólo es el título de una novela.

Ahora que nos hemos sentado en una terraza, bajo el calor artificial de una

estufa, y vemos a algunos turistas pasear a nuestro lado, me ha dado por pensar que hay un idilio entre el amor y la comida. Pasan a nuestro lado con helados de cucurucho que devoran. Prueba el mío, le dice la chica, y él pasa su lengua por el cono de su pareja. Están relajados, de vacaciones, y se saben enamorados. O eso parece, porque estando de vacaciones, se hace necesario al menos parecer enamorado, simular la ternura, fingir que se está disfrutando, porque eso de andar de morros con lo caros que son los viajes es una mala inversión. En fin, estén enamorados o no, seguro que lo parecen en Instagram, y eso es lo que cuenta. Caminan despacio hablando de comida. De postres, sobre todo. Como si quisieran masticarse lentamente en cada bocado de tarta. Viene el camarero, que es la tercera vez que se dirige a nosotros en inglés, y nos pregunta qué queremos de postre. Tiene acné y la mirada triste. Seguro que se imagina en otro lugar lejos de aquí. Yo sigo mirando a esa pareja que se aleja comiendo sus helados, despedazándose dulcemente, porque cuando se está enamorado sucede así. Y ella va y pide una mandarina de postre.

Follamos y nos despedimos. No le cuento nada de lo de mi madre, y ella tampoco me cuenta nada de su vida. Mejor así. Se llama Laia. Es de la parte alta de Barcelona. Su padre le ha regalado un piso, pero todavía lo está amueblando. Aquí la gente se regala pisos, como en mi barrio se regalan calcetines. Como el suyo está aún sin muebles, venimos siempre a mi piso. Yo también vivo en esa parte de la ciudad, pero soy un intruso. Le conté a mi padre lo que cuestan los pisos en el centro de Barcelona, y me preguntó si no creía que era mejor que me fuera a vivir a algún pueblo cercano. No supe cómo explicarle que no era conveniente. Fue mi madre la que desde el sillón se lo aclaró: «Lo que le pasa es que es un pijo». Mi madre me puso así en mi sitio. Seré su hijo, pero ya no soy uno de los suyos. Está orgullosa de que me

gane bien la vida, y cree que es lo mejor que me podía pasar. Sin embargo, deja constancia de los hechos. Antes le llamaban a eso conciencia de clase; ahora no sé. No se lo rebatí, porque tiene razón. Imagino que habré perdido el instinto de barrio, pero que, al mismo tiempo, tampoco soy de la parte alta. Se me nota. No hay más que compararme con Laia. Ella pisa el Sutton como si fuese su casa. Conoce cada rincón, cada rostro, cada canción que pone el DJ. Yo, en cambio, piso las baldosas de esa discoteca como si fuesen trampas para cazar a los extraños. Es así como me siento en todos los sitios: como un forastero. Tanto en mi barrio, como en Barcelona, creo que soy un intruso; un impostor, en cierto modo. Los impostores pueden ser como el pequeño Nicolás, o como aquel otro que decía haber estado en un campo de concentración nazi y al que Javier Cercas dedicó una novela. Pueden ser así, o pueden ser como yo. Impostores que no lo son, es decir, impostores que creen serlo a pesar de que todo el mundo diga lo contrario. Uno puede desear ser otro, convertirse en ese otro a los ojos del resto de la gente y, en realidad, estar convencido de que les está engañando. Eso me sucede a mí. Cuando me pasa algo bueno, cuando me reconocen por algo que no tiene que ver con ese niño que era, me siento un impostor. Es como si suplantase la identidad de otro. Como si hubiera generado una gran farsa en torno a mi identidad. Es real: tengo una buena casa, viajo a lugares exóticos, me pagan un buen sueldo, y no me asusta usar los cubiertos en un restaurante caro. De algún modo, pertenezco a ese mundo que antes miraba desde el otro lado del cristal y, sin embargo, me siento un impostor. Me es indiferente que todos los que me rodean lo vean como algo objetivo. Dentro de ese traje, en una reunión con otros abogados, comiendo en ese restaurante de Vía Augusta, o tomando un café en el bar del AVE, sólo estoy simulando. Eso pienso. No puedo evitarlo.

Soy un farsante porque mi lugar es otro. Eso pienso cuando estoy en casa de mis padres. Eso pienso, aunque ese lugar quizá ya haya desaparecido. Antes,

cuando yo me parecía a mí, de madrugada llegaban a mi calle unos camiones llenos de productos gallegos. Venían de Galicia con pan, pulpo, o pimientos de Padrón. También traían tabaco. Mi abuelo lo compraba allí. Mi madre, fiel a su desconfianza, siempre pensó, sin fundamento alguno, que esos camiones traían la droga que intoxicaba a los hijos de las vecinas. Los emigrantes gallegos compraban sus productos en una lonja clandestina. Ahora, sin embargo, en esa lonja han instalado un DIA. Allí van los jubilados a hacer la compra. Los hay incluso que todavía compran en el Serco del barrio. Le llaman el Serco, pero ese ya no es su nombre. Ese supermercado lo adquirió una cadena internacional, pero a nadie le importa. En el barrio las cosas siguen teniendo el mismo nombre de siempre, es decir, tienen el nombre que se les dio en ese momento fundacional en el que los gallegos llegaron, porque antes no había nada; tan sólo hierba y barro; tan sólo campos yermos. Como los pioneros que colonizaron el Far West, los emigrantes colonizaron aquel barrio de pisos en construcción y solares vacíos. Fue entonces cuando, como en ese pasaje del Génesis, pusieron nombre a las cosas que les rodeaban. Por esa razón, el Carrefour se llama PRYCA, el DIA sigue siendo el Serco, y la Babcock & Wilcox siempre fue la Balco. Con las jubilaciones de la Balco, ahora los ancianos compran potitos para sus nietos. Pero mis abuelos hace tiempo que murieron. Mi madre recogió sus huesos hace unos meses, porque había finalizado el tiempo de la concesión del nicho municipal. No le he preguntado por las cenizas de los abuelos, ni tan siquiera hemos hablado de ellos, pero sé que mi madre se acuerda de la abuela, porque en el hospital, cuando está sedada, la llama en sueños. «Mamá-mamá», dice, pero mamá ya no está. Eso me sucederá a mí dentro de poco. Tomo conciencia de la soledad. Por primera vez en mi vida me hiere la soledad. Juro que nunca antes me había sucedido. Cuando la soledad hiere a un solitario es que algo grave está pasando. Mi madre pide por la suya en sueños, y prefiero no despertarla

porque no sé si la abuela le contesta. Quizá sí lo haga, y quizá mi madre me conteste a mí también de aquí a un tiempo. Ojalá sea así.

La abuela vivía en casa y esperaba despierta a mi padre cuando este venía de trabajar de madrugada. Le hacía la cena a mi padre, porque mi madre madrugaba mucho y se acostaba muy temprano. No sé cuándo se veían mi madre y mi padre. Quizá por eso nunca les vi discutir. La abuela le hacía la cena a mi padre y le daba conversación. Hablaban de fútbol, porque a la abuela le gustaba el fútbol cuando casi ninguna mujer era aficionada. Adoraba a Butragueño, y mi padre a Michel. Luego, cuando el Depor subió a Primera, se hicieron del Depor; del Superdepor. Morriña. Tenían derecho a la nostalgia del que deja su tierra y no vuelve a ella. Mi padre se hizo del Depor con cuarenta y pico años, y mi madre le regaló una entrada para la final de Copa que su equipo jugó en el Bernabéu contra el Valencia. Un año atrás, precisamente contra el Valencia, había sido lo del penalti de Djukic. Arrieros somos. Mi padre fue a Madrid en autobús con una peña del Depor de aquí; de Barakaldo, o de Sestao, no lo recuerdo. Aquella noche cayó un diluvio sobre Madrid, y cuando faltaban diez minutos, e iban empatados, el partido tuvo que suspenderse por la tormenta. Como no paraba de granizar, el juego no pudo reemprenderse, y la final se aplazó. Tres días más tarde, los de la peña volvieron a Madrid para ver los diez minutos que quedaban. Al poco tiempo de reanudarse el partido, Manjarín bombeó un balón al área, y Alfredo remató con la cabeza en una postura parecida a la de la mano de Dios de Maradona. Gol. En el salón saltamos de alegría. Mis abuelos, mi madre y yo. Gol de Alfredo. ¡Gol! Lo canté hasta yo, que siempre he sido del Athletic de Bilbao. Lo cantó hasta mi madre, que es más del Athletic de Bilbao que yo.

Hoy, mientras Laia se ducha, he pensado en meterme con ella bajo el agua, pero me he quedado buscando la ficha del partido en Wikipedia. Jugaron por el Depor: Liaño, López Rekarte, Voro, Djukic, Ribera, Nando, Manjarín,

Aldana, Donato, Fran y Beбето. En la segunda parte salieron Claudio y Alfredo. Fue el 27 de junio de 1995.

Más tarde, Laia se ha marchado a su casa, y yo me he quedado solo. Me aburro en el piso y busco un plan mientras la noche entra por las ventanas. Sin embargo, no recibo mensajes en el Whatsapp. Tampoco de Laia. Algo no debe de funcionar. Voy al router, lo desconecto, y lo vuelvo a conectar. Lo hago una y otra vez. Como tampoco así soluciono nada, reinicio el móvil varias veces. Tampoco. Puede ser la fibra óptica, o que haya un fallo en la red de telefonía. Puede ser que le haya entrado un virus al smartphone; o que se haya colapsado la aplicación. O puede ser también que nadie me haga ni puto caso.

Una llamada al móvil me despierta del sopor. Mi padre me dice que mi madre ha tenido un derrame de líquido; que los pulmones se le han encharcado, y que la han ingresado de urgencia en el hospital. Es de noche ya cuando me lo dice. He mirado en el móvil para ver si salía algún vuelo a estas horas, pero no hay nada. Por eso he cogido el coche y he conducido hacia Bilbao. Es Sábado Santo, y la carretera está casi vacía. Llevo la radio puesta, pero no la escucho. Sólo me acompaña su sonido. Acelero y manejo al volante como un autómata. A medianoche me detengo a echar gasolina en una estación de servicio cerca de Zaragoza. También me tomo un café y busco en la tienda algo para comer. Creo que un paquete de Filipinos como cena es una buena idea. 4,95 euros: ya les vale. Al volver al coche advierto que no llevo nada para escribir; ni ordenador, ni libreta. Por esa razón vuelvo a la estación de servicio y compro un bolígrafo de la Basílica del Pilar y un ridículo cuaderno con dibujos de Mickey Mouse, que es lo único que hay en la tienda parecido a mi Moleskine.



Debo de estar tan concentrado en mis pensamientos que en algún punto me equivoco de carretera. He abandonado la autopista de peaje. Los carriles se han estrechado. Me doy cuenta de que estoy conduciendo por una carretera nacional. No veo ninguna entrada a la autopista. Estoy cansado. Estoy triste y tengo hambre. Decido detenerme en un bar junto a la carretera. Está lleno de camiones. Mi padre dice que donde paran los camioneros se come bien, pero lo que quiere decir es que se come bien y barato. En el comedor se apilan los conductores de los tráilers que llenan el parking. Algunos salen de las duchas que debe de haber en los servicios. Todos cenamos solos contemplando la televisión. Son hombres fuertes, casi todos gordos, con aspecto tosco, algunos de ellos calvos y con tatuajes. Yo llevo una camisa de El Ganso, y unas New Balance. Comen, fuman y beben solos. Me siento junto a ellos. Pido una hamburguesa y una Coca-Cola. En la televisión, un partido de fútbol. Me recuesto en la silla y algo se me parte dentro. Lloro. Trato de ocultarme entre mis manos, pero alguien me ve. Retiro las manos de mi rostro y le miro. Es uno de ellos. Se ha sentado junto a mí.

—Ey, ¿qué pasa, hombre? —me dice con acento andaluz.

Hablamos no sé de qué. De fútbol. De sus hijos. De su exmujer, y de la camarera que nos mira desde la barra. Hablamos, y no recuerdo de qué. Es suficiente. Cuando me despido de él, le pregunto su nombre.

—Paco —me dice.

—Gracias.

Me despido de Paco, me levanto de la mesa y voy al mostrador a pagar.

Siempre que termino de tomar algo en un bar y veo la mesa sucia, me entra el mismo remordimiento. Cuando mi madre termina de tomar algo en un bar, siempre limpia la mesa, recoge los vasos y los platos y los deja en el mostrador. Siempre lo hace y, si tú no lo haces, ella nunca te lo recrimina. Mi madre recoge la mesa porque la camarera es como ella.

Las horas pasan lentas en la sala de espera. Abro la libreta y anoto la fecha de hoy. En ocasiones, siento que me aflige una extraña presión, que sólo consigo paliar escribiendo. Es como si el aplastamiento de mi pecho sólo se pudiera descomprimir soltando aire a través de las palabras que coloco sobre el papel. Como la válvula de una olla exprés que permite que esta no estalle. Así, muy lentamente, pongo una palabra tras otra, y la opresión va remitiendo. Sin embargo, existen algunos momentos en los que, aun existiendo la necesidad de escribir, la presión es tal que las palabras no me salen. Se quedan en la garganta, o en la punta de los dedos, o de la lengua, o donde quiera que estén las palabras antes de ser escritas. Eso me ha sucedido cuando he llegado al hospital y, mientras amanece, espero durante una hora a que los médicos terminen de atender a mi madre. He abierto el cuaderno que compré en la estación de servicio, y no he sido capaz de escribir una sola línea. Por eso, lo he dejado en la silla de la sala de espera y me he puesto a jugar al Candy Crush en el móvil. Se me ha acabado la batería del teléfono, y me he olvidado el cargador en el coche. Decido no ir a buscarlo al parking. Paseo dando vueltas por la sala de espera. Camino a lo largo; después a lo ancho; más tarde en círculos; y, por último, siguiendo la forma cuadrada de la estancia. Voy al servicio, y después me siento en una silla de plástico. Salen de boxes algunas enfermeras. También una doctora rubia, muy guapa; sin embargo, no advierto que lo es hasta días más tarde, cuando me la vuelvo a cruzar por el hospital. Después miro el móvil instintivamente, pero me doy cuenta de que está sin batería. He salido tan deprisa de Barcelona que no he traído ningún libro en la maleta. En cualquier caso, no sería capaz de concentrarme en la lectura. Leería un párrafo, y después tendría que volver a leerlo una y otra vez porque mi cabeza no estaría en el texto. Trato de dar con

algo más liviano. Examino la sala en busca de un periódico o de una revista, pero no encuentro nada. En los hospitales de la sanidad pública no hay periódicos ni revistas. En los hospitales de la sanidad pública las habitaciones son compartidas, y los acompañantes dormimos en unos viejos sillones que te dejan la espalda hecha polvo. Paseo. Sigo paseando. ¿Qué hora es ya? Salgo también a la calle durante apenas unos segundos por miedo a que digan el nombre de mi madre a través de la megafonía. Familiares de... Son apenas unos segundos en los que noto el frescor del alba en la cara.

Ha amanecido y estamos ya en la habitación. Mi padre se ha ido a dormir a casa. Mi madre está sedada por la medicación. Extraños fluidos que circulan por conductos que se introducen en su cuerpo. También oxígeno, pero no el mismo que yo respiro. Es un oxígeno que brota artificialmente, y penetra en su nariz mediante una mascarilla. Mi madre y yo nos quedamos solos, pero la habitación está llena de ruidos. Son ruidos como los que hace una casa vieja cuyas maderas crujen en plena noche. El goteo, el oxígeno, el ritmo cardíaco que controla una máquina. Intento cerrar los ojos, pero me despierta el ronquido de la compañera de habitación. De pronto, oigo que mi madre intenta decirme algo. Me acerco a ella procurando no molestar. Susurro: ¿Qué quieres? Parece que el efecto de los fármacos está menguando, pero todavía está aturdida. O quizá esté soñando. Sí, eso es, está soñando. En su sueño parece estar organizando cosas de una mudanza. Pon eso allí, deja eso otro allá. Ella siempre mandaba. O no. No, no es eso. Está ordenando las maletas de las vacaciones. O algo así. Eso deduzco. Se queja del exceso de equipaje que llevamos. Eso logro descifrar de sus balbuceos. Acercó la oreja a su boca para tratar de oírla mejor, y es entonces cuando abre los ojos y me mira fijamente. ¿Se ha despertado? Me quedo mirándola, y ella me dice finalmente: «¡Pero adónde vas con todos esos libros!».

Cuando nos íbamos de vacaciones al pueblo, yo llenaba el coche de libros. Tardé años en encontrar las palabras. Mis padres se suscribieron a Círculo de Lectores con la esperanza de que esa cultura comprada a granel me hiciera alguien mejor. La cultura era algo físico: catálogos y paquetes con libros. La cultura entraba en casa con sello de Correos, ya que no se podía transmitir de generación en generación como sucede en la casa de Laia. La cultura se compraba a peso como se compran las cosas que no se tienen. La cultura se compraba como se compran las alubias. Entonces, antes de que llegase la crisis, todavía era posible ser mejor a través de los libros. Yo leía y veía películas compulsivamente. Así es como fueron surgiendo las palabras dentro de mí. Antes, sencillamente, no las tenía. A menudo hablar no es suficiente, aunque, también a menudo, las palabras sirven de poco. Suele sucederme así: cuando encuentro las palabras, ya es demasiado tarde. Por esa razón, escribo. Escribir es eso: tratar de atrapar las palabras que durante el día se me escapan.

Esos libros del Círculo de Lectores llenaban la biblioteca de la casa de mis padres, y yo me sentía a salvo entre ellos. Nadie los leía excepto yo. Mi madre pedía silencio para que pudiese leer, mientras ella leía a mi lado la *Pronto*. Mi mundo eran los libros y las películas. Después vinieron otras cosas, pero primero fueron los libros y las películas. Quería vivir en ellos; ser como esos actores sofisticados que beben cócteles, y escuchan jazz. No quería, por el contrario, que la banda sonora de mi vida fuesen Juan Pardo y Manolo Escobar. Quería coger un taxi, beber buen vino, saber utilizar los cubiertos, o ponerme un traje sin que pareciera un disfraz. Quería, en el fondo, dejar de parecerme a mí.

Otra noche en el hospital. Intento dormir. El médico que ha atendido a mi madre me habla de la gravedad de lo que le ha sucedido. Me dice que será corto; que será cuestión de meses. Habla de su muerte como si fuese algo normal. Habla de la unidad de cuidados paliativos. Se le nota que está acostumbrado a ello. Asiento, y le doy la mano. La luz del día ya entra a través de las ventanas. Estoy cansado. Huelo a sudor. Me pesan los párpados y los zapatos. A través de ellos se filtra el dolor. Por eso, decido acercarme a la máquina de café. Camino por el pasillo estirando los músculos. Setenta céntimos. Introduzco las monedas y espero a que el vaso se llene. Contemplo el anuncio que decora la máquina. Café Fortaleza. Yo con mis problemas, y ese capullo de Jaime Cantizano sonriéndome con una taza humeante de café en la mano. Cabronazo, le digo en voz baja, mientras el líquido cae en el vaso de plástico.

Me tomo el café mientras mi madre sigue balbuceando en sueños. Me escribe Laia, y yo cierro los ojos, y repaso su cuerpo. Su cadera desnuda que, al trasluz de la claridad que entra por la ventana, es la única frontera dentro de la cual quiero estar.

Cada vez paso más tiempo en el aeropuerto. Cada vez mi corazón se parece más a un aeropuerto vacío. Trabajo unos días en Barcelona y, en cuanto puedo, cojo un vuelo a Bilbao. La primera vez que viajé en avión fue con veinte años. Después, cuando comencé a trabajar, lo empecé a hacer con asiduidad. Al principio, pasaba los controles de seguridad con torpeza, formando cola, poniendo nervioso a los ejecutivos más expertos. Pero poco a poco fui adquiriendo agilidad. En junio era un universitario que se vestía con camisetas de grupos de punk, y en septiembre un abogado de un reconocido bufete de Madrid. Mi madre me acompañó a comprarme trajes y camisas, pero nadie me

enseñó a hacerme el nudo de la corbata. Mi madre no sabe hacerlo, y mi padre tampoco. Mi padre tiene una corbata en su armario. Una corbata que se puso en alguna boda, o en algún bautizo, y que ha dejado con el nudo hecho para así no pedirle a nadie que se lo vuelva a hacer. Yo pensé en hacer lo mismo que él, pero pronto me di cuenta de que, al llevar corbata cada día, el nudo acabaría deshecho, irreconocible, como si le hubiese pasado un tractor por encima. Por eso, el día antes de comenzar a trabajar en aquel bufete de Madrid, un amigo vino a mi casa y me dejó el nudo hecho. Después, fui aprendiendo; hoy lo hago maquinalmente; sin pensar en cómo lo hago; como cuando monto en bicicleta; como cuando paso el control del aeropuerto; como cuando respiro mientras duermo. Pero esto es ahora. Antes no era así. Antes mi madre me acompañaba a elegir las camisas, y mi amigo me hacía los nudos de las corbatas. Antes mi madre me observaba orgullosa cuando salía del probador de Cortefiel, porque era un traje para trabajar, y no un traje que uno vestiría en una boda. Le decía a la dependienta que eran trajes para «el trote». Trajes que se iban a desgastar de llevarlos puestos todos los días, de arrastrarlos por estaciones y aeropuertos, de sentarse en las sillas de una sala de reuniones. Eran de esos trajes, y no de los otros. Eran trajes mates que se conjuntaban con camisas blancas o azules. No eran trajes de boda. No eran de aquellos otros trajes brillantes que llevaban los horteras en los bautizos. Yo no los iba a llevar. Yo no iba a llevar camisas negras y corbatas moradas. No iba a llevar una corbata verde como las que llevan los empleados de Europcar, o una camisa de rayas como los cajeros de Mercadona. Yo, según mi madre, debía ser como esos señores para los que ella trabajaba. Debía ser como ellos, pero votando al PSOE, tratando bien a la gente, no olvidando de dónde soy, pagando impuestos, apadrinando niños, siendo humilde y decente, y nunca un hortera. No podía comprarme un BMW, ni un Mercedes, ni tan siquiera un Audi. No podía ir a esquiar. No podía casarme con una chica con pendientes

de perlas. No podía ganar demasiado. No podía hablar de dinero. Podía hacer lo que me diese la gana, pero no podía ser un capullo.

Recuerdo la tarde en que me fui a Madrid. Recuerdo que una amiga me vino a buscar a casa de mis padres, y que cargamos los trajes en su coche. Y recuerdo a mi madre mirándome desde la ventana. Todavía me giro para ver si mi madre me observa desde la ventana. Hasta hace poco lo hacía. Ahora, sin embargo, cuando no está en el hospital, está tan cansada que no tiene fuerzas para levantarse de la cama. Yo me giro para verla en la ventana, pero ella nunca está.

Se asomaba a la ventana cada vez que yo iba y venía de Madrid, o de Barcelona. Nuestra vida en común era eso: ir y venir. Durante ocho años fue así. Ocho años en los que apenas estuve con ella. Nos veíamos unos días, y después yo me marchaba. Me tenía que ir a trabajar, o de vacaciones a algún lejano país o, simplemente, a estar en mi casa descansando. Yo tenía una vida propia. En contra de lo que muchos puedan pensar, también tienen vidas propias los que, como yo, no tenemos hijos. Esas vidas también cuentan, pero no todo el mundo lo entiende. Por eso, seguro que la gente le preguntaba a mi madre por mí, y ella me defendía: es que trabaja mucho. Seguro que me defendía así y, a lo mejor, lo que yo hacía mientras era emborracharme en algún bar de Malasaña, o de Gracia. Pero de vez en cuando, una vez al mes quizá, volvía a casa de mis padres. Nos juntábamos en Bilbao, o en el pueblo, pero al poco tiempo yo me tenía que ir. Creíamos que era tan sólo algo temporal, que mi padre y ella se vendrían a vivir a Madrid, y más tarde a Barcelona, pero eso nunca llegó a suceder. No sucederá tampoco en el futuro. Lo provisional se ha convertido en definitivo.

Durante ocho años esa fue nuestra vida. No fue otra. Podría haber sido

distinto, pero tuvo que ser así. Sólo fui capaz de eso. Sencillamente, había sucedido sin que nos hubiéramos dado cuenta. Era toda la realidad que fuimos capaces de darnos. Apenas unas semanas al año en las que poníamos al día, o hablábamos de cosas intrascendentes. También, es cierto, nos llamábamos cada día por teléfono. A menudo, nos llamábamos varias veces a lo largo del día. Bastaba con oírnos la voz, saber que estábamos bien, pero, al final, siempre nos pasábamos horas al teléfono. Otras veces, cuando conseguía entenderse con el iPad que le había regalado, hablábamos por Skype, y entonces yo le enseñaba las cosas que había comprado para mi nueva casa. Le enseñaba las plantas, los muebles, la barbacoa, las corbatas, el sillón nuevo, y ella me hacía preguntas, y me daba consejos. A ella le habría gustado que hubiera vivido más cerca, pero anteponía siempre mi felicidad a la suya. En eso creo que consiste la generosidad más auténtica. Por eso, puedo afirmar que nos queríamos de la mejor forma posible. No existía el deber, ni el pecado. Tampoco la codicia, ni la posesión. Tan sólo existía el amor. Tan sólo era eso.



### III

Los cuidados paliativos serán en casa. De momento, mi madre ha decidido que no ingresará en esa unidad del hospital. Yo voy y vengo. Barcelona-Bilbao-Barcelona. En el aeropuerto compro unos Toblerones para los niños de la familia. Esas tabletas enormes que sólo venden en el duty-free. Creo que sólo se venden allí, pero no estoy seguro. Quizá ahora hasta en el barrio se puedan comprar Toblerones gigantes. Antes, sin embargo, existían muchas cosas exóticas que sólo tenían los pijos; aquellos que cogían el avión en vacaciones e iban a Londres o a París, y traían extrañas chocolatinas y revistas de fútbol con Roberto Baggio o Bergkamp en la portada. No ha pasado mucho tiempo desde entonces, sin embargo, todo ha cambiado mucho.

Pago la compra, y me siento a tomar un café. Bilbao: «Gate info in 25 minutes». He llegado con demasiada antelación. No me suele pasar. Sé perfectamente el tiempo que se tarda en pasar el control de seguridad y en encontrar la puerta de embarque. Lo hago mecánicamente. Ya ni siquiera me pone nervioso la gente no acostumbrada a volar, que no se ha quitado el cinturón, y la hacen pasar una y otra vez por el arco de seguridad. Saco mi ordenador, lo coloco en la bandeja, y en otra distinta voy depositando las llaves, el móvil y el reloj. No tardo más de un minuto. Adelanto a los más lentos y cruzo el control. Lo hago con naturalidad: como se coge el metro, o se arranca el coche para ir a trabajar. Lo hago con la misma naturalidad con la que mi madre cogía la barquilla que cruza la Ría para ir a trabajar. La Ría,

siempre la Ría. Las muchachas cruzaban la Ría para limpiar las casas de los señoritos. Ahora las limpian las latinoamericanas. Las latinoamericanas, sin embargo, suben la cuesta que va de la Ría al barrio en unas escaleras mecánicas. Mi madre las llama «Las escaleras mecánicas que ha puesto el PSOE». También hay ascensores en otras zonas del pueblo. Para llegar a mi casa hay que subir una enorme pendiente que se parece a las rampas del Hautacam. Cuando la ascendía, de vuelta del colegio, cerraba los ojos y pensaba en Induráin. Veintiocho pulsaciones en reposo, decía el *Marca*. Un extraterrestre. Por eso, no nos queríamos creer lo que pasó en el Tour del 96. El cabrón del danés le reventó en las rampas de Hautacam. Nadie es invencible. No, nadie lo es. Ni tan siquiera mi madre, que siempre lo fue.

Induráin subía el Hautacam una vez al año, pero las chicas de la limpieza lo subían todos días. Hacían trampa. Cada poco se paraban a charlar entre ellas. Algunas se conocían por el nombre, pero otras no. De tanto verse, se saludaban, y se contaban su vida en la barquilla que cruza la Ría, o en los descansillos de la cuesta de San Roque. Se contaban la vida es una forma de decir que se contaban las desgracias. Se conocían de ir a trabajar. De eso se conocían. Y quizá por eso, por esa lealtad del sudor, por esa amistad de piernas cansadas y de rodillas doloridas, se hacían regalos entre ellas. Es decir, que hacían regalos a los hijos de las demás, porque toda su inversión eran sus hijos. Ellas, al fin y al cabo, no valían nada. Piernas cansadas, rodillas que duelen, animales de carga. Soy feminista y no lo sabía. Tendrían que tener una estatua, o algo así. Hay estatuas de soldados, y hasta de obreros, pero no de chicas de la limpieza. Hay también una estatua de Víctor Chávarri junto a la Ría. La Wikipedia dice que Víctor Chávarri fue el primer capitalista vizcaíno. Fundó empresas mineras, siderúrgicas, y también ferrocarriles. Víctor Chávarri tiene un monumento, ya algo agrietado, en el que su busto de bronce se yergue sobre dos obreros, un barrenero y un ferrón, que le custodian.

Habría que levantar junto a él una estatua de una chica de la limpieza. Una chica de esas que subían la cuesta de San Roque cada día. Una estatua grande que le mire a la cara sin bajar la mirada.

He leído que el autor del monumento a Víctor Chávarri es Miquel Blay i Fàbregas, un escultor del modernismo catalán, que a su vez esculpió la fuente de la Plaza de España, y la fachada principal del Palau. Se lo cuento a Laia, pero parece no darle importancia. Seguro que también esculpió a algún antepasado suyo, pero no me importa, porque las esculturas no se mueven. Tampoco el paisaje. El paisaje que veo desde la ventanilla del avión tiene todavía un color marrón y amarillo, muy distinto del verde de Euskadi. Lo veo con claridad durante todo el trayecto, porque el día es nítido, sin una sola nube entre Barcelona y Bilbao. Las nubes cubren el paisaje, pero también cubren mis pensamientos. Por eso, mirando los campos sobre los que se dispersan algunos diminutos pueblos, soy ahora capaz de concentrarme más en el pasado. No ha transcurrido tanto tiempo y, no obstante, ya es pasado. Pienso en todos los yonquis, que ya están muertos, aunque, según me he enterado, todavía queda uno por ahí. Pero ese no es «drogadito», dice mi madre, sólo es tonto. Pienso en el colegio, en esos profesores ya maduros, nada modernos, que todavía se permitían dar a los alumnos un cachete de vez en cuando; esos profesores que olían a alcohol y a tabaco. Todo olía a alcohol y a tabaco entonces. Ahora olemos a ambientador de Zara. Pienso en ellos. En Sinfo, que era del Barça, como Laia, y al que un final de curso le regalamos una camiseta con el 4 de Guardiola. Un cerebro, decía en 1996, y nosotros le hacíamos caso. Después, cuando Guardiola entrenó al primer equipo, e hizo lo que hizo, yo siempre me acordaba de Sinfo, y de la camiseta que le regalamos. Mientras el avión desciende pienso en ellos. En Javier, que nos daba inglés, ¿dónde lo habría aprendido?, y que en una clase hizo a Ander meterse debajo de la mesa para que así nos acordásemos de que *under* significa «debajo». Cuando hablo

en inglés me acuerdo de Ander, que era un máquina regateando, y al que le he perdido totalmente la pista. Seguro que ya no regatea a nadie. No recuerdo su apellido, pero sí su cara. Ander-under, repito. Hablo un inglés de academia de barrio, y Laia habla un inglés de club londinense. Como Marta, la novia de Patxi, una pija de Neguri, que durante la carrera nos invitó a tomar unas copas en su casa, y cuando apareció la sirvienta le habló en inglés. La sirvienta era filipina, y cuando la vi recogiendo los vasos y hablando como Oscar Wilde, me pareció estar en otro planeta. En realidad, lo estaba. Me da vergüenza hablar en inglés y también en catalán. Eres imbécil, me dice Laia, lo haces genial, pero yo no le creo. Lo dice para animarme. Hablas con acento vasco, me dice, pero lo hablas bien. Al parecer, hablo con un acento diferente según donde esté: en Barcelona soy vasco; en Bilbao catalán; en Madrid hay días que soy una cosa y hay días que soy otra. Me mezclo con el paisaje; Laia es el paisaje.

La azafata me ha visto cara de guiri y me dice en inglés si quiero algo para comer, pero yo sigo pensando en Javier y en Ander. ¿Murió Javier? Tenía Alzheimer. Eso es lo último que sé de él. Pienso ahora en Iñaki, gran barriga, papada amplia, mofletes colorados, al que le apasionaba la Segunda Guerra Mundial, y que, todavía no sé por qué, nos hacía eliminar las palabras complejas cuando subrayábamos el libro de historia. «A pesar de los denodados esfuerzos de Hilter por...» E Iñaki corregía: «A pesar de los esfuerzos de Hitler por...». A mí eso me jodía. No me importaban los Sudetes, ni la Línea Maginot. Me importaban las palabras. Un ejército de palabras perdidas que nunca regresaban. Debería haberlas coleccionado: «denodado», «impenitente», «sempiterno». Las palabras perdidas de Iñaki. Pienso en ellas, y en él. Pienso en la enfermedad. En el cáncer de pulmón que acabó por consumir a muchos de aquellos profesores. No fuméis, decían. Pienso en ellos, y en sus excedencias forzadas para aprender euskera. Desaparecían del

colegio y nadie preguntaba por ellos. Se los tragaba la tierra. Más tarde se jubilaron, pero cuando salíamos del colegio les seguíamos viendo jugar la partida de mus en el mismo bar de siempre. Llegaron entonces otros profesores jóvenes, como Jon, que nos contaba historias de balleneros vascos que habían llegado a América antes que Colón. Como aquellos otros profesores, estos también eran buenos chicos. Cultos e inocentes como concursantes de Saber y Ganar.

Ya desde el avión puedo contemplar los verdes valles, colinas rojas. Veo los bares en los que se celebraban los conciertos. Recuerdo al público recomponiéndose al finalizar las canciones, y entonces veo surgir cabezas de entre los cuerpos sudados, y pies descalzos, y manos que sujetan zapatillas. La música era agresiva, como un cuchillo que te atraviesa la garganta y te deja suspendido en un grito. Olía a porro. Un costo de mala calidad que corría entre el público. Placas ligeras y secas, o bolsas de marihuana con cogollos pequeños y sin brillo, y restos de hojas y tallos que evidenciaban la nefasta calidad del producto. Esta droga barata, que no mataba como la heroína, sin embargo destruía neuronas y nos provocaba un dolor de cabeza que sólo lo atenuaban el volumen de la música y el alcohol. Mucho alcohol. Muchísimo alcohol. Litronas de cerveza que se colaban entre los abrigo, y katxis de kalimotxo que se consumían en la barra, o que la gente se pasaba elevando los brazos. Entonces comenzaba otra canción, y una oleada de gente empujaba hacia delante, y luego hacia atrás, y después otra vez hacia delante, y el kalimotxo se derramaba y nos manchaba las camisetas. Pero algo quedaba siempre en el vaso de plástico. Cuatro dedos de bebida que se engullían de un solo trago y que hacían olvidar el sabor del porro. El katxi vacío se tiraba al suelo, y allí, pisoteado por cientos de zapatos junto a los cristales de las botellas de cerveza y los restos del tabaco y del líquido derramado, se iba formando una fina lámina de porquería. Un humus, materia orgánica en

descomposición sobre la que se elevaba nuestra juventud.

Veo también el muelle desde el avión. En el subterráneo del muelle bebíamos vodka con los pies fríos. Siempre teníamos los pies fríos. Nos juntábamos con conocidos del instituto público, nosotros, que éramos de un colegio concertado, pero de una zona obrera, es decir, que éramos una especie de aristocracia de barrio. Pijos, decían algunos, pero después comprobé que hasta en eso hay escalas, pues fui a una universidad privada, muy privada, en la que los pijos eran otros y yo era un quinquí de barrio. Más tarde, en mi trabajo, conocí a otros más pijos todavía. Así, en esos ambientes más selectos, yo me sentía, me siento aún, igual de barrio que aquellos otros del instituto público que nos llamaban pijos. Como la riqueza, el pijoterismo se multiplica a medida que se asciende en la pirámide social, pero yo entonces no sabía nada de eso. En aquel entonces, no hace demasiado tiempo, pensaba que el pijo era yo y que ganar dos mil quinientos euros al mes era un dineral. Yo no soy pijo, pero tampoco soy el Pijoaparte. Ya no hay pijoapartes. Ya nadie tiene mirada de depredador. Aunque en el fondo todo siga como antes, las fronteras se han desdibujado. Excepto la Ría, que sigue en el mismo lugar de siempre. A diferencia del Pijoaparte, podemos follarnos a las criadas, o a las señoritas. Y ellas pueden follarse a un obrero, o a un rentista. Da lo mismo: todos vestimos de Zara.

Nuestros padres nos mandaban a un colegio concertado y después a una universidad privada sin saber muy bien por qué. Nos ponían en manos de brujos que conocían los secretos del éxito. Un máster: la palabra mágica de los chamanes. De esta forma, confiando en una alquimia que no conocían, ahorraban durante sus vidas, desgastaban sus rodillas, sus nudillos, sus zapatos, y nos martilleaban siempre con la misma frase: que no íbamos a

heredar nada salvo los estudios que nos pagaban. Nosotros nos lo tomábamos a broma, y bebíamos en el subterráneo y escuchábamos a Extremoduro. Sin un duro en el bolsillo, envidiábamos los cochazos que se compraban aquellos que dejaban el instituto y se empleaban en la construcción. Coches ahora viejos, Audis, BMW, Mercedes, que hoy, casi destartados, se oxidan en los aparcamientos del barrio. Chupan una gasolina que apenas pueden pagar, y nosotros, los pijos de entonces, nos pasamos la vida en aeropuertos, en oficinas solitarias, en aburridos congresos, en habitaciones de hotel en las que nos conectamos al Tinder mientras observamos la ciudad moverse a través de los cristales. Ellos detenidos, y nosotros moviéndonos en una rueda de hámster. Ya ni siquiera nos gustan sus chicas. También se han desgastado como sus coches.

El avión aterriza. La chica que está junto a mí se ha quedado dormida y no la despierta ni el ruido del tren de aterrizaje. No encuentra su bolso. No recuerda dónde lo ha dejado.

—«*Ander*» *your seat* —le digo, y ella me da las gracias.

Desconoce el significado oculto de la frase. Ignora en qué pienso mientras el avión aterriza. Pienso en los Toblerones, en Hautacam, en Víctor Chávarri, en Sinfo, en Javier, en Laia, en Iñaki, en los balleneros vascos y en todas esas palabras perdidas que, sin saberlo, he venido a buscar al lugar del que hace años me fui.

Al cabo de unos pocos días de estar en Bilbao, mi madre ha empeorado. Las chicas de la unidad de cuidados paliativos que la visitan nos han dejado un teléfono al que podemos llamar. También nos han pedido el número de teléfono de un familiar al que avisar en caso de urgencia, pero ese familiar no soy yo. Como vivo en Barcelona, no han anotado mi número en la agenda de

contactos. Yo, que soy su hijo, no soy esa persona a quien avisar. Ella me ha cuidado, y yo no voy a cuidarla a ella. En lugar de mi teléfono, han anotado el número de mi tío. Las responsables de la unidad de cuidados paliativos nos explican que es mejor que no vayamos a urgencias. Los médicos que en adelante tratarán a mi madre ya no pretenden curarla. Le posan la mano con cariño y le hablan despacio. La escuchan y calman su dolor. Le dan piruletas para que no se le seque la boca. También le ponen el termómetro y la acarician. En eso consiste su trabajo. A veces las contemplo y me siento inútil. A veces, siento envidia. Yo, que soy su hijo, y apenas soy capaz de hacer nada por ella.

Ha sido mi madre la que ha llamado a ese número de teléfono. Hasta ahora, cuando se encontraba mal, la habían ingresado en el hospital. Es el hospital al que va toda la gente de la zona. Puedes ir a él por una gripe, a que te operen de apendicitis, o a dar a luz. Por eso, no es del todo traumático ingresar en ese hospital. Nos engañábamos en sus pasillos viendo a los vecinos del barrio que están allí por cosas menos graves. Nos engañamos haciéndonos pasar por ellos, teniendo conversaciones rutinarias acerca de la enfermedad, pensando que saldremos del hospital con una venda, una radiografía y un susto. Sin embargo, sabemos que una vez que pisemos la unidad de cuidados paliativos, no podemos seguir jugando a ese juego.

Por esa razón, porque ya no es un juego, es mi madre la que llama al teléfono que nos dejaron. No quiere que mi padre y yo carguemos con la responsabilidad de hacerlo. Ha sido ella la que ha cogido el teléfono y ha marcado el número desde la cama. Yo me he quedado dormido en la sala viendo una película, pero me despierta un ruido en la habitación de mi madre. Voy hacia allí. Mi madre ha colocado una silla frente al armario, porque apenas se puede sostener, abre los cajones y saca su ropa interior. Organiza la ropa que quiere llevar al hospital. Y me cuenta que ha llamado al número que



nos dieron. Yo le pido que se acueste mientras llega la ambulancia. Trato de organizar su maleta, pero desisto porque me doy cuenta de que ya lo tiene todo listo. Ha elegido la ropa interior, ha preparado el neceser y ha cargado el móvil. Vuelvo a pedirle que se acueste. Apenas puede dar tres pasos seguidos sin ahogarse. Se desploma en la cama y cierra los ojos. No se despierta hasta pasadas unas horas. Ya está en el hospital cuando se desvela. Me mira a los ojos y me pregunta si ha hecho todo bien. Me lo dice sin fuerzas, pero me doy cuenta de que para ella es muy importante saberlo. Quiere saber si ha organizado todo correctamente. Quiere saber si finalmente ha metido en la maleta la cartilla de la Seguridad Social, el camisón y el volante de ingreso. Quiere saber si en esta última hora ha hecho las cosas bien, como las ha hecho siempre, o si ha sido justo ahora, que todo el mundo está pendiente de ella, cuando ha tenido que meter la pata. Quiere saber si se le ha olvidado alguna cosa; si ha causado alguna molestia. Eso quiere saber. También quiere que hable con el psicólogo. Y con el cura. Y con el de los seguros. Y que le lleve el regalo de bodas al hijo de la peluquera.

Voy al hospital en metro. No sé qué bono comprar: el anual, el mensual, o un bono de diez viajes. Comprar uno u otro ticket comporta una decisión que no me corresponde tomar a mí. No me corresponde decidir cuánto tiempo le queda a mi madre. Por eso, he decidido comprar un billete sencillo cada vez que coja el metro. En proporción es mucho más caro que los demás, pero creo que es mejor no hacer planes. Al menos esta vez voy a hacerlo bien. Aunque nos empeñemos en comprar bonos, la vida es tan sólo un billete sencillo. La vida ni tan siquiera admite billetes de ida y vuelta. Yo compro un billete de ida y después otro de vuelta. Llego a casa, y entonces mi padre se va al hospital. Me quedo solo. La casa está en silencio y no sé qué hacer. Me aburre

la televisión. Como algo y leo la prensa. Después, paseo por la casa, me asomo a la ventana, pero siempre acabo poniendo música y abriendo la caja donde mi madre guardó todas esas cosas inútiles que a mí, sin embargo, me parecen provechosas. Es como si mi madre me hubiese dejado una herencia de recuerdos desordenados. Como si mi madre me dijese: a ver si eres capaz de hacer algo con todo esto.

En la caja de mi madre hay una postal de Santiago de Compostela. «Santiago de Compostela. Ciudad maravillosa. Todo bien. Saludos.» Hay un menú de una boda. 3 de febrero de 1968. Enlace Rodríguez Rodríguez y Dapena Tato. Bar Victoria, teléfono 12, Forcarey. Entremeses variados, paella, merluza a la romana, ternera al horno, pollo asado, tarta nupcial «Gran Duque», brazo de gitano, café y licores. Hay un calendario de festividades religiosas de la parroquia de Santa María de Portugalete. «Están a su disposición en la casa de sacerdotes: Pablo Bengoechea, Angel Garamendi, Anastasio Munarriz, y José Goñi.» Hay también en la caja de mi madre un comunicado del Gobierno vasco de 14 de febrero de 2002, informando de que el brote de meningitis de mi colegio está controlado. Recuerdo que nos dieron unas pastillas que nos hacían mear azul. Hay en la caja de mi madre un dibujo mío de lo que parece ser una paloma de la paz. Un dibujo de cuando lo de Miguel Ángel Blanco. De aquella época en la que se invocaba a la paz en cada colegio del País Vasco, como si fuera algo imposible de alcanzar. Algo que, sin embargo, se alcanzó. Eso también está en la caja de mi madre, porque ha guardado la portada de *El País* en la que se anuncia el fin de ETA.

También encuentro en la caja de mi madre, el recordatorio de la primera comunión de una prima mía, «Iglesia Mayor de Santa Coloma de Gramanet, 21 de junio de 1987», y una nota de mi pediatra: «Vida normal (con los cuidados

que sabe)». Eso me hace recordar que cuando le dijeron que se iba a morir mi madre llamó al que fue mi pediatra. Está jubilado y vive en Salamanca. Dice mi madre que juega al golf. No sé cómo localizó su número y le llamó. J.J. Ramos Sánchez. Medicina Infantil ASMA. Col. 2689. Carlos VII, 13, 2.º izquierda, Portugalete. Eso pone en la nota que mi madre guarda en su caja. En otra nota, ese pediatra indica: «diferencia testicular, excelente desarrollo». Tengo un testículo más grande que el otro. Recuerdo al pediatra palpándome las pelotas y comparándolas con una escala de madera con diferentes tamaños de testículos. Recuerdo también que me hicieron una ecografía. Todo eso consta en el historial médico que mi madre conservaba «por si acaso». Por si acaso lo guardaba, porque ella no sólo me quería, sino que me cuidaba. Ahora ya nadie me cuida. Ahora ya nadie guarda mi historial médico. Aquel historial en el que se puede ver la visita que hice el 27 de febrero de 1997 al doctor Víctor Gaubeca Azpiri. Recuerdo que aquel doctor tenía la consulta en el centro de Bilbao y que ir allí era para mí como viajar a París. Mi madre se perfumaba, me ponía mi mejor ropa, y me pedía que me portase bien. Visitar a un médico, o a un abogado, era un acontecimiento para mi madre, pues no estaba acostumbrada a tratar con gente con carrera, o a pisar el suelo de madera de un piso noble del centro de Bilbao, si no era para limpiarlo. Mi madre trataba de estar a la altura, y me exigía a mí que también lo estuviese. El doctor Gaubeca me exploraba los pies planos y después me regalaba unos Sugus, pero esto último no consta en el informe médico. Consta, sin embargo, una fístula anal que me exploraron el 18 de enero de 2003, aunque yo hubiese jurado que sucedió en verano. Aquel verano del primero beso. Aquel verano en el que Pantani corrió la Vuelta a Burgos. De aquel verano, justamente, conserva mi madre la invitación de boda de la hija de una prima suya. La invitación está escrita a mano, y en ella le informan a mi madre de cómo les va la vida: «Todo sigue igual que siempre, en casa estamos bien, luchando día a

día, cada uno con sus cosas».

En la caja de mi madre, junto a la invitación de boda está la esquila de mi abuelo, y también su DNI. En el lugar reservado para su firma, un funcionario ha escrito: «No sabe». Mi abuelo no sabía escribir. Pienso en ello. Pienso en que cada vez que mostraba su carnet de identidad, quien lo veía sabía de inmediato que era analfabeto, y pienso entonces en la vergüenza que sentiría. Por eso, porque no sabía leer ni escribir, sé que alguien le habrá tenido que leer la carta que sus familiares de Argentina le enviaron, y que mi madre también conserva. «Con un sincero deseo de muchos años de felicidades. Es el deseo de María y Enrique. Buenos Aires, abril de 1972.» En la foto se puede ver a una pareja posando bajo el monumento de un militar a caballo. Navego por internet y descubro que es la estatua de un gobernador de la provincia de Salta. He oído hablar a mi madre del tío Enrique. He oído llamarle tío, para que así no quedara duda de que existió ese tío; para así dejar rastro de una existencia que definitivamente se ha esfumado del todo. Lo único que sé de ese tío de mi madre es que se fue a Argentina, que durante un tiempo se escribieron, y que, inexplicablemente, en algún momento dejaron de hacerlo. Debió de ser porque, como decía la invitación de bodas, nos pasamos el tiempo «luchando día a día, cada uno con sus cosas», y eso hace que la memoria lo diluya todo.

Al menos queda esa foto. Se le ve feliz al tío Enrique junto a ese monumento de piedra. Lo busco en Google Maps y el obelisco del militar me parece menos imponente. Veo un parking y autobuses turísticos. El tío Enrique es un completo desconocido y, sin embargo, me cae bien. Se le ve gordo y bonachón. Ya debe de estar muerto, pero yo quiero pensar que ha tenido una vida plena. Quiero pensar eso, aunque sólo sea por el afecto con el que mi madre pronunciaba su nombre. No hay más fotos del tío Enrique. Hay una foto de su mujer. Una foto de la tía María con una pamelita que tiene escrito en el

reverso: «En prueba del mucho cariño que te tengo». Guardaré la foto. La guardaré por respeto a un afecto del que ya ni tan siquiera queda su ceniza. La guardaré porque alguien, quizá mi madre, se la leyó a mi abuelo durante alguna cena en el piso de Portugalete. Se la leyeron como también le leyeron aquella otra carta que le envió a su hermano Manuel, y de la que más tarde hablaré. Por eso, guardaré esa carta. La guardaré junto a otra fechada en 1969, y que comienza diciendo: «Querido hermano, salud te desea quien de ella disfruta». Es una carta escrita de la misma forma que se habla. Dice: «Eso de ir allá mejor sería que tu bengas a qui por que todos quieren berte y cuando sean los días mas grandes y el tiempo sea mejor que aquí esta el tiempo muy malo que no parece el mes de abril llubiendo siempre. Alla mas arriba nos escribes unos días antes para benir aunque sea ida por buelta por los menos nos bemos. También le dije a Pepiño que te escriba y me dijo que le escribieses tu primero que el no sabia ni que ponerte le da apuro escribirte».

Guardaré también una absurda foto desenfocada de un pastor alemán en una finca, y otra de mi madre abrazando un árbol y sonriendo. Es raro ver a mi madre sonreír en las fotos. Ella y yo siempre salimos muy serios. Sale seria en la foto que empuja un carrito de bebé, y en la que se le ha cruzado un niño espontáneo que le estropea el retrato. Sale seria también en otra en la que aparece junto a mi padre en una barbacoa en el campo. Y en otra en la que da una patada a un balón. No hay muchas más fotos de ella en la caja. Como me sucede a mí, a mi madre no le gusta posar para las fotos. Se ponía nerviosa y apretaba los dientes. Se le arrugaban los labios y el entrecejo. Mi padre, por el contrario, sale siempre sonriente en las fotos. Mi padre tiene el don de ser feliz. En una foto sale bebiendo vino de un porrón. En otra viste de militar. Debe de ser en la mili. En el reverso se lee: «Aqui estamos los tres peludos. Ya somos veteranos». Son fotos en blanco y negro. En la parte de atrás de alguna de ellas se indica la fecha y el lugar en el que se hizo la fotografía.

«Castilla La Nueva, 17, 2.º izquierda, Baracaldo.» Ese piso fue el primero en el que mis padres vivieron una vez casados. Lo compartían con un matrimonio de gallegos de su misma edad y otro matrimonio extremeño más mayor. Los hijos de estos últimos habían emigrado al País Vasco y se trajeron a sus padres, pero como los pisos de entonces eran muy pequeños y las familias muy grandes, tuvieron que alquilarse una habitación. Por lo que mi madre cuenta, se comportaban como una familia: comían juntos, jugaban a las cartas juntos y los hombres veían el fútbol juntos. Él se llamaba Gerardo y ella no me acuerdo. Mis abuelos todavía vivían en Galicia, así que Gerardo y su esposa debían de ejercer el rol de padres. El matrimonio de gallegos lo formaban Alfredo y Luisa. A estos sí les conocí. Eran muy generosos. Siempre me daban un billete de dos mil pesetas. Tuvieron sólo un hijo y acabó en la droga. Fue de los últimos yonquis en morir. Recuerdo el miedo que sentía cuando les visitábamos. Recuerdo que me parecía un monstruo; que apenas salía de su habitación; que, cuando lo hacía, el salón donde tomábamos café se quedaba en silencio. Recuerdo sus dientes amarillos y su tez blanca. Recuerdo una conversación de mi madre con la tía del chico, en la que esta le pedía a mi madre que no le diese dinero, y recuerdo que mi madre le hizo caso, pero siempre se sintió mal por ello. Luisa era generosa. Me hacía buenos regalos por mi cumpleaños y, sin embargo, mi madre no podía soltarle un duro a su hijo. Este se murió días después de que le tocase la lotería. Me contaron que le vieron en un supermercado con el carro de la compra lleno de botellas de whisky. Compró bebida y caballo, y se encerró en su cuarto. Murió, y poco después murieron sus padres. Como en la canción de Eskorbuto, sólo fue una historia triste más.

Mi madre tenía pánico a que yo acabara igual que el hijo de Alfredo y Luisa. Tenía pánico a que mis primos acabaran así. En una redacción del colegio de uno de mis primos, que mi madre guarda en su caja, se habla de la

droga como si fuese un ataque alienígena: «Es dura y cruel y aunque no lo quieras se va metiendo dentro de ti como si quisiera invadirte y es que al final te invade, lo consigue, y luego no se puede hacer nada». Mi madre había visto a los hijos de muchas amigas morir por la heroína. Eran chicos estupendos y, sin embargo, en apenas unos meses pasaban a ser unos desconocidos que daban miedo. Eran zombis que caminaban por las calles con la cabeza agachada y que amenazaban con robarte la cartera, aunque nunca lo hacían. Los yonquis vaciaban los cajones de las casas de sus padres, revolvían los armarios y salían a la calle con un radiocasete para venderlo a cambio de un chute. Así sucedía en aquella época. Así les pasó a Alfredo y a Luisa con su hijo. Aun así, yo les recuerdo con afecto. Recuerdo que Alfredo disimulaba el acento gallego y pronunciaba muy bien las palabras. Recuerdo que tenía unas coletillas que siempre repetía, y que nunca dejaba pagar el menú a los demás. Recuerdo que era muy de derechas. Era un fascista pero me quería, y yo a él, aunque nunca se lo dije. Alfredo y Luisa no están entre las fotos de esta caja. Están en el álbum familiar, porque eran como de la familia. Como de mi familia son ahora Guti, Cabe, Yon, Adrián, Alain, Edu, Óscar, Alvi, Aritz, Ibon y Marta. Ellos tampoco estarían en mi caja si la tuviera. Estarán en esa novela, que es mi álbum familiar.

En la caja de mi madre encuentro también la carta del menú de la primera comunión del hijo de Luisa y Alfredo, y el recordatorio de la primera comunión de otra niña que no logro saber quién es: «31 de mayo de 1984 en la capilla del colegio de San Cayetano-Santiago de Compostela». Hay otro recordatorio, que debe de ser de alguna niña que mi madre cuidó, porque se celebró en una iglesia a la que van los pijos de la Margen Derecha. Contemplo también fotos de mi padre y mis tíos construyendo la casa del pueblo. Hay poleas, y ladrillos, y cubos de cemento, y botas de vino, y picos, y palas sobre las que los hombres se apoyan cansados. Unos ayudaron a los otros, y así

levantaron las casas en las que después pasábamos los veranos. Recuerdo llegar de vacaciones, ver nuestra casa desde la carretera y temblar de emoción. La foto de boda de mi tía Maricruz está también en esa caja. Muchos hombres llevan bigote. Parecen sacados de *Narcos*, o de una película de Eloy de la Iglesia. Llevan también corbatas finas y un pañuelo en la solapa. Tienen mirada de gente dura; gente que sólo he visto desde un taxi en algún país de Sudamérica; gente que lleva navaja y que sabe cómo asestar un puñetazo. Yo no sabría cómo hacerlo; seguro que me haría daño en los nudillos. Yo, como mucho, discuto por Whatsapp. No soy como aquel amigo de mi padre que emigró a Brasil y volvió cuarenta años después a Galicia. Un hombre duro acostumbrado a pelearse. Un hombre fiel a unos valores en desuso. Si observaba una injusticia, sacaba la navaja. Hoy somos más cobardes, aunque más civilizados. En algo hemos mejorado. No somos como el brasileño, que se lio a navajazos porque vio a un vecino del pueblo haciendo trampas en una partida de cartas, y vacilar a unos chicos más jóvenes y apocados. Se lio a navajazos, pero él también se llevó alguno. Por eso amenazó de muerte a aquel vecino tramposo, y en apenas una semana y media este se marchó a Cuba. Problema solucionado. Veo en una foto al brasileño. Es rubio e imberbe. Está junto a mi padre en la puerta de un bar. Llevan un cigarro en la boca y una cerveza en la mano. Parecen inofensivos. Parecen Marlon Brando y James Dean. El otro chico que sale en la foto murió hace ya muchos años en un accidente de trabajo en una fábrica de Avilés. Eso me cuenta mi padre. Me cuenta también que el brasileño sigue vivo, pero que tiene Alzheimer. Ya no recuerda lo duro, y, según mi padre, lo buen tipo que era. Contemplo de nuevo la foto, observo a mi padre, y de súbito me alegra saber que en el pasado tuvo una vida en la que yo no estaba.

Ese amigo de mi padre volvió del Brasil, pero la mayor parte de los que fueron a Sudamérica nunca volvieron. Me he encontrado con hijos de gallegos



en La Habana y México. Hombres y mujeres que pronuncian pausadamente los nombres de las aldeas donde nacieron sus padres. Parecen evocar esa tierra que nunca conocieron, pero de la que tanto han oído hablar. Siempre respeté esa nostalgia, y creo que mis padres y el resto de los gallegos que emigraron también. Por eso, nunca hablaban mal de Fidel Castro, ni de Fraga. Preferían criticar a otros. En el fondo, creían que la condición de emigrante les unía. Los que se fueron más cerca, sin embargo, sí volvieron. Desde París, una prima le escribe a mi madre y le adjunta una postal con la Torre Eiffel iluminada. A mi madre, que nunca vio la Torre Eiffel excepto en esa postal. Mi madre tampoco vio el Coliseo de Roma, ni el Big Ben. No vio el Empire State, ni el Malecón. Tampoco vio el Machu Picchu, ni el tráfico de Bangkok. No vio todo eso que yo ya he visto. Vio la Sagrada Familia una tarde de junio en la que me vino a visitar a Barcelona. Fue a la Sagrada Familia y quiso saber dónde había nacido el Pescaílla. Siempre le había gustado la rumba, y Lola Flores. «Si me queréis, irse». Eso dijo Lola Flores en la boda de su hija, y eso repetía mi madre cuando la agobiábamos mientras cocinaba.

A mi madre le gustaba Barcelona porque era «toda llana», y se podía pasear bien. Eso decía. Comparaba Barcelona con las empinadas cuestas de Portugalete, que tantas veces subió, y le parecía plana. La mayor pendiente de Portugalete es la que sube a nuestro barrio. Cuando mi madre, siendo una adolescente, llegó a Vizcaya, desde allí se podían ver las chimeneas de los Altos Hornos. Eso cuenta mi madre en las cartas que conserva de aquella época. Mi madre escribe cartas a sus familiares de Galicia. En una carta les dice que en Bilbao las chimeneas llenan el cielo de humo. Dice cosas así. Y yo imagino que escribe que el resplandor del hierro fundido ilumina el cielo; que los destellos rojos se pueden ver a kilómetros; que son llamaradas de azafrán; que, a menudo, esa es la única luz que brilla en semanas; que los remolcadores arrastran los barcos que parecen encallados en el fondo de la

Ría; que la Ría está sucia: una herida abierta de sangre contaminada; que las fábricas vomitan los desechos del hierro mientras las sirenas indican el cambio de turno de los obreros; que las fábricas respiran como los humanos; que su respiración, sin embargo, es de hollín, un hollín que se posa en la ropa que cuelga en los balcones; que es el aliento tiznado de los hornos el que ensucia las camisas; que hay humo sobre las nubes, o nubes sobre el humo, nadie lo sabe; humo que les cubre y les protege como el vientre de una madre. En otra carta mi madre escribe que «cuando uno está solo en un sitio sin conocer, siempre se preocupa, pero yo es como si conociera todo». Yo es como si conociera todo, repito en voz alta, y sus palabras me reconfortan. Cuando uno lee de alguien que sale del frío de la aldea y llega a un país lejano, que es «como si conociera todo», de pronto se ubica en el planeta; de pronto comprende eso que los cursis llaman ser ciudadano del mundo. En la caja de mi madre hay también postales de Barcelona. Postales en las que salen las calles que ahora recorro y que se han convertido en mi casa. En una postal de julio de 1967 mi tía Maricruz le dice a mi madre: «Pronto recibirás nuevas mías, pero a de ser con la condición de recibir antes las tuyas, porque si no nada». Maricruz tenía fama de austera y brusca. Maricruz murió en la misma planta de cuidados paliativos en la que han ingresado a mi madre. Recuerdo que el verano en que murió, mi madre lo pasó en el hospital, y mi padre y yo estuvimos un par de semanas solos en el pueblo. Recuerdo que mi padre únicamente sabía cocinar puré de calabacín y lomo con patatas fritas. Desde aquel verano no he vuelto a probar el puré de calabacín.

Mi madre conserva una foto con su hermana en la playa, y otra en la plaza del Obradoiro. Estaban obsesionados con Santiago de Compostela. Debía de ser el centro de su universo. También conserva una cartulina con la foto de un cantante, «Enrique Rivas - Discos Philips», que está dedicada a ella. Hay muchas fotos dedicadas. Fotos de amigos de la mili de mi padre, y otras en las

que mi padre escribe y envía desde el cuartel: «Recuerdo de la vida militar a mi inolvidable amigo Pepe»; «Con todo el cariño a mi querida novia»; «Cariñosamente se lo dedico a mi madre»; «A mi mamá, con todo el cariño de su hijo», etcétera. En muchas de ellas se acaba diciendo: «Contesta». Era lo que se decía antes de que se inventase el tic azul de Whatsapp. Eso le dice el primo Ramón a mi padre al enviarle una foto segando el trigo. Y eso mismo también le dice mi madre a mi padre en una carta remilgada y cursi hasta el sonrojo: «En un cestito de flores metí la mano y saque el corazón de mi novio que jamas olvidare». Es de cuando mi madre aún estaba interna en una de esas casas de la Margen Derecha. Lo sé porque está fechada en Las Arenas, en marzo de 1965. Desde Bilbao, en 1960, cuando mi padre aún no había salido del pueblo, le escribe un amigo suyo. Este amigo después hizo fortuna con la promoción inmobiliaria y llegó a ser un alto cargo del PP. De gallegos como él está lleno el mundo. Tipos que trabajan sin descanso y guardan los billetes debajo del colchón. Franco, Fidel Castro y Amancio Ortega son gallegos. Y Rajoy también, pero a su forma. Rajoy es un vago. Todos los gallegos de la fábrica de mi padre salen en una de las últimas fotos que contemplo esta tarde. El mono de trabajo les queda grande. Lo llevan lleno de grasa, pero eso parece importarles poco. La imagen les ha captado en medio de una carcajada. Por eso, mi madre no la incluyó en el álbum de las fotos escogidas. Sin embargo, la foto capta la vida, y es más real que todas las demás. En ella veo la vida que pasa como un plano secuencia. Una película que ya se acaba. Apenas una escena más en la que la cámara se eleva y se aleja al mismo tiempo. Ya no se distinguen los actores. Ya no tienen más frases escritas en su guion. Ya se oye la música tenue que precede a los títulos de crédito. Ya se acaba esta película que nunca quise dejar de rodar.

He llegado al hospital con el pelo mojado por la lluvia. Veo a mi madre caminar hacia el servicio. No quiere que nadie le ayude. Aunque camina encorvada, se endereza cuando me ve. Sale del baño y le ayudo a sentarse en el sillón. A través de su camisión observo las cicatrices de sus operaciones. Se sienta y se pone a leer la *Pronto*. Yo leo a Pavese. De pronto, mi madre levanta los ojos de la revista, me mira por encima de las gafas, y me pregunta qué opino de lo de la Campos y Bigote Arrochet. Pues no sé, le digo, y pongo cara de no tener ni idea. ¿Es necesario formarse una opinión sobre eso? Me pregunto a mí mismo quién coño es ese Bigote Arrochet, y cuando, un par de horas después, mi madre vuelve al servicio antes de irse a dormir, cojo la *Pronto* y me documento. Oigo que ha terminado, y me acerco a ayudarla a limpiarse. Hay mucha sangre en el papel higiénico. Hay también mucha sangre en el inodoro. Guardo la orina en el bote que nos dejaron las enfermeras, tiro de la cadena y caminamos hacia la cama.

—Pero él es mucho más joven que ella, ¿no? —le pregunto.

—Pues como diez años, pero es que la Campos está mucho más estropeada que yo —me responde mi madre.

He metido en la mochila algunas cosas que había en la caja de mi madre. Las he cogido al azar, sin mirar, para así contemplarlas esta noche mientras ella duerme. Hay un folleto del Ferry que hacía el trayecto de Santurce a Portsmouth. Un folleto de un viaje que nunca hizo. Hay una carta astral. Mi madre creía en esas cosas. La carta astral dice «existencia feliz y no accidentada», como si con tener una vida no accidentada fuese suficiente para ser feliz. Quizá fuese así en aquel tiempo en el que el mundo era sólido y la vida era más sencilla; aquel tiempo en el que la vida consistía en tener hijos y pagar el piso; aquel tiempo en el que el éxito consistía en tener un apartamento

en Torrevieja. Por eso, lo mejor que le podía pasar a uno entonces era tener una vida no accidentada. Para mí, sin embargo, decir eso de una vida es sinónimo de aburrimiento. Nuestros padres vinieron a este mundo a trabajar; nosotros a divertirnos. Es lo mejor que podemos hacer, pues ellos eran pobres, pero al menos tenían la certeza de que el futuro iba a ser mejor. Nosotros, en cambio, tenemos de todo, pero vemos el futuro negro y por eso quemamos cada noche como si fuera la última. Queremos una vida accidentada. Queremos adrenalina. Queremos no parecernos a nuestros padres, aunque en el fondo seamos idénticos a ellos. Lo puedo comprobar en las fotos que guarda mi madre. Las guarda junto con los dibujos que yo hacía en el colegio para el día de la madre. Junto con algunas de mis notas. «Lengua castellana: progresa adecuadamente; debe mejorar su escritura; necesita leer mucho.» De ahí imagino que viene la obsesión de mi madre por comprarme libros. Quería que leyese como en las casas de los señores, es decir, en silencio, pero se olvidó de ponerme una luz junto a la cama.

En las casas de las familias que leen siempre hay una luz junto a la cama. Lo he comprobado en las casas de mis amigos de la universidad. En casa de mis padres, sin embargo, si estás leyendo en la cama, cuando te entra el sueño tienes que destaparte y levantarte a apagar la luz. Eso da tanta pereza que prefieres irte a la cama sin un libro. No sé por qué nunca se lo dije a mi madre, pero si se lo hubiera dicho, se las hubiese arreglado para instalarme una luz junto a la cama. Mi madre me obligaba a leer, ella que jamás ha leído un libro, y entonces yo, cuando me entraba el sueño, le gritaba desde la cama para que me apagase la luz. ¡Amaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! Junto a mi cama no había luz, y quizá por eso leí menos de lo que habría debido, pero a cambio cada noche mi madre venía a cogerme el libro, a darme un beso y a apagarme la luz. A veces, incluso se arrodillaba junto a la cama y hablábamos un poco. Hace pocos meses, ya enferma, lo volvió a hacer. Se arrodilló junto a mi

cama, me dio un beso, me miró a los ojos, y me dijo: «Se me están empezando a acabar».

## IV

Trato de contener el dolor en este libro, pero no lo consigo. A menudo sale de él, me muerde, y eso me gusta. El dolor es tóxico, pero, al mismo tiempo, más adictivo que las drogas.

Yo ordeno el dolor en esta novela. Quiero ajustar la realidad a la medida de mis palabras, porque sólo así podré descansar. ¿Cómo lo hará mi madre? ¿Cómo lo hará ahora que duerme junto a mí? Ella descansa, y yo escribo. Siento que estoy arando una finca, cultivando un huerto, regando unas plantas. Me ocupo así de evitar que desaparezca. Soy yo quien la sostiene en cada párrafo. Los músculos se me cansan, pero logro mantener el equilibrio. Ella no lo sabe, pero es así. El pintor dibuja su foto, y yo escribo este libro. Presentaré a mi madre a gente desconocida. A los que entren en mi casa y vean el cuadro en el salón, y a los que lean esta novela. Sólo puedo hacerlo así. Se ha hecho demasiado tarde para intentarlo de otra manera.

Escribo mientras ella duerme. Recorro el pasado sin molestar a los fantasmas. Hago un travelling con mi memoria, y después vuelvo a la habitación. Desmonto acontecimientos, trato de verlos a través de un microscopio, y entonces los transformo en palabras. Hasta ahora la vida me venía manufacturada; ahora, sin embargo, sólo adquiere sentido y llego a la verdad mediante el lenguaje; sólo así la vida es tal y como debiera ser, y no de otra

forma distinta.

Puedo escribir, por ejemplo, de mi primer piso en Madrid. Lo compartía con Gabi y con Ariel. Gabi era un profesor de gimnasia madrileño que se follaba a las mujeres que quería, y Ariel un comercial uruguayo que se follaba a las mujeres que podía. Yo no hacía ni una cosa ni la otra. Antes de llegar a Madrid apenas follaba. En Madrid todo el mundo folla mucho. Media ciudad se acuesta con la otra media. En las silenciosas noches de verano, cuando los vecinos abren sus ventanas para que corra el aire, por las estrechas calles de Lavapiés, o de Malasaña, se oyen los gemidos. Yo oía a mis compañeros de piso *empotrando* en medio de la noche, y me ponía a escuchar música por los auriculares. A Ariel le llamaban Ariel Danger, porque por las noches era un peligro. Ariel entraba en las discotecas sin respetar la cola, y saludaba a los porteros, aunque no los conociera de nada. Lo hacía con tanta naturalidad y simpatía que nadie le paraba los pies. Yo le seguía, y después, cuando la noche comenzaba su cuesta abajo, me iba a dormir. Ariel dormía en un colchón en el suelo, y encendía incienso y velas cuando traía una chica a casa. En más de una ocasión pensé en copiar su estilo, pero nunca lo hice. Gabi era más tradicional. Tenía una voz grave y el pelo rubio. Bebía mucho y bien. Era el mejor conversador de fútbol que he conocido. Hablaba de Michel y de Romario como quien habla de Homero y Platón. Gabi era un Valdano castizo. Gabi ligaba menos que Ariel, pero mejor. Sus chicas me gustaban más. Se parecían más a las de las películas, aunque en una ocasión a una de ellas le entraron ganas de mear en mitad de un polvo, y se orinó en la alfombra de su habitación. Ariel siempre lo contaba; de ese modo compensaba las risas que nos echábamos recordando lo feas que eran las chicas que él traía a casa.

Mientras viví en Madrid, trabajaba demasiado. Quizá doce horas al día. Salía del metro, me metía en el despacho, y cuando terminaba de trabajar ya era noche cerrada. Muchas noches me acerqué a Sol. Me emocionó el 15M.



Por fin teníamos nuestra propia revolución. Durante unas semanas, Madrid fue la capital del mundo, y yo estaba allí. Pero no pude participar. Trabajaba demasiado. Trabajaba asesorando o defendiendo a esas multinacionales que eran objeto de crítica por parte de la gente de Sol. Vivía una existencia bipolar. A pesar de eso, me sentía privilegiado. Ganaba un salario digno, y tenía reconocimiento. Todo el mundo pensaba que las cosas me iban muy bien, y era tal su insistencia que, por momentos, me lo llegué a creer. Intervenía como abogado en pleitos importantes, viajaba en AVE y me invitaban a buenos restaurantes. Siempre le pedía a la misma secretaria del despacho que me reservara el hotel, porque sabía que me mandaría a uno de los buenos. Descubrí el placer de la soledad de los hoteles, yo que nunca me había hospedado en uno. Recuerdo el hotel Las Casas de la Judería, en Sevilla, y su hermoso patio andaluz. Me recuerdo leyendo de madrugada en aquel hotel. Me satisfacía aquella vida. Había cumplido con las expectativas, pero pronto me cansé de esa placidez. Sin embargo, no me atrevía a contradecir la opinión de los demás. Mi familia estaba feliz de que hubiese alcanzado el lugar que ellos habían soñado para mí, y yo, a pesar de ser el protagonista de esa historia del sueño americano, no era nadie para advertirles de su error. La equivocación consistía, en esencia, en creer que todo ese aparataje social era equiparable al éxito. No era el obrero de una fábrica de la Margen Izquierda, es cierto, pero la diferencia tampoco era tan abismal como parecía. También tenía un jefe, un horario, y hasta un uniforme, es decir, el traje y la corbata, sustitutos en la sociedad de servicios del mono azul de la era industrial. No tenía silicosis, pero tenía estrés. Tenía unas exiguas vacaciones, que esperaba tachando los días del calendario, y que se esfumaban en un abrir y cerrar de ojos. Trabajaba de sol a sol. Llegaba rendido a casa, me tiraba en el sofá, y de súbito me quedaba dormido. Los días, las semanas, los meses, se esfumaban con rapidez. Después la crisis económica se agravó y tuve que sentirme todavía más

privilegiado. Los salarios se reducían, y el mío crecía. Los despidos aumentaban, pero yo cada vez me sentía más seguro en mi trabajo. Lo hacía bien. Mis compañeros lo reconocían. Hasta yo mismo me sentía satisfecho de vez en cuando. Siempre salía del despacho cuando ya había anochecido, en ocasiones de madrugada, y era entonces cuando llamaba a casa de mis padres. Caminaba por el paseo del Prado, ya vacío, y en ese trayecto hablaba con mi madre. Ella le restaba importancia a todo. Me protegía. No me juzgaba. Si le hubiese dicho que era infeliz, no me habría reprochado nada. Me habría escuchado, habría tratado de comprender los motivos y, finalmente, habría respaldado la decisión que tomase. Pero nunca le dije nada. Creía que las cosas estaban bien así: yo cumplía con lo que tenía que hacer, y ella se sentía orgullosa. Ahora, sin embargo, he entendido que el orgullo no es suficiente. No es que sea un valor absolutamente inútil, pero es poca cosa. A cambio de ese orgullo, entregué demasiado tiempo. A veces, por unos instantes, envidio a algunos hijos, quizá no muy espabilados y tal vez sobreprotegidos, que, sin embargo, están cerca de sus padres. Yo soy inteligente, libre e independiente, pero no estoy seguro de haber cumplido con mis obligaciones como hijo. Que mi madre esté orgullosa, en cierto modo, me hiera. Quizá no conozca el coste de su orgullo. Quizá no sepa que lo hemos pagado con nuestro tiempo. Ese tiempo que ahora desaparece y transforma esos ocho años en un relato breve y fragmentario. Conversaciones telefónicas de vuelta del trabajo. Idas y venidas. Apenas unos días en Semana Santa y Navidad. Un fin de semana al mes, a veces menos, en el que nos sentábamos en la mesa de la cocina y nos poníamos al día de todo. Días en los que iba a la mercería del barrio a comprarme calcetines. Calcetines negros cuyas gomas dejan esas marcas en la pierna que antes de llevar traje no tenía.

Recuerdo cómo ella se esmeraba en cocinar para mí cuando estaba de visita. Siempre adoró cocinar. Decía que su sueño era tener un restaurante. En

aquella época, si hacías algo de dinero, montabas un restaurante y te iba bien. Hoy no hay esas certezas. La ciudad es un lugar hostil en el que se hace difícil sobrevivir. Antes era suficiente con tener un restaurante con manteles de papel y vasos de Duralex. Una casa de comidas. Qué felices hubiéramos sido todos en aquel restaurante. Recibiendo a los amigos, eligiendo los menús, o negociando con los proveedores. Yo no habría sido abogado de un buen bufete de Madrid, pero habría sido un buen hijo. Ahora, cuando sueño con mi madre, lo hago así. La veo con su delantal recorriendo las mesas del restaurante que nunca tuvo, preguntando a los clientes si la comida estaba buena y sonriendo ante los halagos de los comensales. Sueño con la vida que no tuvo, pero también, en ocasiones, la veo preparando la comida en casa. Inclineda sobre el fogón, probando el guiso con la cuchara de madera, removiendo la cazuela, tapándola, poniéndose las gafas para leer la receta, concentrada, sobresaltándose cuando le doy un susto por la espalda, y después sonriendo. La veo así. La veo pelando patatas, cortando pimientos, batiendo huevos. La veo fregando los utensilios de cocina, ella que siempre decía que a un buen cocinero se le distingue de uno malo por el orden y la limpieza de su lugar de trabajo. La oigo diciendo eso: que hay que tener todo limpio. Oigo el ruido de los armarios, de los platos, vasos, tenedores y cuchillos. Huelo su comida. Caldo gallego, bacalao al pil pil, marmitako, patatas a la riojana. Todo eso es posible en los sueños. Espero que al menos esté siempre en ellos. Espero no olvidar sus gestos, su forma de hablar, los rasgos de su cara. Sin embargo, sé que sucederá. Los muertos sólo están vivos, bellos y vitales, tal y como los conocimos, durante un tiempo. Pronto se esfuman. ¿Cuándo será? ¿Quizá dentro de cinco años? Puede que menos. Después desaparecen. Los muertos tienen una belleza efímera. Desaparecen como esas momias a las que un golpe de viento las convierte en polvo.

Mi madre había ganado muchos kilos. Ya enferma, nadie le decía nada

cuando comía demasiado. Todos le concedían ese último placer. Sin embargo, ya no era ella. Ya oronda, y aunque disfrutaba de la comida, apenas comía en los restaurantes. Era una extraña coquetería. Pretendía que su gordura pareciese algo hormonal. Tenía mucha vergüenza y dignidad. Al verse en los espejos decía que aquella no podía ser ella. Había engordado en los últimos tiempos, caminaba torpemente, pero en la cocina se movía como una bailarina. La veo organizar todo, quitarnos del medio a los que la molestábamos, y servir la comida con unos movimientos que parecían ensayados. Le pedíamos que se sentase, tratábamos de ayudarla, pero ella seguía a lo suyo. Exhausta, cuando casi habíamos terminado, entonces se sentaba a la mesa, y antes de probar un bocado permanecía unos segundos en silencio esperando los elogios. Está buenísimo, decía alguien, y el resto, con la boca llena, asentía. Entonces ella sonreía, se llevaba el tenedor a la boca, saboreaba la comida, ponía mala cara, decía con falsa modestia que le faltaba sal, o algo así, y concluía: «Ya decía Lola que a los hombres se les gana por el estómago».

Lola vendía productos de Avon. Mi madre nunca se ponía esas cremas, pero era su amiga y se las compraba por compromiso. Las dos se sentaban en el sofá del salón y se pasaban la tarde charlando. Lola visitaba casi todas las casas de mi calle, conocía todos los entresijos familiares de cada una de ellas y, sin embargo, nunca revelaba ninguna intimidad. A lo sumo, cuando una vecina decía algo acertado o, quién sabe, desacertado, ella esbozaba una medida sonrisa. Era su forma de mostrar que los secretos de su confidente podían estar a salvo.

Las visitas de Lola debieron de tener lugar durante los años ochenta, es decir, en pleno proceso de secularización de la sociedad española. Mis padres no se mantuvieron al margen de ese proceso. Aun así, me bautizaron y después

hice la primera comunión. Mi madre quería que me apuntase al coro de la iglesia, y yo le dije que sí, que lo haría, si me compraba una guitarra que había visto en una tienda de instrumentos. La engañé porque no tenía ninguna intención de juntarme con todos esos meapilas, y todavía hoy me siento vil por semejante estafa. Apenas volvimos a la iglesia. Tan sólo a los actos sociales: bodas, bautizos y funerales. No sabría precisar cuándo, pero en un momento indeterminado mis padres dejaron de ir a la iglesia, y mi madre sustituyó al sacerdote por Lola. Ya no se confesó más en la parroquia. Lo hacía en salón de nuestra casa mientras hojeaba los catálogos de Avon.

Hacía años que no veía a Lola, pero hoy ha venido al hospital. A mi madre le ha costado levantarse de la cama. Se ha sentado en el sillón y le ha enseñado a su amiga cómo se reclina con solo pulsar un botón. Desde el pasillo las he visto a ambas jugar con el mando a distancia de la butaca, elevando el reposapiés y el cabecero de la silla. Después, como cuando era niño, he puesto la oreja para escuchar su conversación. Hablan de una vecina a la que ETA le mató al marido, un guardia civil; de que el hijo de otra vecina que se pasaba el día en el bar les chivó a los terroristas datos acerca de las costumbres de su objetivo; de que después de aquello, esa mujer se marchó a vivir a Madrid y no se ha vuelto a saber de ella; de que mi madre salió antes del trabajo para ver a Felipe González en el funeral, pero finalmente este no vino, y sólo pudo dar la mano al ministro Barrionuevo. De todo eso hablan mientras cae la tarde en el hospital.

Lola ya no vende cremas de Avon, pero sigue guardando los secretos del vecindario. Su deber de confidencialidad nunca prescribe. Ya no va por las casas vendiendo cremas, pintalabios y rímel. Enviudó y se casó un hombre rico de la Margen Derecha. Volvió a enviudar, y ahora vive en una casa junto a la playa. Bronceada, perfumada, maquillada con productos que no creo que sean de Avon, se pasea de cuando en cuando por el barrio. Se detiene en cada

esquina a charlar. Visita a sus antiguas clientas, ahora ancianas y enfermas, ella que es inmortal. La veo conducir un Mercedes enorme que heredó de su marido. Diminuta tras el volante, circula por la calle saludando a los vecinos con el claxon como una Grace Kelly de barrio. Ay, Lola, cuánto te vamos a echar de menos. Si todavía vendieses algo, lo que fuera, te lo compraría sólo para que vinieses a mi casa a escucharme mientras te cuento esta historia que tú conoces mejor que nadie.

Dejo a Lola con mi madre y aprovecho para hacer unas compras. La noto muy cansada. Apenas habla. A su amiga le ha dado por hablar de Kim Jong Un, «ese chino está loco», pero mi madre cierra los ojos y no responde. Está empeorando. Los médicos me lo dicen, y yo lo veo. La enfermedad se toma su tiempo, pero va ganando terreno. En contra de lo que creía, salvo en alguna excepción, se muere lentamente, de forma a veces imperceptible, como si un demiurgo nos concediese tiempo para despedirnos. A mi madre se lo concede, pero también le avisa de que esto se acaba. Le envía señales de dolor y debilidad. Sólo son señales. No hace falta ser médico para verlas; para apreciar cómo se apaga. Estos médicos, en realidad, son más chamanes que doctores. Posan sus manos en el rostro de mi madre y así calman su dolor. Siglos de avances científicos, pero, en lo que se refiere al enfrentamiento con la muerte, seguimos en las cavernas. Quizá deba ser así. Quizá ese desconocimiento nos hace humanos.

Como hasta ahora he estado a caballo entre Barcelona y Bilbao, apenas tengo ropa en casa de mis padres. Vete tranquilo, nene, me dice Lola, que habla así, con acento vasco, y coletillas siempre cariñosas. Me acerco al centro comercial en coche, y compro camisetas, pantalones y una americana. No es ropa cómoda. No la compraría si no supiese que mi madre se va a morir. Sé

que va a suceder, y por eso quiero que me vea bien vestido. Ella siempre sufría cuando me veía desaliñado. «Como te vean, así te tratarán.» Compro la ropa, descanso un rato en casa, y después vuelvo al hospital a pasar la noche con ella. Cuando llego, mi madre sigue dormida. Oigo el borboteo del oxígeno y el viento moviendo los árboles. Nada más. Cuando vivía en casa de mis padres, ellos, a pesar de haber estado todo el día juntos, seguían hablando en la cama. Yo quería dormir, o concentrarme en un libro que estaba leyendo, y les decía que se callasen, que ya habían tenido todo el día para hablar, pero nunca me hacían caso. Ahora, en el silencio de la noche, daría lo que fuera por poder oírlos como entonces. Sin embargo, en este hospital todo es silencio.

De madrugada, veo a un anciano que llega apresurado al hospital del brazo de su hijo. Imagino que le habrán avisado de que su mujer está peor y quiere despedirse. Le oigo llorar en el pasillo, pero no salgo. Quizá sea el sollozo del hombre lo que despierta a mi madre. Abre los ojos de súbito. Parece desorientada, pero pronto se ubica. Advierto que está más viva que nunca. Está lúcida y llena de energía. Me mira, sonrío muchísimo, y me dice: «Parece que nos hayamos caído de una nube». Y yo le contesto que sí, que es exactamente eso lo que ha sucedido, y después me río con ella. Me pide que la acompañe al servicio. Le digo que no está en condiciones de ir, pero insiste, y obedezco. No se le puede llevar la contraria. Tiene razón: con mi ayuda llega perfectamente al servicio. Hace pis, se acuesta, y me dice que se encuentra estupendamente. No quiere dormir y se pone a hablar. Habla de Galicia. Nunca habla de Galicia. Es demasiado fuerte para sentir nostalgia, pero yo sé que la siente. Encubre la nostalgia con una especie de falso desdén. Yo, sin embargo, sé que siente nostalgia porque ve a escondidas la Televisión Gallega, o, en los últimos tiempos, porque busca en el iPad vídeos, datos y fotos de su pueblo. Sé que siente nostalgia también porque cuando lee una palabra en gallego, ella que no sabe leer ni escribir en gallego, sólo hablar, la

repite varias veces hasta que la entiende, y después sonrío, y dice «La madre que los parió», o algo así, refiriéndose a los jóvenes gallegos de ahora, que manejan una gramática y una ortografía que ella desconoce. A mi madre le admira ese conocimiento. También sé que siente nostalgia porque me pide que le guíe por Google Maps, y me dice párate ahí, sigue, o retrocede, y yo, con el ratón en la mano, la conduzco por todas esas modernas carreteras que ella nunca pisó porque hace años que no vuelve a su pueblo. Es así como en los últimos tiempos viajamos desde el salón, o desde el hospital, hasta que se le cansa la vista, y dice: «Ya está, es suficiente». Abrimos el mapa, lo cerramos, y ella se da cuenta así de que esos pueblos que antes estaban tan lejos, en realidad eran vecinos.

Nunca conduje para ella por esas carreteras. Lo hicimos desde el salón de casa con el Google Maps, pero, en cualquier caso, lo hicimos. Lo hicimos y ella al fin lo supo. Al fin supo que el mundo era muy pequeño. Es como caerse de una nube.

Nos dan las tres de la madrugada hablando. Parece no estar cansada. Estoy sentado a apenas unos palmos de su cama y charlamos durante horas. No nos queda futuro, y por eso hablamos del pasado. Hablamos de aquella vez que me compré unos vaqueros rotos y descosidos, y al volver de fiesta mi padre pensó que me habían dado una paliza; de aquella ocasión en la que un profesor de literatura me acusó de copiar un relato injustamente, pues lo había escrito yo; de un examen de religión en el que saqué un diez, pero en el que el profesor escribió: «Pero te pasas de ateo».

Hablamos también de cuando metí la cabeza en el cubo de una fregona del súper, y los empleados y mi madre tuvieron que acabar rompiéndolo, porque mi cabeza no salía, y yo lloraba mucho. Hablamos de aquella otra vez que la



acompañé a comprar a la tienda de congelados, ella me dio una bolsa de guisantes, y yo, despistado, cantando y haciendo el tonto por el pasillo, acabé por romper la bolsa, y los guisantes se esparcieron por toda la tienda. Hablamos también de la ocasión en que le pregunté a la farmacéutica qué era un preservativo, y ella me dijo que un plástico para ponerse en el pito y así no tener hijos, y yo le respondí que menudo coñazo llevar eso puesto allí durante todo el día. Hablamos del disfraz de Rambo, del de Batman y de aquel otro de Benji. Hablamos de cuando mi padre trajo la bici azul al pueblo, y yo me eché a llorar de la alegría. Hablamos de que ya han dejado de hacer el PC Fútbol; de la vez que un compañero del colegio contrajo meningitis, y nos dieron unas pastillas que nos hacían mear azul; del olor de las revistas de fútbol en los quioscos; de cuando mataron a Miguel Ángel Blanco; de cuando íbamos a Lezama a ver los entrenamientos del Athletic; de Julen Guerrero, Etxeberria y Alkiza; de que se me arrugaban los dedos de tanto estar en la bañera; de que una vez vi la polla de mis primos, que eran mayores, y yo me estiraba la mía para tenerla igual de grande; de cuando nos pasábamos la tarde jugando al Monopoly; de los amigos del pueblo: Alain, Alex, Asier, Iago, Javi, Daniel, Alba, Vanessa, Diana, David, Erik, Óscar, Janire; de que ahora tenemos un grupo de Whatsapp; de las carreras de bicis hasta el canal; de cuando nos tirábamos a la piscina en el pasacalles; de las historias de fantasmas que nos contaban los mayores; de las partidas de chapas; de cuando recogíamos botellines de la Vuelta; de que los coches se paraban junto a la huerta que entonces tenían mis padres y mis abuelos; de que algunos guiris se detenían junto a ella, preguntaban en inglés por el camping, y entonces me mandaban a mí a indicarles el camino; de que los abuelos se quedaban en el pueblo en verano, pero después no querían irse; de que mis padres volvían a trabajar a Bilbao, y cuando los fines de semana regresaban, ellos siempre contestaban: «Nos quedamos una semana más»; de que esas semanas eran meses; de que

estaban allí hasta que llegaba el frío de invierno.

Hablamos de lo bien que cocinaba mi madre cuando llegaban las fiestas del pueblo y cada vecino ponía una mesa para invitar al resto de vecinos y a los visitantes; de que cocinaba para que la quisieran más, igual que yo escribo también para que me quieran más; de que el abuelo siempre ponía los codos sobre sus rodillas, y yo, a veces, me descubro haciendo lo mismo; de cuando, en verano, en la terraza de la casa del pueblo, mi madre me bañaba tirándome baldes de agua encima, y yo gritaba, pero en el fondo me gustaba. Hablamos de cuando ella trabajaba en las casas de los señores de la Margen Derecha; de que también limpiaba por horas una academia de mecanografía, pero que el jefe no le pagaba lo que tenía que pagarle, y entonces fue a ver a un abogado, y este le dijo que le demandara, pero cuando iba a llegar el juicio, el abogado le dijo que a lo mejor no podía ir, pero que ella era muy lista y se defendería sola perfectamente, y mi madre le respondió que sí; entonces el abogado le explicó que lo único que tenía que hacer era pedir unas cifras que le escribió en un papel, y asegurarse de que al firmar el acuerdo en este figurasen los importes anotados, y que no hubiera debajo del papel de calco otro diferente para engañarla. Hablamos de que así lo hizo, y no hubo ningún problema. Hablamos de que después de trabajar en aquella academia, la contrataron de cocinera unos señores ricos de la Margen Derecha. Estos señores apenas trabajaban, porque casi todas las noches salían de fiesta, y desde el centro de Bilbao, a las dos o a las tres de la madrugada, llamaban por teléfono a las chicas del servicio para que tuviesen preparado el whisky y el hielo, pero cuando los señores llegaban, y se encontraban con las chicas, que les esperaban vestidas con delantal y cofia, les hacían volverse a la cama. Intrigada, una noche mi madre hizo como que se acostaba, pero se escondió entre los setos que rodeaban la casa. Allí pudo ver, a través de la enorme cristalera, a los señores y a otras parejas desnudos. Según me cuenta mi

madre, tenían sexo de todo tipo y entre todos. Mi madre, que entonces aún era virgen, se quedó petrificada, y volvió a su habitación como si hubiera visto al diablo. De eso hablamos, y mi madre pronuncia la palabra «orgía»: «Porque eso es una orgía, ¿no?». Hablamos de las entradas que nos daba un vecino para ir al cine; de que el cine ya no existe; de que tampoco existen el local de recreativos, ni la librería, ni el horno más alto de los Altos Hornos. Hablamos de que el horno lo desmontaron y se lo llevaron a no sé qué ciudad de la India. Hablamos de que aquel horno se llamaba María Ángeles; de que lo apagaron el mismo año que el Sestao bajó a Segunda B; de que los obreros, antes de que el horno se apagara, cocieron en él distintos objetos de metal como recuerdo. Me cuenta eso, y yo le contesto que precisamente en el libro de Kirmen Uribe que estoy leyendo hay un poema que habla de algo parecido, y entonces cojo el libro y se lo leo:

## TE QUIERO, NO

*Aunque trabajó durante cuarenta años  
en los Altos Hornos,  
en su interior había todavía un labrador.*

*En octubre, asaba pimientos rojos  
con su soldador  
en el balcón de su casa de barrio.*

*Su voz era capaz de hacer callar  
a cualquiera.  
Sólo su hija se atrevía con él.*

*Él nunca decía te quiero.*

*El tabaco y el polvo de acero quemaron  
sus cuerdas vocales.*

*Dos amapolas a punto de caer.*

*Cuando se jubiló, su hija se casó a otra ciudad.*

*Él le hizo un regalo.*

*No era rubíes, ni siquiera seda roja.*

*Había ido sacando piezas de la fábrica.*

*Poco a poco, sus manos  
soldaron una cama de acero.*

*Él nunca decía te quiero.*

Termino el poema, pero mi madre no dice nada. Entonces le hablo de un documental que vi acerca del cierre de los Altos Hornos. El reportero le preguntaba a un hombre qué recuerdos tenía de la fábrica, y este contestaba: «¿Recuerdos? Pues venir a trabajar, y ganar un sueldo».

— Eso sí que está bien dicho —contesta mi madre, y después se queda dormida.

Trabajaban, ganaban un sueldo, pagaban el piso, los gastos de la casa, y el resto lo ahorraban. A veces, sin embargo, iban al mercadillo que lo gitanos montaban en el barrio para darse un capricho. Ellas no iban al Zara, o al Primark, porque entonces no existían. Iban al mercadillo, porque era el único

lugar donde podían gastar sin cargo de conciencia. *Los gitanos* llenaban los armarios de nuestras casas. Volvían de allí con las bolsas cargadas de calcetines, blusas, perchas, pinzas, o cintas para el casete del coche. Cintas de la Pantoja, de Julio Iglesias o de Juan Pardo. Iban los sábados por la mañana, y siempre traían algún regalo para nosotros. Traían, por ejemplo, camisetas de imitación; esas camisetas que tenían los logos de las marcas mal pegados en su tejido. Ellas, que no sabían de marcas, no se fijaban en que, en ocasiones, el nombre de la marca era erróneo: Adihas, Naik, Billabom. Nosotros nos negábamos a vestir esas prendas, y eran nuestros padres los que acababan poniéndoselas para andar por casa, o trabajar en la huerta. Otras veces, la imitación era razonablemente buena, y aceptábamos llevarlas al colegio. Aunque el logo estaba mal cosido, daba el pego, y así los más pudientes de la clase rara vez se daban cuenta de que nuestra ropa no era original como la suya.

Una vez convencí a mi madre para ir a una tienda de ropa de surf que estaba en el centro de la ciudad. Salimos ambos tan asombrados del precio que tenían las cosas que aquella ropa me duró años. Todavía hoy, unos quince años después, conservo como un tesoro aquellas playeras de Quicksilver que compramos. Unas playeras marrones, de ante, con la suela blanca y los cordones negros. Mi madre no me dejaba ponerlas excepto en ocasiones especiales. Así era ella. Guardaba las cosas buenas esperando momentos que nunca llegaban. Lo hacía también con su ropa. Tenía bolsos, sombreros y blusas que nunca estrenaba, esperando no sé qué oportunidad. A mí me parecía mal, pero ahora pienso que en el fondo esa actitud era optimista, ya que mi madre estaba convencida de que le sucedería algo bueno. Algo digno de llevar ropa de estreno. No estrenaba las blusas de marca porque pensaba que algo extraordinario nos iba a suceder, y cuando llegase ese momento, debería tener algo que ponerse a la altura del acontecimiento. Las cosas buenas, imagino que

pensaba mi madre, suceden así, de repente, como a quien le toca el gordo de Navidad, o le cae una herencia de un tío desconocido, y entonces hay que tener un plan por si acaso. Las cosas verdaderamente buenas debían de suceder de esa forma, porque lo otro, lo que se gana con el esfuerzo diario, es otra cosa. Eso nunca te pilla desprevenido. Al contrario, lo que te pilla desprevenido es la enfermedad o la muerte mientras llega el fruto del esfuerzo.

Sin embargo, nada de eso sucedió. Mi madre siguió yendo a *los gitanos*, y olvidó toda esa ropa en su armario. Dejó las blusas sin estrenar en su cómoda el día que ingresó en la unidad de cuidados paliativos. Dejó sin estrenar el bolso de Loewe que le regalé. Lo dejó guardado en la misma bolsa de gamuza que me entregaron cuando se lo compré. Dejó también sin estrenar los sombreros que le fui comprando a lo largo de los años en una sombrerería cercana a la plaza Urquinaona. Dejó sin estrenar las gafas de sol que se compró en la última visita que me hizo. Todo eso quedó en su armario el día que la ingresamos en la unidad de cuidados paliativos.

Pediré a alguna amiga de mi madre que, cuando llegue el momento, recoja todas esas cosas que ella no estrenó y después las reparta. Le pediré que lo haga, y pensaré que, en realidad, mi madre no guardó toda esa ropa para usarla en algún momento, sino que en el fondo, quería regalársela a alguien. Pensaré que mi madre no se atrevía a hacerlo, y que decidió actuar así, a su manera, con discreción, es decir, dejando todas esas cosas en el armario para que los demás las recojan. Lo sé: no ha sido así, y me duele pensar en todas las cosas que mi madre no ha hecho, pero en esta novela las cosas serán tal y como tienen que ser, y no tal y como son. Será mejor así. No sé si encajará en el canon de la autoficción, pero al menos aquí haré lo que me dé la gana.

## V

Este libro será tu voz cuando la tuya se apague. Ese cuadro será tu rostro cuando desaparezcas.

Pero antes prefiero la vida, ese pequeño trozo de vida, que entre nosotros está. La vida que, por acabarse, no deja de ser vida. La vida escasa que ocupa esta habitación de hospital.

Contemplo, ama, tu cuerpo lleno de cicatrices, hinchado, pálido y débil. Tus labios agrietados, las raíces canosas de tu pelo, tu lengua seca y cuarteada. Contemplo tu mirada, que se posa en la ventana, tus manos deformadas, tu respiración lenta y asfixiada. Oigo el silbido de tus pulmones, el ruido del colchón cuando te mueves, tu voz frágil y menuda. Tu voz se ha hecho pequeña, ama. Tu voz, que tan rotunda sonaba en la cocina. Tú también te has hecho pequeña, y yo me he hecho grande. Te has vaciado. Ya no queda nada dentro de ti. Como un depósito que se vacía de afecto, y del que yo quiero exprimir las últimas gotas. Así de egoísta soy. Tú pequeña, y yo grande, henchido de un amor que nunca doy. El amor no se acumula. Si se acumula no es amor. Es tan sólo aire. Tengo el cuerpo saturado de viento, de brisa, de nada. Estoy vacío. Soy un avaro. Acumulo afecto, no lo dejo fluir, y por eso desaparece. El amor caduca, y después se convierte en aire. Ya lo decías, ama, que quererse es lo más importante y, sin embargo, yo no sé querer. El amor viene desde fuera, pero sólo entra si, al mismo tiempo, está saliendo. Es una paradoja cómo surge: nace cuando muere, y emerge cuando nos despojamos de

él. Sólo existe en movimiento, y yo, sin embargo, creía que se almacenaba. Creía que lo llevaba dentro de mí, pero me he dado cuenta de que es mentira. El amor sólo nace al abrirse la puerta que lo deja salir. Como una corriente eléctrica en un circuito cerrado. Como los juegos de agua en una fuente. Como el calor que nace de una hoguera. Era mentira. El amor no se acumula. Es una de esas cosas que sólo existen cuando se mueven. Y aquí, ama, en esta noche de otoño, estamos demasiado quietos. Creo que sabes lo que estoy pensando, y por eso coges mi mano y mueves tus dedos. Ya no puedes hacer nada más que coger mi mano y mover los dedos. Tú en tu cama y yo en el sillón contemplándote. Esperando que todo caduque, muriendo los dos, olvidando las palabras y el lenguaje. Tú tan vacía y yo tan lleno de nada.

Cuando todo se queda a oscuras, te vienen a ver las fruteras, las charcuteras, las mujeres que vendían productos de limpieza por las casas. Primero abren la puerta lentamente, y después asoman la cabeza para comprobar que no se equivocan de habitación. Y me miran, ama, como a un desconocido. Me conocían de niño, pero ahora ya no saben quién soy. ¿Lo sabes tú? Tú sí lo sabes, pero ellas no. Llevo demasiados años fuera del barrio, y se han olvidado de mí. Hacen el amago de irse, pero vuelven a mirar el número de habitación, confirman que no se han equivocado y entonces se deciden a entrar. Tú las harías pasar, ama, y después les dirías que no he cambiado tanto, que apenas fue ayer cuando corría con un balón por el parque. Pero sería mentira, ama. Aunque han pasado los años demasiado deprisa, no es necesario que me defiendas. Asumo mi condición de extraño, agradezco la visita, y os dejo un momento a solas mientras voy por un café.

Así es cómo van desfilando todas ellas, despidiéndose una por una, tocándote las manos por última vez. Yo a veces las miro, y después me quedo



unos minutos hablando con esas mujeres en el pasillo, o acompañándolas hasta la boca del metro. Ojalá nos vieses, ama, recorrer este pequeño trayecto juntos. Ojalá nos escuchases hablar de ti, tú que tanto has hablado de mí, que tan orgullosa estabas de tu hijo, el extraño, el forastero, el que nunca está en casa. Pero no puedes oírnos desde tu habitación. Ni tan siquiera puedes vernos desde la ventana. Sólo ves el jardín, ama, que ahora desprende ese olor a tierra mojada que emanaba del suelo cuando en el pueblo caía una tormenta. ¿Lo recuerdas? Claro que lo recuerdas. Y, así, ama, evocando ese olor, camino hacia la salida del hospital con ellas, y allí, antes de despedirse, me recuerdan sus números de teléfono, y me dicen que las avise cuando llegue el momento. Porque verás, ama, ellas, como tú, saben cómo se muere. Habéis acompañado a otros en la muerte, y sabéis lo que hay que hacer. Estas mujeres traen consigo una sabiduría antigua que yo desconozco. No vienen a consolarme, ni a darme consejos, sino que vienen a hacer un trabajo. Ellas son así. Vienen a quitarme un peso de encima, a cumplir con una misión que alguien dejó escrito en algún lugar. Claro que sé lo que me están diciendo al darme su teléfono, o al recordarme su dirección. Me están diciendo que ellas acabarán con todo; que ellas se ocuparán de guiarme por la secreta tradición de la muerte. Al conocer la agonía, se han puesto en funcionamiento. Me instruyen, me hablan de sus experiencias personales, me relatan la muerte de sus familiares más directos. Me dice una de ellas que su marido, aunque llevaba meses sin hablar, ni comunicarse por ningún medio, estando postrado en la cama, lloró en ese último momento. Pero yo sé que tú no lo harás, ama. No se lo digo a esa amiga tuya, pero yo sé que no lo harás. Ya lloraste hace meses, cuando un día entré en tu habitación sin avisar. Imagino que el médico te habría anunciado algo, y entonces lloraste, aunque no me dijiste el motivo para no preocuparme. Yo lo supuse después. Ya lloraste, y no volverás a hacerlo. Ya te despediste entonces de ti misma, ama, ya dijiste adiós a la vida en aquel momento, tú que siempre

te pones en el peor de los escenarios. Ya te viste muerta aquel día, y el resto del tiempo ha sido sólo una prórroga; una historia que dabas por descontada. No me dijiste nada entonces, ama, pero sabía que algo grave estaba pasando. Como yo, lloras a solas, pero lloras. Nadie lo sabe, pero lloras. Quise saber qué te pasaba, pero no me dijiste nada. Lloraste entonces todas las lágrimas que tenías que llorar, y después te dejaste llevar. No querías molestar. Querías irte de la vida sin hacer ruido. Querías huir del mundo de puntillas. Querías marcharte por una puerta secreta que nadie conociese. Y creo que te quisiste ir, ama, porque creíste que ya no tenías nada que hacer; porque creías que nadie te necesitaba. Toda tu vida has sido útil, y creíste que ya no lo eras. Ya somos todos mayores. Ya nadie te pide favores a ti, ama, que cargabas a tu espalda todo el peso del mundo. Nadie necesita ya tus consejos, o tus recetas. Nadie necesita que te quedes con los niños, o que le acompañes al hospital. Ya no sabes cómo ser útil. Te has salido de este mundo. Recoges tu maleta, y te bajas en la estación. Pero es falso, ama, no es cierto que nadie te necesite. Yo te necesito. Y te necesita toda la gente que vendrá detrás. No tengo hijos, es cierto, pero quiero que sepas que te hubieran adorado. No les conocerás, ama. No lo harás, porque te estás yendo. ¿Para quién tejías esa ropa de punto? ¿Qué haremos con esas prendas de bebé que dejaste en casa? ¿Para quién son? Dímelo, ama, dímelo aunque ya apenas puedas hablar. No, no lo harás. Les preguntaré entonces a las mujeres que vienen a verte. Les pediré que me ayuden como seguro que tú lo hiciste con otros antes.

Pero cuando todo sucede no hay nadie, ama. Ni tan siquiera estás tú. Quisiera llamarte, pero ya no estás. Quisiera gritar, pero no puedo. Tú que siempre has acudido cuando te he llamado, esta vez no me haces caso. No sé dónde estás, ama. En algún lugar dentro de tu cuerpo. Un lugar del que no puedes salir y del

que yo no te puedo sacar. Ojalá pudiese forzar los barrotes de hierro que te aprisionan. Ojalá pudiese, porque sé que tú no quieres estar ahí dentro. Lo sé porque cuando me acerco a hablarte al oído, a decirte que te quiero, mueves una ceja, o el labio, como deseando decirme algo que no consigues pronunciar. Habladle, habladle, repiten los médicos, aún puede oírlos. Lo dicen como si te estuvieses alejando, y así, poco a poco, fueses dejando de oír nuestras voces. Como si hubieras zarpado en un barco. Como si yo te despidiese desde la ventana como tú hacías conmigo. Pero ¿adónde vas, ama? ¿Adónde vas? Respóndeme. Habladle, habladle, dicen los médicos, como si nos quedaran cosas por decir.

Cuando esta mañana he regresado después de darme una ducha en casa, ya estabas en ese lugar del que no se puede salir, ama. Ayer hablamos tanto, te encontrabas tan bien, te habías caído de una nube, ¿recuerdas? Y hoy, sin embargo, estabas irreconocible. Nadie lograba calmarte. Gritabas de dolor, y de desesperación. Querías que nos fuésemos de la habitación, que te dejásemos sola, y después pedías que volviésemos. Querías ir al baño, beber, acostarte, pasear, salir del hospital, que te cerrasen las persianas, que las abrieran, que te quitasen la almohada, que te pusiesen una más grande, comer, no comer, un calmante, que te cortasen las piernas. No sabías lo que querías, ama, tú que siempre has tenido las ideas tan claras. Y yo no sabía cómo tratarte. ¿Hacerte caso? Intentaba hacerte caso, pero las enfermeras me decían que te dejase tranquila. La doctora: que todo era normal; que era la fase final de la enfermedad para algunas personas; el momento en el que se extiende a la cabeza y comienzan los delirios. No sabías quién eras, ama, no sabías qué hacías aquí, quiénes éramos los que te rodeábamos, qué te estaban haciendo todos esos médicos a tu alrededor. Creías que te estábamos engañando. Yo no

te haría eso, ¿cómo lo iba a hacer? Pero tú no me creías. No voy a escribir aquí lo que me decías. No lo haré, porque sé que no eras tú quien me lo decía. No te mereces eso, tú que siempre has tenido tanto cuidado con las palabras. Las palabras están para decir la verdad, y aquello no era verdad. Las palabras, una junto a otra, me calman, ama, y no quiero que deje de ser así. Entraron las enfermeras y te pusieron un calmante, pero nada te hizo efecto. Y después otro. Y otro. Y otro más. Pero no te hacía nada. Seguías gritando. Pedías socorro. ¿Era el dolor? Ojalá fuese el dolor físico, y no el dolor de sentir que te vas. Ojalá fuese sólo tu cuerpo. Ojalá no hayas pensado en lo que te estaba sucediendo. Quizá el dios en el que crees te haya enviado estos delirios para protegerte de todo lo demás. Puede que haya sido así, ama, puede que por fin haya aparecido tu dios para protegerte.

Los sedantes no te hacían nada, y las enfermeras trajeron una medicación más fuerte. La trajeron envuelta en una bolsa de plástico. Era una dosis enorme. Lograron convencerte para que permitieras que te la inyectaran en la vía, y después dejaron la bolsa junto a la cama. Si la hubiesen dejado junto con el resto de medicamentos, te la hubieses arrancado, ama, tienes que entenderlo; lo hacían por tu bien. Dejaron la medicación sobre la cama, entre las sábanas, y me pidieron que me sentara junto a ti y procurara que no la arrojases al suelo. La escondieron de esa manera, y yo puse la mano encima para que tú no la tocases. Mi sillón estaba al otro lado de la cama, pero no me di cuenta a tiempo. No quise molestarte más, ni llamar a las enfermeras, así que me quedé de pie ocupándome de que no advirtieses el bulto que había entre las sábanas, y en el que se ocultaba el sedante. Me mirabas a los ojos y no decías nada. No eran tus ojos, ama. Te los habían cambiado. Por eso dejé de mirarte. Tengo que confesarte que dejé de mirarte. Tus ojos marrones me miraban fijamente, pero yo preferí mirar hacia a la ventana. Te pido perdón. No lloré, ama. ¿Qué habría sucedido si hubiese llorado? ¿Habrías salido del

lugar en el que te encontrabas? No lo creo. Era demasiado tarde. Ya te habías ido para siempre. No podías salir. Estabas demasiado lejos para que yo pudiera ir a buscarte. Y yo no podía sacarte, ama, te juro que no podía. Tú me hubieses sacado a mí, pero yo no podía hacerlo contigo. Siempre fui débil. Sólo fui capaz de poner la mano encima de la bolsa que contenía el sedante. Me quedé de pie durante un tiempo, pero después las piernas se me cansaron, y como tú te habías tranquilizado, yo me senté en el suelo. Y te dormiste, ama, tardaste mucho en dormirte, pero finalmente lo hiciste. Tus párpados se fueron cayendo. Los abrías de vez en cuando, y me mirabas como a un desconocido. ¿Eso es lo que soy también para ti? No, ama, no me digas eso. Para los demás, sí, pero no para ti. Abrías los ojos de vez en cuando, pero poco después dejaste de hacerlo. Te dormiste por fin, ama. Fuiste respirando cada vez más lentamente, y yo fui relajándome también. Dormí apoyado al armario, sentado sobre las baldosas de la habitación. Con la mano aún encima de la bolsa me fui quedando dormido hasta que alguna enfermera me dijo que ya podía acostarme en el sillón. Y así lo hice, ama. Así fue exactamente como sucedió. Todo salió bien. Las cosas fueron tal y como tenían que ser. No tuviste miedo, y yo tampoco. Te quedaste dormida, y entonces apagué la última luz que quedaba encendida.

También ocurrió algo más, ama. Duró muy poco tiempo, pero sucedió. Yo todavía estaba sentado sobre las baldosas, y tú no te habías quedado del todo dormida. Era medianoche, y te despertaste muy relajada. Estabas tranquila; nada que ver con el estado que tenías apenas una hora antes. Abriste los ojos, y sonreíste. Estabas contenta. Se te había ido ese velo negro de la mirada. No me mirabas a mí. Para ti yo no estaba en aquella habitación. Permanecías totalmente ajena a mi presencia. Entonces comenzaste a balbucear nombres.

Nombres de personas que habían fallecido, y otras todavía vivas. Personas que habías conocido a lo largo de los años. Y les saludaste, ama, les saludaste a todos mientras te los imaginabas pasando por tu habitación. Pasaron los muertos y los vivos aquella medianoche en que te estabas muriendo. O quizá pasaron en realidad; no lo sé. Vinieron todos a verte. Te hacían reír, o rabiarse. Algunos te daban pellizcos bajo las sábanas, y tú te revolvías; otros te hacían cosquillas en los pies, y tú los movías mientras te reías. Y fueron pasando, ama, Marisa, Carlos, Juani, Lola, y tus hermanos, todos tus hermanos, y el tío de Carballude, y Maragote, Tere, el médico del pueblo, Faustina, Ramona, Amparo, Marga, Angelita, Manolo de Francia, y Pacita, y los que cogieron la carnicería de Frías, los de los de las mudanzas, Benito, y su mujer, que no me acuerdo cómo se llamaba, y los que os compraron la primera casa del pueblo, el vecino de Miguel, los padres de Vicente, Luis, Hortensia, el tío Enrique, Óscar, el panadero, la de la tienda de muebles, esa jefa que tuviste en Las Arenas, Amador, Jesusa, Mila, y todas las peluqueras del barrio, y la de la tienda de dulces, Alfredo y Luisa, Maricarmen, y las de la peña, la de las hierbas, los de la asociación, el teacher, Paco, el del yoga, mis amigos, ama, pasaron mis amigos a despedirse también, tus amigas del pueblo, los del fútbol, Maruja, Juan, Cristina, y aita. También pasó aita, pero no sé lo que le dijiste. Y pasaron a la habitación también los abuelos, y tú dijiste «mamá-mamá», y casi te pones a llorar, pero no lo hiciste, porque la abuela dijo alguna tontería, y tú te echaste a reír. Y después te quedaste dormida, ama, y ya no quise despertarte. Te hablé al oído, pero ya no quisiste despertar. Ni tan siquiera moviste la ceja, ni los labios, pero tenías el rostro relajado. Y supe, ama, que allá donde estuvieses estabas bien. Tenía esa certeza. Y, por eso, les pedí a todos, a los vivos y a los muertos, que salieran de la habitación y te dejaran descansar. Se lo pedí educadamente, en voz baja, y juntos salimos del hospital. Fue en el jardín donde les despedí uno por uno, porque ya habíamos

hecho demasiado ruido todo el día y los enfermos tienen que descansar. Pero me despedí de ellos, de los vivos y de los muertos, me tomé mi tiempo, y les di las gracias a todos, ama. Juro que lo hice antes de volver contigo a la habitación.

Cuando amaneció, llegaron los demás, y también el sacerdote, pero todo eso no creo que te importe, ama. No merece la pena que me extienda en esas banalidades. Rellené impresos, elegí ataúd, redondo o egipcio eran las opciones que me dieron, encargué las flores, y me fui a casa con aita. Me metí en la cama. No podía dormir. Fui a la cocina a beber agua, y allí estaba el iPod que te regalé. No sé porque te lo regalé si, como a mí, la música te pone triste. Me acosté de nuevo, me puse los auriculares, y seguí escuchando una canción allí donde tú la habías dejado. Tengo que decirte, ama, que nunca tuviste buen gusto para la música.

## VI

Siempre pensé que el día del funeral de mi madre iba a llover. Siempre imaginé los paraguas abiertos en la plaza de la iglesia, los coches en doble fila, y mis pies mojados. Debe de ser mi imaginación, acostumbrada a los libros y a las películas, la que, una vez más, me hizo creer que la realidad guarda algún parecido con la ficción. Podría haber llovido, pero no llovió. A nadie le importaba. Simplemente, sucedió así. Fue tal y como había transcurrido la vida de mi madre. Sin sucesos extraordinarios. Sin tragedia, ni épica. Sin escenas dignas de una película de John Ford. Según mi madre, la vida se tomaba tal y como venía. Y eso fue, precisamente, lo que yo aprendí esa tarde sin lluvia de su funeral. Fue una lección de humildad. Aprendí que las cosas, sencillamente, suceden.

Tras el funeral regresé a casa de mis padres. Me asustó el silencio. Hay un silencio bueno y un silencio malo. Aquel no era el silencio de una catedral. Era un silencio denso e incómodo. Por eso traté de distraerme. Di vueltas por el piso, abrí las ventanas y dejé que entrara el aire. Miré las fotos que decoran el salón, e intenté que me hablaran, que me dijeran algo, pero permanecieron calladas. Entonces me senté en el sofá y contemplé todo cuanto me rodeaba. Los objetos, el sol que entraba a través de las persianas el mundo, en definitiva, había adquirido una extraña consistencia. El universo de las cosas,



que hasta ahora se movía, se había detenido de pronto. Así, detenidos, estaban todos los objetos que había sobre el armario del salón. Las figuras imitación de Lladró, el cenicero recuerdo de Salou, los souvenirs de Benidorm, los marcos de plata con fotografías de mi licenciatura, o de la primera comunión de mis primos, la talla de la Virgen de Guadalupe, el juego de té que compré en Marruecos, la colección de dedales, el frasco con arena de una playa de Cancún que alguien le trajo a mi madre, los rosarios que le compré en El Vaticano, su colección de cucharillas de plata, las cajitas de cristal de Murano, el abrecartas recuerdo de Gijón, los vasos de chupito con la inscripción de un aniversario, la cigüeña del pastel de mi bautizo, los muñecos de una tarta de bodas, las caracolas de mar, los vasos de tubo que regalaron con *El Correo*, el tazón con el plano del metro de Madrid, otro con el escudo de las cuatro provincias gallegas, las flores disecadas, el hórreo de porcelana, la enciclopedia Larousse, la colección Sellos del Mundo, el libro sobre la salud en el hogar del doctor Beltrán, los tomos de la serie Pueblos de España, los VHS con los programas de Labordeta, y la Biblia. Una Biblia cosida con hilo de oro, y vistosos dibujos, en cuyo interior mi madre guardó las letras del banco que fue pagando mensualmente. Mi madre pagó a plazos esa enorme Biblia de tapas de cuero y dibujos dorados, y guardó las letras dentro de ella por si tenía que justificar su pago en algún momento. No ocurrió: nadie negó que mi madre pagara su deuda. Mi madre compró ese libro precioso al que yo quito el polvo que se le ha posado durante los últimos meses. Hace meses que todo está más sucio. Toda la casa se ha llenado de un polvo que parece ceniza.

Yo me desprendería de toda esa inútil herencia. De nada me sirven todos esos objetos que de pronto se han quedado viejos, apolillados, detenidos en un mundo que, sin embargo, no ha dejado ni un instante de moverse. A nadie le

importan estos restos de stock, estos objetos que, con suerte, acabarán en los Encantes, o en el Rastro, si no en la basura. Han perdido su color, su significado; sólo son lo que siempre habían sido.

Tere, la mujer de mi tío, que es colombiana, me ha propuesto cambiarlos de lugar. Ya lo ha hecho con algunos objetos que hay en la casa del pueblo. Dice que eso evita que los espíritus regresen a la casa en la que vivieron. Si cambiamos los objetos de lugar, entonces el fantasma no podrá ubicarse, ya que todo cuanto conocía le resultará extraño. Pero yo le he dicho a Tere que a estas alturas de la novela no puedo variar el registro y escribir un libro del realismo mágico. Además, bien pensado, prefiero atraer al espíritu de mi madre. No puede suceder nada malo. Tere me explica que se trata de que el fantasma no se quede entre dos mundos, o algo así, pero yo he decidido creer en los espíritus a mi manera. Me parece bien que el fantasma se quede entre dos mundos. ¿Qué tiene de malo? Algo es algo. Allá, en el otro mundo, todo debe de ser oscuro y aburrido. Además, el otro mundo está muy lejos. No es como cuando los tíos de mi madre se fueron a Argentina. Es un viaje mucho más largo y lleno de inconvenientes. Y aquí, además, quedan muchas cosas por hacer. Tere trata de convencerme, pero yo no me dejo. Ella también ha perdido a su madre hace poco y cambió todas sus cosas de lugar. Cree en los espíritus como mi madre creía en Dios, y antes en la Santa Compañía, en las meigas y en todas esas leyendas que tienen los gallegos. Nosotros, sin embargo, nos hemos vuelto alemanes. No lloramos en los funerales, preferimos que nos incineren y acudimos a fríos tanatorios. Hemos perdido la capacidad de sentir, de imaginar, de ver las cosas más allá de la triste realidad con la que se manifiestan. Bien, cambiemos las cosas de sitio, concedo finalmente. Hagámoslo como en una novela de García Márquez. Sigamos las olvidadas sendas de lo imposible. Al fin y al cabo, la realidad poco nos puede ofrecer ya.

Y entonces nos pasamos toda la tarde cambiando las cosas de sitio. Fue así como durante esa tarde de invierno me dejé conducir por el pensamiento mágico. Mientras ella se afanaba en ubicar los objetos en otro lugar, yo me senté en el sillón e inspeccioné lo que habíamos sacado de los armarios y de las estanterías. Un billete de una peseta con la cara del Marqués de Santa Cruz. Un billete de quinientas pesetas con la cara da Rosalía de Castro. «Adiós ríos, adiós fontes, adiós regatos pequeños.» Un billete de doscientas pesetas con la cara de Leopoldo Alas Clarín. Otro de dos mil pesetas con la de Juan Ramón Jiménez. Y también un billete de cien escudos con el rostro de un tal Manuel María Barbosa Du Bocage, y otro de cinco pesos argentinos con la cara de Manuel Belgrano. Esta era toda la colección numismática de mi madre. La colección que guarda junto con otras cosas más recientes. La invitación a la ceremonia de mi investidura como licenciado por la Universidad de Deusto. Mi alta en el Colegio de Abogados de Madrid. Una tarjeta-regalo de Loewe, que me entregaron cuando devolví un maletín carísimo y horrible que mi exjefe me regaló. Mi madre nunca fue a Loewe, porque ese sitio no estaba hecho para ella, y yo me he alegrado al comprobarlo. Tenía que ser así. Mi madre guardó la tarjeta-regalo junto con mis notas de fin de curso, un certificado del Colegio de Abogados, y las fotos de cuando trabajaba en las casas de la Margen Derecha, como si quisiera decirles a todos esos señoritos: «¿Ahora qué, cabrones?». Yo también guardaré la tarjeta-regalo entre todas esas cosas. Mil y pico euros de tarjeta-regalo metidos en una caja de recuerdos inservibles. Junto con exámenes corregidos y dibujos que hice por el día del padre. Todo eso ha guardado mi madre en esos armarios que ahora desordenamos.

Finalmente, la veo en el fondo de la caja. Saco la revista de la caja y

comienzo a ojearla despacio. No me acordaba de ella. Su recuerdo había quedado completamente sepultado en mi memoria. Sobre la memoria a menudo se acumulan demasiados acontecimientos. Se apilan unos sobre otros hasta formar una masa compacta a la que llamamos pasado. Pero no es cierto. El pasado no es sólido; es quebradizo, poroso; es, en realidad, el conjunto de muchas pequeñas cosas que somos incapaces de retener en nuestra memoria. Sucede, sin embargo, que en ocasiones rescatamos un objeto, una imagen o una idea, y así, como si sacáramos una cereza de un cesto y se hubieran enganchado a ella el rabo de otras cerezas, brotan de nuestra memoria los recuerdos que creíamos olvidados. Yo saco la revista de la caja y con ella surge el pasado. Es una revista que hicimos en primero o segundo de bachillerato. Una revista impresa en folios Din A4, con fotos pegadas con cola junto al texto. Una revista mal encuadernada, con grapas, e impresa en papel reciclado. En ese curso, antes de ir a la universidad, nos hacían participar en proyectos de voluntariado. Podías escoger entre ayudar a niños con síndrome de Down, visitar residencias de ancianos, o acudir a centros especializados en daños cerebrales. Sin embargo, cuatro compañeros y yo elegimos participar en la creación de una revista que después se repartiría en un hospital cercano. Creo que queríamos involucrarnos lo justo, encerrarnos en un aula del colegio para hacer el tonto, y así cubrir el expediente. Así fue al principio, pero después nos informaron de que teníamos que repartir la revista a los enfermos de la planta de cuidados paliativos. La misma planta en la que murió mi madre. Había olvidado que ya había estado en esa planta. Había olvidado que ya había escrito en otra ocasión para los enfermos que nos están abandonando. Y ahora lo he vuelto a hacer. Pero esta vez ha sido diferente. El proyecto ha sido más ambicioso. Mi madre se iba, y yo escribía. Lo que hacía, en realidad, era seguir escribiendo esa revista. Una revista interminable que escribo desde entonces, y que ahora, por fin, voy a acabar. Quería hacerlo bien, quería

hacerlo lo mejor que pudiese, pero no he llegado a tiempo. Me ha faltado poco, pero no he llegado a tiempo. Ni tan siquiera le he podido leer algún párrafo a mi madre. Todo esfuerzo ha sido inútil. Mejor hubiese sido hacer otra revistita de mierda, y no haberme creído escritor.

Hubo otro proyecto. Cuando la enfermedad de mi madre avanzaba, y yo no tenía ideas, me puse a escribir apresuradamente. Antes de este libro, escribí otro. Un libro que escribí rápido para que mi madre lo tuviera entre sus manos antes de irse. Sé que le hubiese alegrado. Sin embargo, al mercado editorial le importan poco mis sentimientos. El libro, dijeron, carecía de una estructura narrativa sólida. Era cierto. No puedo negarlo. Escribes bien, sentenciaron los entendidos, pero la historia no se sostiene. Yo escribía aquella novela para darle a mi madre algo antes de que se fuera; para que, en cierto modo, me quisiera más. Creo que por eso escribimos. Bien, es cierto, era una absurda historia en la que mi alter ego se enamoraba de la hija de un diputado, y lo que es más rocambolesco, ella se enamoraba de él, y entonces a su padre le metían en la cárcel por un escándalo de corrupción, y ella se refugiaba en la casa del chico, y follaban, y veían películas de Kurosawa, y comían pizza y shawarmas con queso. Una basura de novela, es verdad, pero tendrían que haberla publicado, porque, cuando ingresaron a mi madre en el hospital, ella me preguntaba por la novela, y yo le decía que todo iba bien, pero que no fuese impaciente. Le pedía tiempo, justo lo que no tenía. Le podía haber pedido cualquier otra cosa, y me la hubiese dado, pero no podía pedirle tiempo. Fracasé, y ahora, cuando reviso el anterior manuscrito, me doy cuenta de que, efectivamente, carecía de una estructura narrativa sólida. O, lo que es lo mismo, era una porquería. Perdió todo su sentido en el momento en el que a mí también dejó de importarme. Por ese motivo, mandé a la papelera de reciclaje

los capítulos de aquel libro y me puse a escribir otro: este. Este, en realidad, no va de nada. No hay políticos corruptos, ni intrigas, ni bajos fondos. En este libro sólo estoy yo tecleando en la oscuridad de mi habitación. Escribiendo acerca de la vida de mi madre. Narrando sucesos que quizá a nadie le importen. Hubiera preferido escribir una novelita de quiosco. Hubiera dado igual. Mi madre, al morir, dejó a medias el libro de Terelu Campos. Al conocer el diagnóstico de mi madre me puse a escribir apresuradamente. Había renunciado, si alguna vez la he tenido, a la ambición del escritor. Sólo quería terminar y entregarle a mi madre una novelita de quiosco. Una novelita de tapa dura que regalase a sus amigas en la peluquería. Solamente quería eso, y no pude conseguirlo.

Pasados unos días regresé a Barcelona. Mi padre insistió, aunque al cabo de poco tiempo tendría que volver para arreglar los papeles del cementerio. Los ricos arreglan los papeles de Panamá, y los pobres los papeles del cementerio. Regresé a Barcelona, y quedé con Laia. Debía de estar deprimido, o preocupado, porque tuve varios gatillazos seguidos. Ella no dijo nada. Sólo me acariciaba mientras yo miraba el techo desde la cama. Lo sé: estoy sonando frívolo; no se puede hablar de muerte y de sexo al mismo tiempo, así que dejaré de hacerlo. Así, superficial, era precisamente como quería sonar cuando, antes de conocer la enfermedad de mi madre, me propuse escribir aquella otra novela. Una novela cínica y divertida de chicos que se emborrachan, se enamoran y se acuestan con chicas de la parte alta de Barcelona. Chicas pijas y despreocupadas que suben en sus motos por Aribau con la melena al aire. Pero todo se jodió y acabé escribiendo una novela desencantada y triste. Al menos si en la historia que narro hubiese rencor podría convertirse en alta literatura. Pero no lo hay, y es sabido que las

historias de gente buena, sin rencor ni maldad, no tienen interés para el público. Podría haber descrito una madre alcohólica, que se acuesta con el vecino, o que se gasta el sueldo en ropa cara y perfumes, pero ni sería verdad, ni sabría cómo hacerlo. Un buen escritor sabría indagar en esa ficción, pero yo no. Si al menos hubiese tenido tiempo... Pero el tiempo, como era de esperar, se agotó. Las prisas no son buenas para la literatura, pero yo rompí esa regla. Me di prisa, juro que me di prisa, pero aun así no he llegado a tiempo. Mi madre se ha muerto unas líneas más atrás, y yo sigo escribiendo. No debería haber sido así. A partir de ahora, eso sí, me lo tomaré con más calma. Como cuando ves que ya has perdido el metro, y decides dejar de correr. Bien, lo haré de esta forma, ralentizaré el tiempo, y me lo tomaré con calma. Al fin y al cabo, nadie me espera. Ahora sólo estoy yo frente al ordenador, y Laia tirada en el sofá sin saber de qué va todo esto.

¿Y el cuadro con la imagen de mi madre? Olvidé decir que el pintor al que se lo encargué es caribeño. Él todavía se lo toma con más calma que yo. Lleva meses diciéndome que casi lo tiene acabado, pero lo cierto es que no me manda ni una foto para saber cómo avanza. Ya le he dicho que se lo tome con tranquilidad, y me ha respondido que así lo hará. El cabrón ni siquiera lo habrá empezado.

## VII

Entre las cosas que mi madre dejó a la vista el día en que ingresó por última vez en el hospital había una carpeta de cartón con documentos que creía importantes. La sacó de algún cajón antes de que llegase la ambulancia, y la dejó sobre la mesa de la cocina para que la viésemos mi padre y yo. No dijo nada. Sólo la dejó sobre la mesa de la cocina. Sabía que se iba a morir, pero eso no le pareció una excusa para no hacer bien las cosas. Al contrario, era en el acto final cuando más a la altura de las circunstancias tenía que estar.

Dentro de la carpeta había una lista de las personas que mi padre y yo podíamos olvidarnos de avisar cuando falleciese, papeles del seguro de decesos, y también el título de propiedad de una tumba. La tumba estaba en un cementerio de la Margen Derecha. Un lugar precioso, rodeado de vegetación y acantilados. Se la había legado una señora para la que había trabajado años atrás. Una extraña herencia tras años de trabajo, que a mí me pareció casi una burla, pero que seguro que mi madre valoró muy positivamente.

Tras pasar unos días en Barcelona, volví a Bilbao. Fuimos al cementerio con las cenizas, y, con el título de propiedad en la mano, preguntamos al enterrador por la tumba. Nos acompañó hasta ella. Vimos que el suelo y el mármol se habían resquebrajado. Le dijimos al responsable del cementerio que se tenía que arreglar, y él nos respondió que ya lo sabía, que hacía meses que una mujer insistía en ello, pero que esas cosas llevan su tiempo. Parecía molesto por la reiteración, pero cuando le enseñamos el tarro que contenía a



esa mujer tan testaruda, se disculpó de inmediato. Nos habló muy educadamente, porque los enterradores están muy acostumbrados a dar el pésame. Después nos explicó que, dado el estado de la tumba, no podíamos depositar aún allí los restos, y nos propuso guardarlos momentáneamente en uno de los nichos que habían construido en una zona nueva del cementerio. Estuvimos de acuerdo. Recientemente habían ampliado el cementerio y había hileras enteras de nichos vacíos. Parecían colmenas huecas, colmenas que se expandían por largos y solitarios pasillos. En uno de esos espacios, aquel hombre metió las cenizas, y después tapió el nicho con unos cuantos ladrillos. Echó un poco de masa, y nosotros colocamos unas flores. Todo eso era provisional, insistió el encargado, disculpándose así del abandono y mal aspecto de la construcción, del cemento que se escurría entre los tochos y de la soledad que rodeaba al nicho. En medio de todas aquellas sepulturas vacías se podía ver perfectamente la que ahora ocupaba mi madre. Parecía uno de esos pisos que se construían en los años sesenta. Uno de esos pisos en los que vivimos juntos mis padres y yo. Enormes moles de hormigón y ferralla elevadas con materiales de mala calidad que albergaban a la gente venida del campo. Eso parecía aquel nicho que ocupó las cenizas de mi madre durante un tiempo.

Pasadas unas semanas, el encargado del cementerio nos avisó de que la tumba ya estaba arreglada y fuimos a cambiar los restos de ubicación. La tumba era ciertamente grande, pero me fijé en algo que en la primera visita no había advertido. Estaba en una esquina del cementerio, junto a los cubos de la basura, la casa de aperos del enterrador y los servicios. El cementerio es muy bonito. Está situado junto al mar, y en él se pueden ver esculturas, jardines, y mausoleos de gran belleza. Sin embargo, la tumba en la que íbamos a depositar los restos de mi madre estaba situada en una esquina junto a la basura, los escombros y los retretes. Yo no dije nada. Creo que nadie de los

que estábamos allí lo advirtió. La tumba, como dije, era amplia, y a todos les pareció el lugar idóneo donde dejar las cenizas. Mi padre y mi tío se callaron, o quizá pensaron lo mismo que yo. No lo sé. Yo volví al día siguiente, sin compañía de nadie, a limpiar el mármol con lejía. Rasqué la suciedad, y al terminar, caminando hacia el coche, me olí las manos. Olían a lejía; olían a ama. Sabía que ese olor no se eliminaba con facilidad. Permanecía incrustado en la piel durante bastante tiempo. Por eso, me quedé contemplado las olas rompiendo contra el acantilado y, de vez en cuando, me llevaba las manos a la nariz. Después comenzó a llover, corrí hacia el coche y me fui de allí.

No le conté nada a Laia del asunto del cementerio. Ella, sin embargo, me pregunta por ama a menudo, y cuando la tarde cae y estamos los dos solos en casa, yo le cuento cosas sobre mi madre. Le enseño cartas y fotos, y le explico historias graciosas. Le enseño, por ejemplo, una carta enviada a mi abuelo en 1987. Una carta escrita con una delicada caligrafía y sin faltas de ortografía. Tiene el membrete de un convento y está firmada por una tal sor María Catalina. En la carta dice que suele visitar a personas enfermas que viven solas y, entre ellas, frecuenta al hermano de mi abuelo. El hermano de mi abuelo se llamaba Manuel, pero todo el mundo le llamaba Maragote. Vivía en San Sebastián en una casa destartada, llena de basura, gatos y perros. Cuando le visitábamos, yo me agarraba a la falda de mi madre, porque todo aquello me daba pánico. Había latas de conservas, cajas de leche y comida para los animales esparcida por todos los rincones de la casa. Había también un armario lleno de billetes de cinco mil pesetas y de francos franceses. Maragote se había dedicado al estraperlo de tabaco, lo que le había reportado algún problema con la justicia. Eso y su condición de comunista. Pasó tiempo en Francia huyendo de no se sabe quién y haciendo no se sabe qué. Estuvo

quizá un par de décadas sin tener contacto con mi abuelo. Se le perdió completamente la pista. Se esfumó y nadie preguntó por él. Entonces aquellas cosas no importaban mucho. En aquel tiempo incluso la vida importaba menos. Hubo hasta una guerra civil. Un buen día la gente se iba a Cuba, o a Venezuela, y no se les volvía a ver más. Varios hermanos de mis abuelos se marcharon a Sudamérica. Alguno murió en la guerra. A un hermano de mi abuela, el más joven, lo mataron sin haber pisado el frente. Iba en un camión con otros milicianos, los detuvieron y los fusilaron en una cuneta. A mi abuela y a sus otros hermanos les dijeron que murió de un infarto; que murió de miedo les dijeron exactamente, y eso fue lo que después se contó en casa. No sé qué es más cruel: si morir fusilado, o morir de miedo. Hoy la gente ya no muere ni de miedo ni fusilada. Hoy para pasar miedo vamos al cine, y los fusilados son otros. Antes, sin embargo, lo veían con naturalidad. Antes la gente también se iba de casa y no volvía. Por eso, imagino que a nadie le extrañó que Maragote desapareciera. Nadie supo de él hasta que mi tío lo encontró. Mi tío, que tendría entonces unos veinte años, estaba con unos amigos tomando unas cervezas y fumando porros en un parque de San Sebastián, y le dio por fijarse en un hombre que alquilaba bicicletas en ese mismo parque. Comenzaron a hablar, a contarse su vida, y fue así, hilando los datos que aquel hombre le daba, como cayó en la cuenta de que era el hermano de su padre, de que no era sino el desaparecido tío Maragote. Fue así como mi abuelo volvió a tener contacto con su hermano. Debió de ser años antes de que aquella monja le escribiera la carta a mi abuelo en que explica que su hermano le aprecia; que está triste porque le ha atropellado un coche y ha estado ingresado en el hospital, pero que a toda costa quería volver a su casa para atender a su perrito; que su hermano le pidió a ella que le escribiera porque él no sabe escribir; que alguna vez ella ha ido a su casa, pero no le ha abierto la puerta y está preocupada; que el hombre se siente muy solo; que ya podría darse una

vuelta por San Sebastián; que es un hombre bueno y sencillo, y que tiene mucha fe en Dios. Esto último es mentira. Maragote era ateo y echaba pestes de los curas y monjas. Pienso en aquel viejo comunista engañando a sor María Catalina y me entra la risa, pero pronto me entristezco al caer en la cuenta de lo angustiado y solo que debía de sentirse. Pedir a esa religiosa que le escribiera la carta pudo haber sido un ardid de estraperlista, o un acto de desesperación. Nadie, ni sus viejos camaradas, le hacía caso al viejo Maragote. Nadie le visitaba. Tan sólo esa monja a la que hizo creer que tenía fe en Dios. Estaba solo con su perro y sus gatos, rodeado de mierda y fajos de billetes. Cuando murió, mi madre y otras veinticinco personas aceptaron la herencia. Ninguna de ellas, excepto mi madre y algunos pocos más, conocía a Maragote. Pudimos saber entonces que tenía cincuenta millones de pesetas en el banco, pero tenía quizá otro tanto en efectivo que guardaba en los armarios. Alguien le robaría esos billetes, porque ese dinero nunca apareció. Le pasó como a un vecino del pueblo de mi madre. Volvía de vender ganado en la feria, le dio un infarto, y como sólo tenía el traje que se ponía para la feria, le enterraron con la misma ropa que llevaba y con los billetes que acababa de cobrar encima. La noche después del entierro, un pariente cayó en la cuenta, fue al cementerio, desenterró el cadáver y huyó con el dinero. Le cogieron cuando estaba a punto de cruzar la frontera y pasó una temporada en prisión. Esas historias se contaban en casa. También se contaban historias de Maragote cuando le visitábamos. Se contaba, por ejemplo, que un día se resbaló limpiando las ventanas de su casa y cayó desde un tercer piso, con la buena fortuna de que fue a parar a la lona de un camión que estaba entregando una mercancía. Cuando le visitábamos, mi madre no me dejaba aceptar los billetes que Maragote me quería regalar. Cuando el tío de mi madre abría un armario y ella veía todo ese dinero, miraba hacia otro lado. Mi madre tenía aversión al dinero. En eso no parecía gallega. A los gallegos, aunque sean comunistas, les

gusta hablar de dinero. A los gallegos les gustan los cuartos. A veces me acuerdo de Maragote y de su perro escuálido. Me acuerdo que un verano llamó a casa para contarnos que su perro había muerto. Ambos, el perro y él, eran muy mayores. Maragote le pidió a mi madre que fuese a San Sebastián para ayudarle a enterrar al animal en el solar que hay junto a la casa. No quería enterrarlo en otro sitio. Quería que estuviese allí, cerca de él. Recuerdo que mi madre accedió, porque no sabía decir que no, aunque seguramente fue mi padre el que cavó el hoyo en el que metieron al chuco.

Todas las tardes Laia venía a mi casa y yo le contaba esas historias, unas historias tan diferentes de las que se oían en su familia que le parecían extraordinarias. Me siento el chamán de una tribu extraña, que, junto al fuego, relata las leyendas del clan.

Algunas veces me retrasaba, y ella me esperaba en un bar de Travessera. Esos días la gente me molestaba, y prefería estar en casa. Laia lo entendía y subíamos al piso. Ya hacía calor, así que abríamos unas cervezas y salíamos a la terraza. Nos echábamos en las tumbonas, y pasábamos largos ratos en silencio. Pero cuando el sol comenzaba a ocultarse, Laia me pedía que subiésemos al terrado. Estábamos mucho más cómodos en la terraza de mi apartamento, pero creo que a Laia le atraía la aventura infantil de ir a la azotea. Aquel lugar tenía algo de clandestino, pues había un cartel de prohibido el paso colgado en la puerta de acceso. Había partes del suelo resquebrajadas y tejas sueltas, por lo que la comunidad había restringido la entrada. Pero Laia y yo subíamos y nos sentábamos con los pies colgando de una cornisa. Desde allí, en silencio, veíamos el sol ocultándose entre los edificios, y después los rayos de luz que surgían de Montjuic. No hablábamos. Sólo mirábamos la ciudad que se oscurecía, y las farolas y las habitaciones de

los vecinos iluminándose cuando caía la noche. En ocasiones, nos daba la madrugada en la azotea, pero otras veces Laia se tenía que ir a su casa y yo me quedaba solo en el terrado. Una de las veces que me quedé solo descubrí una pequeña escultura de un tigre rugiendo. Era apenas una pequeña gárgola que sobresalía de uno de los muros. Cogí la costumbre de sentarme junto a ese tigre. Era mi mascota.

El tigre me protege, le dije a Laia un día. Mientras dormimos nos custodia. Afila sus garras en la piedra del edificio, y después las exhibe ante quien pretenda hacernos daño. Quiero pensar que es así. Que nos protege también de los enemigos silenciosos. Sin embargo, a menudo no quiero su protección, y le digo que se vaya. El dolor es necesario. Lo busco. No quiero evitarlo; voy a su encuentro. Eso quiero decirle al tigre. Quiero decirle que voy a sumergirme en el dolor. En soledad, cuando Laia se va a su casa, nos quedamos por fin solos mi dolor y yo. Es necesario. Sólo este dolor me curará más tarde. He de sufrir para después salvarme. No me pasa nada, Laia, le digo; el tigre me protege; él está aquí conmigo.

El tigre se ha dormido y yo he bajado a la calle a comprar aceite y papel de cocina a una tienda de chinos que está a unas pocas calles. He vuelto a casa, me he metido en el ascensor, pero una vez dentro no he pulsado el botón del piso. No sé cuánto tiempo ha pasado. Me he quedado pensando, o, mejor dicho, me he quedado paralizado sin pensar en nada. Ha llegado una vecina y me ha dado las gracias por esperarla.

—¿A qué piso vas? —ha preguntado.

—Al último.

Y después ha pulsado su piso y el mío. Me ha sonreído y yo también a ella. Cuando he llegado a casa, he oído el rugido del tigre, y me he tranquilizado. El tigre me protege. Cuida de mí cuando Laia no está. Laia también es el tigre. Como mi madre. Las dos lo son, aunque piensen que soy yo el que las protege.

No es así. Yo sólo rujo, pero nada más. Los hombres rugimos; las mujeres pegan zarpazos. Lo hacen con sigilo, y luego se esconden como gatas inofensivas. Se esconden, se agazapan, y después te buscan, se escurren de tus manos o saltan encima de ti. No sabemos nunca dónde están. Creemos que caminan por los tejados, pero quizá estén dando brincos por las nubes. Nosotros rugimos, o maullamos, y ellas nos oyen, y entonces bajan de donde quiera que estén para hacernos creer que se sienten a salvo gracias a nosotros. No obstante, en realidad es al revés. Nuestros brazos las cubren, pero son sus palabras las que nos curan.

Otras veces nos quedábamos contemplando el cielo y seguíamos con la mirada el rastro que dejan los aviones, o el atolondrado vuelo de los pájaros antes de la tormenta. Dábamos un sorbo a la cerveza y nos quedábamos en silencio. En ocasiones, Laia subía los altavoces a la azotea y ponía música. Un día que se le había acabado la batería a su móvil, cogió el mío. Las últimas canciones guardadas en mi lista de Spotify eran en gallego. Laia sólo dijo que le gustaban, aunque los dos sabíamos lo que yo estaba pensando al descargarme aquellas canciones: quería oír esa sonoridad del idioma de nuevo, y la música era la única forma de hacerlo. Era la única posibilidad, porque con mi madre también había muerto un idioma, una forma de expresarse, un lenguaje único. Mis padres siempre hablaban gallego entre ellos. También, a menudo, se dirigían a mí en gallego, pero yo, no sé por qué, siempre contesté en castellano. Hablaban gallego entre ellos, y también con sus amigos, familiares, y vecinos. Ahora, sin embargo, entre esas cuatro paredes de la casa de mis padres ya no se oye el gallego. Mi padre y yo hablamos en castellano. Pero ahora que pienso en la cuestión con detenimiento, no creo que tenga que ver sólo con las lenguas. Creo que la singular forma de expresarnos en mi familia,

una mezcla de gallego y castellano, es sólo una particularidad de algo más relevante. Hay, por así decirlo, en todas las familias un idioma privado que se construye al margen de la lengua utilizada. La lengua es sólo un vehículo; el idioma es algo más. Ese léxico familiar que se construye con cada relación humana; como Laia y yo tenemos nuestro idioma propio que hemos comenzado a edificar. Quizá sí, quizá sea igual para todos, pero yo noto su ausencia con más fuerza. A los demás les puede pasar desapercibido, pero a mí no. Yo sé que no volveré a oír más esas palabras pronunciadas en otro idioma, en otra lengua, con una cadencia tan distinta a la del castellano. Esas palabras que a mi madre le avergonzaba decir en la calle, pero que en casa pronunciaba constantemente. Esas palabras de la tierra que dejaron, y que entonces estaba lejos. Hoy las chicas sudamericanas que vienen a trabajar a las casas de los señores, gracias a la globalización y a internet, están mucho más cerca de Bilbao que entonces lo estaba Galicia. De ahí que mi madre apenas hablara por miedo a que pensasen que era una cateta. Eso me contó mi padre, y también mi madre: que en la calle y en los bares trataban de imitar la pronunciación castellana para parecer más sofisticados. Pero en casa, o cuando se reunían con sus amigos y familiares, hablaban como si estuvieran en Galicia. En el fondo, no eran tan distintos de nosotros cuando nos fuimos de Erasmus, e impostábamos un inglés que, en esencia, era de academia de barrio.

Un idioma olvidado. Como una canción que llega a su fin. Eso pienso ahora que Laia y yo escuchamos esas canciones de mi lista de Spotify. Por la calle pasa una manifestación. Gente que entona himnos y aporrea cazuelas. Con tanto ruido resulta imposible ponerse cariñoso. Creo que el grado de tensión política es inversamente proporcional a las ganas de follar.



Pero cuando el ruido de cazuelas cesa y todavía se pueden ver en el cielo las estelas de los aviones, Laia me cuenta que, antes de conocerme, durante un tiempo viajó mucho a Bilbao por trabajo. Yo ya vivía en Barcelona, pero volvía habitualmente a casa de mis padres. Antes de que el precio subiera, compraba más o menos un vuelo al mes. Recuerdo que el del viernes siempre salía de Barcelona a las 21.15. Laia dice que ella hacía lo mismo. Su vuelo despegaba de Bilbao apenas unos minutos después. Hoy he calculado la velocidad y la distancia, y he deducido que durante aquel año Laia y yo nos estuvimos cruzando en algún punto de Huesca. Siempre nos cruzábamos en el mismo lugar, pero no lo sabíamos.

Las estrellas fugaces y dos cuerpos que se rozan desprenden esa misma clase de energía. La electricidad que recorre la columna vertebral de un niño cuando dos trenes bala se cruzan ante él. Los pasajeros del tren no advierten esa descarga. Es alguien de fuera, un niño que con su bicicleta se ha desviado de la carretera, quien contempla las vías y percibe la intensidad que de pronto surge de algún lugar indeterminado. ¿Levantaba alguien la vista al cielo en ese momento, Laia? ¿Alguien nos veía? ¿Había un niño tendido en el campo y contemplando el firmamento? ¿Qué sentía, Laia? He calculado la velocidad y la distancia, y he dibujado un punto en el mapa. Deberíamos ir en coche hasta allí. Eso he pensado. Alcanzar el lugar exacto a esa misma hora. Buscar las señales que todavía puedan quedar y después tendernos sobre la tierra. Tocarla, hundir nuestras manos en ella para saber si todavía está caliente. Así, como si tú y yo fuéramos otros, y esa energía nos golpease con la fuerza de un relámpago.

Pero de momento no somos sino nosotros mismos, y estamos aquí, en la azotea, protegidos por el rugido del tigre. Debería fumar, y así parecería alguien interesante; daría la impresión de que estoy pensando en algo importante, pero como no fumo parezco un voyeur. En realidad, estoy

pensando, sí. En bobadas, pero estoy pensando. Estoy oliendo también. Huelo a potaje. A comida gallega que surge de humeantes pucheros, y que llena de olores fuertes la escalera de la casa de mis padres. Es la casa de mis padres porque ya no es la mía. Las casas dejan de pertenecernos en algún momento que ignoramos. Ahora comienza a llover. Estoy lejos, en Barcelona, pero noto en mis huesos la humedad de Bilbao. La lluvia atrae a los recuerdos. La lluvia siempre cae sobre ellos. Cae, por ejemplo, sobre los chupitos de tequila que bebíamos en los bares del Casco Viejo. Siento su amargor en la boca. Beso a Laia, y su boca me sabe a limón y sal. A limón y sal.

Limón y sal. Laia nunca me ha sabido a limón y sal. A limón y sal sabían las chicas adolescentes que encontrábamos en los bares, pero ahora somos treintañeros enganchados a Tinder. Las chicas de Tinder saben a otra cosa. A limón y sal sabía la lengua de Charlotte, aquel verano de Brighton. Aquel verano que comencé a aprender a ser libre. Porque es mentira que los niños sean libres. Los niños son sólo espontáneos e inocentes. La noción de que los niños son libres es una idea bonita para un manual de autoayuda, pero nada más. Es un pensamiento complaciente que nos atrae. Nos gusta pensar que alguna vez fuimos mejores, y que la culpa de que no sigamos siendo así la tiene el mundo. Nos gusta creer que culpa es de los demás. Nos gusta pensar que no podemos hacer nada para cambiarlo; que alguna vez fuimos libres, pero existen fuerzas superiores que nos esclavizan. Todas esas ideas nos reconfortan. Sin embargo, son mentira. A los niños, como a los ancianos, les gustan las costumbres. Son, por así decirlo, conservadores. Quieren que nada cambie, que sus padres hagan lo mismo de siempre, y ellos, a su vez, lo mismo que sus padres. Los niños repiten la tradición que observan. Los niños no son progresistas, porque no pueden serlo.

Yo mismo tardé muchos años en alcanzar cierto grado de libertad. Cuando estaba en el colegio, y no ahora con treinta años, me imaginaba casado con alguna compañera de pupitre, padre de mellizos, con un buen coche en el garaje, y una casa en la playa. Así me imaginaba yo la vida. Quería hacer lo mismo que mis padres, pero algo mejor que ellos: tener un coche mejor, una casa mejor, y un sueldo mejor. Nada más que eso. A ser libre aprendí más tarde.

A decir verdad, no sé cuándo comencé a aprender a ser libre, pero seguro que sucedió progresivamente. De lo que estoy seguro es que no sucedió aquel verano del campamento que organizó la iglesia del barrio y al que me mandó mi madre. No sucedió entonces, porque, al revisar las dedicatorias que hay en una carpeta que mi madre conservaba, descubro la de la chica que me gustaba, y lo que escribe es una casposa declaración de amor entre niños de doce años dispuestos a esclavizarse de por vida. La niña firma con su nombre, y no con su apellido. Los niños nunca firman con su apellido. Por eso, no puedo buscarla en Facebook. Me hubiera gustado saber qué aspecto tiene ahora, pero de inmediato pienso que es mejor así; que es preferible que siga siendo para siempre aquella niña inocente que todavía no echaba la culpa al mundo de todo lo que vendría después.

No sé cuándo aprendí a ser libre. Quizá comenzó a suceder aquel verano que pasé en Brighton. Aquel verano follé con la chica más guapa del mundo. Se llamaba Charlotte, era sueca, y a mí, como a Alfredo Landa, me pareció algo fuera de lo común. Follábamos por las mañanas, o por las tardes, cuando sabíamos que no había nadie en las habitaciones, pero también follábamos por las noches. Lo hacíamos en la playa, o en el parking que había junto a una discoteca. Follar en la playa está bien sólo en las películas. En la vida real, se te llena el culo de arena, se ríen de ti desde el paseo, o se te clava una piedra en la espalda. Pero a mí me parecía maravilloso, porque era como en las

películas. Nunca me he vuelto a acostar con una chica tan guapa. No sé qué hacía Charlotte conmigo. Quizá tenía nostalgia de los tiempos en que su madre veraneaba en Benidorm y José Luis López Vázquez la perseguía. Un fin de semana ella se fue a Londres, y yo la echaba tanto de menos que no me concentraba con nada. El domingo, cuando volvió, la abstinencia provocó que estuviera demasiado tiempo eyaculando. Al principio no dijo nada, pero cuando vio que el chorro duraba más tiempo de lo normal, se echó a reír, y yo me lo tomé mal. Cerré la puerta de golpe, y no quise verla más. Ella no tenía la culpa. En realidad, era un complejo de inferioridad inoculado por el landismo. Un trastorno psicológico ya erradicado en mi generación, pero que rebrotó conmigo aquel verano de Brighton. Nunca debí ver Cine de Barrio con mi madre.

Aquel verano de Brighton salíamos todas las noches. En la discoteca a la que más íbamos, el DJ siempre cerraba la sesión con Rivers of Babylon de Boney M. Cuando salgo por Barcelona, y escucho esa canción, siempre pienso en aquellos amigos de Brighton a los que no he vuelto a ver. Recuerdo sus nombres cuando escucho a Bonnie M. Nerea, Marcos, Hakan, Endur, Alice, Bea, Zuriñe, Urbain, Thomas. También recuerdo que unos amigos de Barcelona decían Bonnie M para referirse al MDMA, esa droga que te hace ser más cariñoso. Esa droga que toman algunos amigos que se te abrazan en mitad la noche, y que apartas de un empujón por plastas. Pero nosotros, aquel verano de Brighton, no necesitábamos MDMA para ser más cariñosos. El eme llegó más tarde. Fue nuestro particular verano del amor. Tan sólo bebíamos y fumábamos marihuana. Un chico de Sevilla compró setas alucinógenas, y después de probarlas se pasó la noche huyendo de la CIA. No recuerdo nada de él, salvo que su padre era catedrático de Filosofía en no sé qué universidad del sur.

Los padres de Laia la mandaron a sitios más lejanos que Brighton a aprender inglés. Yo sólo pude ir a Brighton aquel verano gracias a una beca. Yo quería ir a más sitios, pero mis padres me explicaban que no podía ser, y yo no lo entendía. Les insistí, por ejemplo, en que quería ir a California, y ellos me dijeron que no. En realidad, quería ir porque allí iba una chica que me gustaba, y yo, egoístamente, chantajeaba a mis padres diciéndoles que era bueno para mi formación. Lo era, pero las razones de mi insistencia eran otras. Hoy me arrepiento de mis palabras de entonces, pero en aquellos días, tendría unos dieciséis años, que no me mandaran a California me lo tomé como una afrenta. En lugar de ir a California, fuimos, como siempre, de vacaciones al pueblo. Un verano interminable de sopor y aburrimiento en el que pasaba las mañanas leyendo en la cama y pensando en California. Me masturbaba pensando en aquella chica, y después me sentía el mayor pringado del mundo. En aquel pueblo de mierda no había nada que hacer, y yo pasaba el día leyendo, jugando a la Play, o comiendo pipas con algún amigo. Fueron tres meses eternos. De vez en cuando, iba la oficina de Correos más cercana y le escribía una carta. Si fuera hoy, le escribiría un Whatsapp, y quizá así, porque no escribo mal, hubiera tenido la oportunidad de conservar su afecto. Pero las cosas no sucedieron así. Ella me mandaba fotos en las que salía divirtiéndose con chicos de nuestra edad. Surferos, o algo parecido, de alguna ciudad de California, que me hacían sentir, una vez más, el mayor capullo sobre la tierra. Desde entonces siempre he odiado a los surferos. Les odio porque me hicieron sentir mal aquel verano. Aquel verano amargo de los dieciséis en el que mis padres pagaron los platos rotos de mi falta de autoestima. Sería algo gracioso e irrelevante si no fuera porque sé que mi madre se lo tomó en serio. Confiaba tanto en mi criterio, me creía tan serio y disciplinado, que estoy seguro que siempre le pesó no haber podido mandarme a California a aprender inglés.

Estoy seguro de eso y, sin embargo, nunca se lo dije. Nunca le pedí perdón. Mi madre se murió sin saberlo.

Veraneábamos en aquel pueblo. Mis padres nunca se compraron una casa en Noja. Lo que hicieron fue vender la casa de Galicia para que yo pudiera estudiar lo que quisiera. Tampoco se lo agradecí nunca. Estudié y me marché de casa. Fue así como mis padres y yo dejamos de estar en el mismo lado de la trinchera. Cada uno pasó a luchar desde lados distintos. No digo enfrentados, obviamente, sino que cada uno pasó a sobrevivir por su cuenta.

Hasta entonces mi madre hacía todo lo que podía. Me daba dinero, consejos y afecto. También compró una enciclopedia del saber humano para que yo aprendiera todo lo que ella no sabía. Pero hubo un momento en el que todo eso desapareció. Nos parecemos más a los animales de lo que pensamos. Yo volaba solo, y ella me contemplaba orgullosa. Se le iluminaba la cara cuando llegaba a casa. Yo creía que eso era prueba suficiente de que las cosas iban bien. Pero me equivocaba. El orgullo nunca es suficiente. El orgullo es un valor menor. Durante todos aquellos años me engañé haciendo planes de futuro. Planes que nunca cumplimos, porque siempre era demasiado pronto para llevarlos a cabo. Como mucho, le compraba a mi madre un regalo. Unas botas de agua, o esos sombreros de paja. Esos sombreros de paja que ahora están colgados tras la puerta de nuestra casa.

A veces, junto al tigre, me paso horas hablando y, en otras ocasiones, permanezco largos minutos en silencio. Laia me escucha. Laia me está haciendo ahorrar mucho dinero en psicoanalistas. Laia, a medida que se acerca el verano, está cada vez más guapa.

A pesar de eso, tengo miedo. Tengo miedo de no estar lo suficientemente vivo para ella. Sé que la compasión tiene un límite. Incluso los más nobles sentimientos acaban por desaparecer si se impone el hastío. Ella puede estar un mes, dos meses quizá, junto a mí, pero acabará por marcharse. Acabará buscando algo más apasionante. Laia se irá de la azotea del tigre, cogerá el ascensor y desaparecerá por estas calles que contemplo desde lo alto del edificio. Eso estoy escribiendo ahora que a Laia ni tan siquiera se le ha pasado por la cabeza dejarme solo. Uso la misma estrategia que mi madre: me anticipo al dolor para que, cuando llegue, duela menos.

Así lo hizo, por ejemplo, en 1992. Aquel 1992 en el que quisieron cerrar los Altos Hornos y los obreros caminaron hasta Madrid en señal de protesta. Fue aquel 1992, el año en el que operaron a mi madre de un tumor en los ovarios. Acabó en nada, pero ella estaba convencida de que iba a morir. Hizo testamento, y se ocupó de todas las cosas de las que se supone que hay que ocuparse cuando uno se va de este mundo. Yo tenía cinco años entonces, y mis abuelos, cada vez más mayores y enfermos, todavía vivían en casa. Dependíamos todos de mi madre, y ella creía que se estaba muriendo. Estaba angustiada porque veía a sus padres, ya ancianos, y a mí totalmente indefensos sin ella. Tenía razón, porque mi padre es un buen tío y todo eso, pero despistado e incapaz de ocuparse sólo de los asuntos domésticos. Era mi madre la que imponía la ley y la razón. Así que no sé cómo lo hubiéramos hecho. Pero no se murió. Vivió veinticinco años más. Creo que los vivió como una prórroga. Mi madre, con ese pesimismo gallego que en el fondo es una estrategia de supervivencia, vivió veinticinco años más. Una noche en el hospital me dijo que lo verdaderamente jodido hubiese sido morirse entonces; que lo de ahora, es decir, lo de morirse ahora, no tenía importancia. Yo tenía treinta años, y mis abuelos hacía años que se habían muerto. El trabajo estaba hecho. Nadie podría decir que desertó de sus obligaciones y, por lo tanto,

ahora se podía morir tranquila. Mi madre concebía la vida como una serie de responsabilidades que había que afrontar; como un compendio de mandatos y deberes bíblicos que tenía que ir cumpliendo a medida que se le presentaban los retos. Preferí no decirle que se olvidaba de ella misma, pero ya era demasiado tarde. Hubiese sido un gesto inútil viniendo de un hedonista como yo. Un gesto hipócrita, porque gran parte de mi hedonismo está apoyado en el sacrificio previo de mi madre. Se me pasó por la cabeza decirlo, pero sé que sólo de haberlo insinuado hubiese sido un gilipollas.

No sufrió por ella misma. No le importó morir. Ella era lo último importante en la ecuación de su vida. Como el capitán que abandona su barco en último lugar, así la vi comandar sus días finales de vida. Leí que cuando los grandes buques acaban su vida útil, y realizan su último viaje, ponen rumbo a las playas del sur de Asia. Allí, algunos capitanes expertos embarrancan en la arena a esos gigantes cargueros para que los obreros los desguacen. Así me imaginé a mi madre en sus últimos días en el hospital. Me imaginé a mi madre navegando hacia esas playas de sur de Asia.

Leí también en una web que transportaron al sur de Asia el más grande de los hornos de la fábrica que había junto a la casa de mis padres. Lo llevaron a una de esas zonas costeras donde deben de estar los cementerios de los grandes buques, no sé si para desguazarlo o para darle una nueva vida útil. Quién sabe. Ese gran horno que iluminaba las noches cuando yo era niño.

Aquí, sin embargo, las luces del cielo son distintas. En Barcelona no hay chimeneas que escupan llamaradas del color del azafrán, ni fogonazos que llenen el cielo de tonos ocres. No se oye el fulgor de las mil chimeneas. Tampoco se oye ya en Bilbao, es cierto, pero aquí la noche es todavía más silenciosa. Aquí, en la azotea del tigre, las noches son iluminadas por rayos



que llegan desde Montjuic, y que Laia espera impaciente. Cuando los rayos se apagan, ella se queda triste, aunque sólo sea por un momento, y yo no sé qué hacer. Soy especialmente torpe para consolar el alma femenina. En el colegio al que fui había pocas chicas, porque mi promoción fue una de las primeras mixtas, y quizá por eso soy torpe en el trato con ellas. Como no sabíamos qué decir, ni cómo tratarlas, les dábamos patadas por debajo de la mesa. Era un signo de impotencia y debilidad, pero era así como intentábamos comunicarnos. Éramos chimpancés pretendiendo conquistar a la primatóloga del zoo. Ojalá hubiésemos tenido Tinder entonces. Aunque también es cierto que hemos llegado a tiempo de conocer esas aplicaciones que hacen nuestra vida sexual más fácil. Antes ligábamos de forma más rudimentaria, y ahora somos sofisticados, pero en el fondo todo sigue siendo lo mismo. Tinder es la discoteca más grande del mundo. No es nada más que eso. A Laia se le acercan los chicos en el Sutton, y eso me pone algo celoso, porque yo hace meses que no salgo por las noches. Hace meses que no piso la Apolo, ni la Razz, ni los bares del Raval, pero no lo echo en falta, porque tengo a Laia a mi lado.

Eso pienso ahora mientras miro distraído los rayos que surgen de Montjuic. En ocasiones me abstraigo de todo, y contemplo el entorno en silencio. Recuerdo haberlo hecho en alguna fiesta. Todos a mi alrededor se divierten, beben, conversan a gritos, bailan rodeados de luces fluorescentes, y yo, de pronto, me separo y les contemplo desde la distancia. Adquiero entonces conciencia de quién soy, y de lo que está sucediendo en ese preciso instante. Es una sensación que me hace feliz. Me hace feliz volver a la fiesta, y reír y bromear de nuevo. Como esta noche en la que contemplo los rayos de Montjuic, las luces de los edificios contiguos y el rostro de Laia. Su cara iluminada por destellos. Chispazos que se reflejan en sus pupilas. Son como los que contemplábamos en las noches de verano de hace veinte años.

Subíamos a lo alto de la iglesia para ver los fuegos artificiales. Recuerdo que a mi madre le daban miedo, y se quedaba en casa con los niños más pequeños y con los perros. Si cierro los ojos puedo estar allí. En aquel verano de hace ya mucho tiempo. Aquel verano del 92 en el que mi madre hizo un simulacro de su muerte. Aquel verano en el que todavía las chimeneas de los Altos Hornos iluminaban la porción de cielo que veíamos desde nuestra ventana. Todo eso fue antes de que las desmontasen y las llevasen al sur de Asia. A esos lugares donde van los barcos a morir.

## VIII

Me quedo pensando en ese alto horno que desmontaron y llevaron al sur de Asia. Me quedo pensando en lo poderoso que era, y en cómo, de pronto, se apagó. Me pregunto si aún hoy seguirá elevándose tan solemne en algún lugar del mundo; si todavía iluminará las noches de alguna ciudad a miles de kilómetros de aquí. Quizá allí, en esos lejanos países, se sigan viendo las mismas luces que yo veía en mi infancia. Por eso, envíó un correo electrónico a una asociación que se dedica a promover la conservación del patrimonio industrial vasco, y les pregunto por el destino de ese gran horno. Envíó el email y después salgo a la calle. Todavía no ha amanecido. Últimamente apenas duermo. Me despierto de madrugada, a esa hora en la que cierran las discotecas y abren las bocas del metro. A esa misma hora en la que mi padre se levantaba para ir a la fábrica a trabajar. Mi padre me contó que le despertaba mi madre, porque él siempre se quedaba dormido. Se quedaba dormido y después corría por las calles desiertas para coger el primer tren del día. También me contó que, en ocasiones, para acortar el trayecto hasta la estación echaba a correr por las vías del tren y después se adentraba en el túnel. Era un túnel de márgenes estrechos, y él corría y corría hasta llegar al apeadero. Me contó que tenía miedo de que un zapato se le quedase atrapado entre las vías, o de caerse y que el tren lo arrollara. Así me siento yo a menudo: corriendo por un túnel del que no veo el final. A veces la oscuridad es más intensa, y otras menos, pero la luz siempre es insuficiente. Por eso

llevo días sin llamar ni escribir a Laia. Llevo también días sin salir del piso. Sólo me vienen a ver a casa los repartidores de Deliveroo. Escribí un relato en el que un chico solitario, que no salía de casa, iba llenando su habitación con productos de Amazon que compraba cada día. Los compraba con el único objeto de volver a ver a una repartidora de la que se había enamorado. Escribí el relato en una de esas madrugadas en que no duermo, pero el cuento acabó en la papelera de reciclaje de mi ordenador. También escribí otro relato distópico en el que, llegado el fin de la literatura, los alienados empleados de una gran empresa contrataban a escritores que se hacían pasar por ellos en una red social semejante a Tinder. Como no tenían tiempo para conocer y seducir a sus amantes, encargaban esa tarea a escritores que cobraban un sueldo para subsistir. Los escritores usaban el perfil de las redes sociales de sus clientes, y se pasaban el día hablando con mujeres que trataban de cautivar en su nombre. De eso vivían los escritores en aquel mundo paralelo que relaté y que también acabó en la papelera de reciclaje. Vivían de lo de siempre: de contar historias, de hacerse pasar por otros, de escribir mentiras que el lector se cree. Escribo cuentos cortos de madrugada y esta novela durante el día. Hoy, sin embargo, no me he sentido con fuerzas de sentarme a escribir. ¿De qué sirve encerrar todas estas palabras en este folio? Quizá para que queden atrapadas en una jaula. Una jaula de papel en la que yo las encarcelo. Es así, escribiendo esta novela, como le hago trampas a la vida; es sólo de esta forma como juego sucio con el tiempo. No sé hacerlo de otra manera. Fuera de aquí no soy tan hábil, aunque a menudo lo aparente. Ahora, sin embargo, ni tan siquiera lo aparento: he renunciado a ello. Le he dicho que no venga a la chica que me ayuda con la limpieza de mi casa. Tengo el sofá lleno de camisas sin planchar, el fregadero abarrotado de platos sucios y la cama deshecha. Hace días que no me afeito. Hace días que no veo a nadie. Hace días que no hago otra cosa que escuchar música en casa. Laia me escribe. Me manda mensajes a

medianoche que yo no contesto. Pero parece haberse hartado de mi silencio. Ella tan cerca de la vida, y yo tan cerca de la muerte. Una vez más he huido. Huyó sin tener ningún lugar al que ir. Huyó a algún lugar que está dentro de mí: a mis tripas, por ejemplo. Huyó sin equipaje. Como en la canción de Sabina, arrastro maletas cargadas de lluvia. Pero en la calle no llueve y yo camino. A veces pasear calma mi ansiedad. Camino por las aceras, y me detengo en los semáforos a contemplar el tráfico. Camino por los centros comerciales y por el muelle. En ocasiones, incluso, paseo por esa montaña desde la que se ve la ciudad. Hoy, sin embargo, sólo he salido a comprar el pan. Cerca de mi casa hay una panadería que abre las veinticuatro horas del día. Los viernes y los sábados de madrugada se acerca allí la gente que sale de las discotecas pijas del barrio. Cuando entro en la panadería distingo el pelo de Laia. Está de espaldas a mí, esperando a que le atiendan. Ríe las bromas de sus amigos, da un bocado a la palmera de un chico, baila la música que se oye desde un coche que está aparcado en doble fila. No quiero hablar con ella. Llevo la barba descuidada, unas chancletas viejas, y la misma camiseta con la que he dormido. Me siento incómodo y salgo de la panadería. Ella no ha advertido mi presencia. Se abraza a una amiga, se limpia los labios manchados de chocolate, lanza besos a unos desconocidos, y después se sienta en unos soportales. Yo decido no volver a casa. Están abriendo una cafetería y me meto en ella. Me siento en una mesa. Tardan unos minutos en servirme un café. Laia no puede verme, y yo sí a ella. Bebo varios sorbos de la taza. Bebo y también cierro los ojos. Cierro los ojos porque decido que es así como quiero recordarla. Viva, sonriente, mientras los barrenderos la salpican de agua y la ciudad amanece. Aquí sigo. No sé cuánto tiempo ha pasado ya. Una hora quizá. He pedido varios cafés mientras la observo. Sus amigos se han ido yendo y, al final, Laia se ha quedado sola. Da un último bocado al dulce que ha comprado, se levanta y comienza a caminar hacia su casa. La calle se ha llenando de

gente y, poco a poco, la he ido perdiendo de vista. Veo ahora a otras mujeres que también son ella. Laia siempre ha sido un mosaico. Un mosaico de mujeres que crean una sola. Como esos trozos de baldosa que utilizaba Gaudí. Laia está contenida en cada mujer que pasa por la calle, pero, al mismo tiempo, no es ninguna de ellas. Y ha sido así, de súbito, como he decidido que acabe todo. No sé por qué he cogido el móvil y he borrado su contacto. Porque soy un cobarde, porque me da miedo la felicidad, o porque estoy a gusto dentro de mi tristeza: dentro de esta prisión de palabras que llevo tiempo construyendo. Borro su contacto y aquí, en la mesa de esta cafetería, ahora que definitivamente ha amanecido, me pongo a escribir este capítulo. Elevo los ojos y miro a través de la ventana, pero ya no veo a Laia entre los peatones. Es entonces cuando decido que ha de ser así como Laia desaparezca: entre las letras de esta novela, lo que me parece la mejor forma de decir adiós.

El mismo día que Laia desapareció de mi vida, recibí la contestación al correo electrónico que envié preguntando por ese alto horno que desmontaron y llevaron a la India. El remitente parecía entusiasmado por mi interés. Imagino que no estaría acostumbrado a que alguien se dirigiese a él para pedirle una información tan extraña y particular. En su correo me explicaba que había sido trabajador de Altos Hornos y que ahora, jubilado, tenía como afición fotografiar y catalogar el patrimonio industrial. Recorría las antiguas fábricas, las fotografiaba y después, junto con otros miembros de la asociación, clasificaban y archivaban lo que quedaba de esas empresas. Me dice que el desmantelamiento de los hornos fue un caos; que vinieron unos indios que se dedicaban a la venta de fertilizantes y que no tenían ni idea de siderurgia, pero que finalmente se echaron atrás. A continuación fueron apareciendo distintos tipos de caraduras y oportunistas que pretendían sacar

tajada del descontrol que había provocado el cierre de la fábrica. Querían llevárselo todo, pero no pudieron. Los ladrillos de los hornos son imposibles de transportar porque se rompen al desmontar la máquina. Así que se numeraron las piezas y se llevaron al muelle de Lutzana con la idea de embarcarlas hacia la India. Algunas partes de los hornos tenían tales dimensiones que no podían pasar por algunos puentes, y entonces tenían que dar marcha atrás. Otras piezas desaparecieron. Los indios no pusieron vigilantes en el muelle, y los gitanos robaron muchos de aquellos fragmentos de metal. Los trabajadores que todavía quedaban en la acería les facilitaron documentación original, planos, cálculos para las fundiciones, etcétera, pero apenas aprovecharon nada. Los monstruos de acero se fueron desmontado, y gran parte del hierro con el que estaban contruidos acabó convertido en chatarra. Por aquel tiempo, junto a la antigua fábrica comenzó a funcionar una moderna acería. Era una nueva nave que nada tenía que ver con los antiguos hornos. Ocupaba una mínima parte de los terrenos donde antes había estado instalada la gran fábrica. Fue esa pequeña acería, según me cuenta el antiguo trabajador de la fábrica, la que fundió gran parte del amasijo de hierro en el que se habían convertido los Altos Hornos. La pequeña acería se comió a la gran fábrica en apenas unas semanas. Fue un acto de la cadena alimentaria del capitalismo. Igual que la cadena trófica, que dirige los flujos de materia y energía en el ecosistema, aquella fábrica moderna devoró gran parte de la vieja industria. Pero no engulló la totalidad de los Altos Hornos. Hubo una parte de ellos que acabó en la India y, según me cuenta mi contacto, parece que esas antiguas máquinas todavía funcionan en la actualidad «en algún lugar de la India». Le pido que me concrete una localidad, pero me contesta que no lo sabe, aunque promete investigarlo. Algún cielo de la India es igual que el cielo de mi infancia. Esas luces rojas que veía desde mi habitación no sólo permanecen encendidas en mi memoria.

Desde mi habitación veía las columnas de humo ascender hacia el cielo, y después observaba como ese mismo humo caía y se posaba en las ventanas, o en las lunas de los coches, o en la ropa que mi madre colgaba en el tendedero. Otras veces la suciedad se filtraba en la lluvia, y las gotas de agua creaban regueros de hollín húmedo en los cristales que parecían lágrimas negras. Lágrimas negras como las de una mujer que llora, y a la que se le corre el rímel por las mejillas. Eso parecían aquellos cristales de mi habitación. Pero entonces no había visto a ninguna mujer llorar, y no sabía siquiera lo que era el rímel, ni lo que esconde el maquillaje y, por esa razón, aquellos trazos de suciedad mezclada con agua eran para mi tan sólo eso: humo que asciende, y que se diluye en la lluvia.

Había otra habitación al fondo del piso. Cuando mis abuelos murieron y la estancia se quedó desocupada, todos empezamos a llamarla la habitación del patio. La llamábamos así para no llamarla la habitación de los abuelos. Comenzamos a llamarla de esa manera cuando murió el abuelo. Ya existían los tanatorios, pero mi madre, aficionada a todo lo que rodea a la muerte, instaló el féretro en la habitación de matrimonio, que era la más grande de la casa. Recuerdo aquel velatorio en el que, como en las películas americanas, iban apareciendo personas más o menos allegadas mientras mi madre les ofrecía comida y bebida. No sé por qué recuerdo que yo estaba en el salón viendo un programa que presentaba Jordi Estadella, y de vez en cuando me acercaba a ver el rostro del abuelo tras el cristal del ataúd. No me daba miedo porque era mi abuelo. Días después, cuando retiraron el féretro y volvieron a instalar la cama de mis padres, yo le pedí las llaves de casa a mi madre para ir a coger un balón de fútbol y seguir jugando en el parque. Abrí la puerta de la casa, y de súbito, en medio del pasillo, se me quedaron paralizadas las piernas. Del



lugar en el que había estado el cadáver de mi abuelo salían unos sonidos extraños. Ecos guturales parecidos a los que se oyen en las psicofonías. Estaba petrificado, pero con gran esfuerzo, arrastrando las piernas, tal y como ocurre en las pesadillas, logré llegar hasta la puerta de la calle. La cerré y, ya a salvo, recuperé el aliento y corrí hasta la tienda en la que se había quedado mi madre. Le conté todo, y ella se echó a reír. Según me dijo, el origen de los sonidos era mi padre, al que le habían cambiado el turno en la fábrica y estaba en la habitación descansando. Lo cierto es que mi padre siempre tuvo una forma extraña de roncar.

En la habitación del patio instalamos un segundo televisor para aquellos días en los que no coincidían los programas que unos y otros queríamos ver. Allí me escapaba a ver *El equipo A*, y *El coche fantástico*, y también, con mi padre, muchos partidos de fútbol, y los Tours de Induráin. Recuerdo haberme levantado de la silla con un ataque de Pantani bajo la lluvia en el Galibier. Nunca olvidaré el nombre de ese puerto, que por primera vez oí en aquel televisor de la habitación del patio, porque en el otro, en el del salón, lo que se veía era más gris. Allí mi madre veía programas especiales sobre la ruta del Bakalao; o sobre el crimen de Alcácer, también veía a Paco Lobatón hablando de personas que desaparecían sin motivo alguno; o documentales que explicaban cómo habían encontrado los huesos de Lasa y Zabala. Aquellos huesos enterrados en cal viva en un desolado barranco del Levante. La televisión escupía en aquella época los ecos de una España negra que creíamos olvidada. Segundo Marey, los GAL, el crimen de Puerto Hurraco. Una España a la que nuestros padres no querían que perteneciésemos. Tampoco querían pertenecer ellos, pero ya era demasiado tarde. Habían hecho un pacto consigo mismos según el cual querían ser recordados, no por lo que fueron, sino por lo que aspiraron a ser algún día. Pero con nosotros buscaban otra cosa. Algo que, por cierto, se frustró con la crisis que comenzó en 2008.

Buscaban, en definitiva, que no perdiésemos la inocencia. Por eso nos mandaban a la habitación del patio, a todas las habitaciones del patio del país, a ver *El Príncipe de Bel-Air*. Nosotros nos reíamos con las ocurrencias de Will Smith, pero nuestros padres todavía experimentaban una atracción atávica, que en parte hemos heredado, hacia los lugares más oscuros de nuestra memoria.

El año 1992 fue apenas un espejismo. Recuerdo vagamente las Olimpiadas y la Expo. Recuerdo al príncipe Felipe caminando con la bandera y a su hermana llorando. Era un país que cubría con el brillo de aquellos días la oscuridad del pasado. Una oscuridad que todavía latía con fuerza, pero que se iba enterrando en cal viva cada cierto tiempo. Era el corazón de un dragón dormido. En 1992 España era un lugar inseguro. Se hablaba de crímenes, de drogadictos y de terrorismo. Mi familia también estaba expuesta a la amenaza. Aquel año de las olimpiadas operaron a mi madre de un tumor. Yo tenía cinco años, y ella creía que se iba a morir. Creo que le importaron poco los fastos de aquel año. Sus preocupaciones eran otras. Siempre tenía motivos para preocuparse. Yo también vi aquella felicidad generalizada como algo ajeno. Los niños son capaces de absorber el miedo de los adultos y de hacerlo suyo. No tenía conciencia de que mi madre se pudiese morir. No tenía conciencia de lo que significaba la muerte. Pero intuía algo. En el fondo sentía miedo.

Hoy he visto un reportaje fotográfico en *El País* en el que retratan las ruinas de la Expo. Es un paisaje de construcciones abandonadas, llenas de óxido, vegetación y suciedad. Mi madre no murió en 1992. Murió en 2017. Al igual que la muerte, la desolación también se ha tomado su tiempo. Sólo somos un amasijo de huesos, memoria y olvido.

También recuerdo el asesinato de Miguel Ángel Blanco. Eso ocurrió después.

Apenas conservo imágenes en mi memoria, pero todavía soy capaz de ver a aquellos ertzaintzas sacándose el casco y los pasamontañas y a la gente aplaudiéndoles. Recuerdo el silencio, denso e insoportable, que había en aquellas manifestaciones de 1997 a las que mi madre me llevó.

Han pasado más de veinte años desde que mataron a Miguel Ángel Blanco, pero yo aún duermo en la misma habitación en la que dormía entonces. Lo hago cuando visito a mi padre. La cama es la misma; las sábanas son las mismas; el edredón es el mismo; cuando se apaga la luz, la oscuridad también es la misma.

No sé si me reconforta, o me inquieta, volver a dormir aquí. No lo sé. Me anestesia quizá, y me hace confundir el pasado y el presente. Me hace creer que mi madre todavía está en la casa. Pero no está. Ya se ha ido. Tardo en darme cuenta de eso, pero finalmente, en mitad de la noche, me desvelo y adquiero conciencia de su ausencia; de las preguntas que ya no podré hacerle; del tiempo que perdí. Aquí, en esta casa, reconozco la culpa que me corroe como un silencioso cáncer. El error de no haber sido consciente del tiempo que se nos escapaba. El delito de haber dejado a mi madre en compañía de su soledad. Su soledad que es ahora la mía. Nos necesitábamos y no lo sabíamos. No habríamos compartido aficiones, ni aventuras exóticas en países lejanos, pero nuestra presencia hubiera sido suficiente. Pero no sucedió así. Ella siguió su vida y yo la mía. Ella lo aceptó como antes había aceptado otras circunstancias de su vida. Fue generosa. Creía que yo no merecía permanecer demasiado tiempo entre aquellas cuatro paredes. Pero se equivocaba, porque lo hubiera necesitado. Al menos un poco más. Necesitaba algo más de este tiempo que ya no existe. Por eso vuelvo a esta casa. A este útero de ladrillo y ferralla que me acoge y me adormece en la calma de esta noche. Pero apenas

consigo dormir. Me asomo a la ventana y contemplo las farolas, los camiones de la basura y el cielo limpio y despejado tan diferente al cielo de mi infancia, que era gris y en ocasiones del color del azafrán. Estoy en la ventana mirando la noche moverse de forma casi imperceptible, como cuando estaba de exámenes y me despertaba a las tres, o a las cuatro de la madrugada, y estudiaba bajo la luz del flexo, y entonces mi madre se despertaba también y preparaba café y algo para comer, y me acompañaba un rato y después se metía en la cama y, antes de que me fuese a la universidad, me deseaba suerte y me daba un beso. Estoy en esa misma madrugada que se repite y que no cesa. Estoy en una noche perpetua que deroga el tiempo y el espacio y hace eternos los rostros que nos amaron.

Mis ojos no son capaces de captar el desplazamiento de las pequeñas cosas que me rodean. Sin embargo, lo cierto es que todo se mueve, aunque yo esté quieto y apoyado en la ventana. Miro las estrellas, pero ellas no están allí. Estarán tras las nubes como antes lo estaban tras la contaminación que dejaban las chimeneas de las fábricas. Antes al menos aquel horno iluminaba las calles. He decidido que lo buscaré en la India, o en Pakistán, o Bangladesh, o donde quiera que esté. Conseguiré más información acerca de su ubicación, me cogeré unos días de vacaciones y viajaré hasta allí. Aquellas luces tienen que estar en algún lugar. No pueden haber desaparecido como si tal cosa. Aún tenemos que mirarnos a la cara por última vez.

## IX

Creía que ella era la única que se había ido, que yo seguía aquí, como antes, como siempre, viendo cómo se marchaba, esperando a que el dolor desapareciese, recordando y olvidando al mismo tiempo. Pero no era así, o no era del todo así. Mi madre no era la única que se había marchado. Yo, tal y como me conocía, también había dejado de existir. Había sentido un dolor inmenso al percibir que mi madre se separaba de mí, pero parte de ese dolor provenía del hecho de que yo también me estaba separando de mí. Yo, tal y como me conocía, me estaba despidiendo de mí mismo, y sentía esa despedida como una amputación. Dicen que quienes sufren la amputación de un miembro siguen sintiéndolo; es lo que llaman el síndrome del miembro fantasma. Eso mismo me sucedía a mí. Me seguía sintiendo, aunque ya no existiese. Me había despedido de mí también, no sólo de ella, y me echaba de menos. Echaba de menos a ambos, a mi madre y a mí mismo, y, al mismo tiempo, les notaba junto a mí, aunque no pudiera tocarlos. Dicen que los hijos únicos suelen tener amigos imaginarios cuando son niños. Quizá fuera eso. Quizá fuera la imaginación la que me hacía desdoblarme e idear esas conjeturas impropias de un adulto. Los psicólogos dicen que los amigos imaginarios tal y como vienen se van. Como si no fueran parte de uno mismo; como si la amputación no doliese. Nunca me han gustado los psicólogos. Siempre he preferido a los amigos, los bares e incluso el dolor mismo. No soporto que me digan lo que tengo que sentir. No lo soporto, aunque el consejo esté cargado de buenas

intenciones, aunque me estén diciendo la verdad, aunque traten de librarme del sufrimiento. Prefiero el dolor del miembro amputado a la terapia que me cure de mi pensamiento mágico.

Allí me instalé: en la ficción de creer que yo, tal y como me conocía, también había muerto; en la fantasía de buscar las luces de aquel horno; en la alucinación que provocan los focos fluorescentes de los bares o de las discotecas que siguen abiertas hasta el amanecer. Eso duró un tiempo. Más tarde, cuando llegaron las lluvias del otoño, sin saber muy bien por qué lo hacía, alquilé un coche y cogí la autopista que lleva al norte.

No fue hasta que dejé atrás la ciudad, pasados cien o quizá doscientos kilómetros, rodeado ya de campo, cuando me di cuenta de que estaba solo en la carretera, y sentí entonces que atravesaba el tiempo y la memoria como se atraviesa una barrera de coral. La autopista era una cicatriz abierta que avanzaba sobre mis recuerdos, imágenes, como diapositivas aceleradas que iba dejando al otro lado de la cuneta. Por esa razón, porque la velocidad con la que surgían todas esas imágenes me asustaba, abandoné la autopista en algún punto de aquel paisaje de trigo y cebada y continué conduciendo por la carretera nacional. Necesitaba reducir la velocidad y recuperar el control de la situación. Nadie me esperaba allá adonde me dirigía, y tenía tiempo de sobra, así que aminoré la marcha, apagué la radio y abrí la ventanilla. Sentí entonces el olor de la gasolina, del estiércol y de la tierra mojada. Percibí también el olor de la carne que asaban en las parrillas de un restaurante cercano y hasta la pólvora de los petardos que lanzaban en las fiestas de un pueblo. Ahora que iba por la carretera mis sentidos captaban todo lo que la velocidad de la autopista no me había permitido apreciar. Fue al conducir más lentamente cuando comencé a darme cuenta de todo. Sentía los olores, pero

también percibía nítidamente la soledad y el abandono de los bares cerrados, los aparcamientos vacíos y el mobiliario urbano roído por el óxido y la suciedad. Me sentía como el niño de la novela de Cormac MacCarthy que acompaña a su padre por una carretera devastada. Había cabinas de teléfono con los cristales rotos y el auricular colgando, tractores averiados en las cunetas y zarzas que alcanzaban las grietas del asfalto. Hacía años que no observaba un paisaje así. O lo había borrado de mi memoria o no lo reconocía, pues cuando viajaba con mis padres por estas carreteras que llevan al norte, que parecen buscar desesperadamente el verde del País Vasco, todavía se podía advertir la vida en ellas. Ahora, sin embargo, había desaparecido todo atisbo de vida. Los viejos habían muerto, y los jóvenes, que visitaban esos pueblos muy de tanto en tanto, viajaban por las modernas autopistas que se construyeron en los años de bonanza económica. Pero esos años quedaron atrás, y el dinero que había llegado hasta allí sólo había dejado un paisaje de infraestructuras obsoletas, desolación y abandono.

Yo era tan sólo un turista entre aquellos campos desiertos. Un visitante que contempla el paisaje como algo ajeno, a pesar de que mi familia procede de un lugar como ese. Cuando leo los apellidos de la gente que está enterrada en el cementerio del pueblo de mi madre, veo que tienen los mismos apellidos que yo. Deben de ser de mi familia, aunque nuestros lazos se pierdan en la noche de los tiempos. Los apellidos se repiten en los cementerios de los pueblos pequeños, pero no en los de las grandes ciudades. Eso he podido ver en el cementerio donde depositamos las cenizas de mi madre. Allí ningún muerto se parece a otro, por mucho que la tradición popular diga que la muerte nos iguala a todos. Me repugna esa justicia póstuma. Prefiero creer que todos somos diferentes aunque estemos muertos, y por eso prefiero los cementerios de las grandes ciudades. Allí, en la metrópoli global que es hoy nuestra patria, nos difuminamos, y eso, a mi juicio, está muy bien. Me gusta ser anónimo y

desconocido. Nos difuminamos y no nos reconocemos, es cierto, pero quién quiere reconocerse todos los días de su vida. Es jodido mirarse al espejo constantemente. Creo que en realidad nadie quiere hacerlo; que somos más felices así, como miembros de una muchedumbre tan cruel y tan humana como la que formaban nuestros antepasados. Me gustan las ciudades. Adoro su bullicio. Me desconcierta el silencio del campo. Me enfrenta con mis pensamientos. Prefiero los amplificadores de un concierto retumbando en mi cabeza, que un DJ nos enloquezca como un moderno sacerdote, la percepción alterada de la realidad, el tráfico, las motos acelerando en un semáforo, el olor a sudor de los bares saturados, los mercados callejeros, los puestos de comida ambulantes, las librerías de viejo, las azoteas, la oferta de cuerpos en Tinder, el sexo sin compromiso, los contactos en el móvil de personas que no recuerdas, las colas del aeropuerto, la comida basura, los amigos que te saludan por Skype desde la otra parte del mundo, las peluqueras que se llaman estilistas, los psicoanalistas, las ocurrencias de Twitter, los capullos de la televisión, los diseñadores, los festivales de música, los taxistas, los tatuadores, los camellos, las universitarias ambiciosas, los edificios de diseño, las construcciones agrietadas de los centros urbanos, las bicicletas, los tertulianos de la radio, los gordos que corren por los parques públicos, las playas nudistas, las lesbianas que se meten mano en un after, el día del orgullo gay, las manifestaciones, los videojuegos, los coleccionistas de likes de Facebook, la vida con filtros de Instagram, los influencers, los vendehúmos, la teletienda, las echadoras de cartas, las azafatas de Vueling, los vecinos desconocidos, los pakistaníes que venden cerveza en las Ramblas, las teleoperadoras, las oenegés, los repartidores de Amazon, las estrellas de rock que no llegan a final de mes, los ecologistas, los pisos compartidos, los vuelos baratos, los que comparten el coche, los estudiantes de Erasmus, los que recorren Europa en Interrail, los riders de Deliveroo, los que se saltan las



extraescolares, los ancianos que se tumban en el césped, los que piden el café para llevar y caminan con vasos de cartón, las feministas, los chavales saliendo del instituto, los kebabs, los shawarmas, los burritos, las bandas callejeras de jazz, los raperos, las bailarinas de pole dance, los gimnasios abiertos de madrugada, las oficinas, la contaminación, los jardines, las floristerías, los quioscos, los baños de las discotecas, los billares, los campos de fútbol, las camisetas de Pablo Escobar, las bebidas que nos ponen tristes, las resacas, los pubs irlandeses, las chicas solitarias que trabajan con su portátil en un café, las chicas que lloran tras sus Rayban, las heladerías, las series de Netflix, los leggings, los restaurantes, la gente que pasea despreocupada, los manteros, los carteristas, las parejas que se besan en la cola del cine, los borrachos, los drogadictos, los que salen en tromba de la boca del metro, los que comen solos, las travestis, las putas, los chaperos, los escritores que no escriben, los cantantes que no cantan, las chicas que reparten muestras de perfume, las cajeras del Mercadona, los que follan en verano con las ventanas abiertas, y los voyeurs que les miran.

Todo eso me gusta. Me gustan todas esas cosas que nos hacen sentir acompañados aunque estemos solos. Me gusta recorrer las calles cuando amanece, y contemplar cómo la ciudad empieza a moverse. Me gusta cómo gira sobre sí misma, y después se agita, y de ella surgen todo tipo de personas, objetos y miradas. Todo eso me gusta y, al mismo tiempo, lo detesto. Pero, en definitiva, no podría vivir sin ello. Imagino que es mi hábitat como esos pueblos eran el hábitat de mis padres. No queda nada. Nada queda siquiera de las ciudades que les acogieron. Las ciudades en las que vivimos son tan diferentes que ya no son las mismas de entonces. Por eso, es normal que no reconozcamos el país, porque el país ya no existe. El país podría desaparecer y no nos daríamos ni cuenta. Nosotros somos los primeros habitantes de lo que dieron en llamar globalización. Primates de la aldea global que todavía

tenemos el lejano recuerdo de un paisaje que estaba desapareciendo cuando éramos niños. Lo vimos como quien ha visto una puesta de sol y dice haber visto el sol. O tal vez no lo vimos, y sólo es un atavismo heredado que machaca nuestra memoria. Quizá sea eso, quizá sea mentira la nostalgia que sentimos, pero sin duda somos pioneros al igual que lo fueron nuestros padres, o nuestros abuelos, cuando llegaron a aquellas ciudades de humo y ceniza. Somos los que inauguramos este nuevo mundo que nos resulta tan extraño, pero al que amamos porque es nuestra nueva casa.

Cuando cambias de ciudad, o de barrio, en un principio te gusta todo por el mero hecho de ser nuevo para ti. Nos gusta estrenar cosas. Nos gusta abrir los envoltorios de los objetos todavía intactos. Nos gustan los juguetes. Todo aquello que es en realidad aire, polvo esparcido en el viento, lágrimas en la lluvia que se van.

Yo, por ejemplo, sueño con la ciudad y con todas sus fantasías. A veces, recuerdo lo que he soñado. No me pasa siempre. Me despierto en mitad de la noche, salgo a la terraza y veo el tráfico y sus luces al otro lado de la ventana. En ocasiones no puedo dormir y me pongo a leer o a escribir bajo el flexo. Tengo insomnio. No logro dormir de un tirón ninguna noche desde hace meses. Sin embargo, antes de que mi madre muriese dormía seguido. Recuerdo que dormía tanto y tan bien que cuando teníamos exámenes en la universidad, Juanín nos conseguía unas pastillas para no dormir. Existen las pastillas para no dormir, pero no las pastillas para no soñar. En cualquier caso, las pastillas que nos conseguía Juanín eran unos comprimidos que hacían un efecto parecido a las anfetaminas y que nos permitían pasar las noches en vela. Alguna vez las tomé. Sobre todo el último septiembre de la carrera, en el que tuve que recuperar las ocho asignaturas que había suspendido y que logré

aprobar, finalizando así la licenciatura sin repetir ningún curso. Recuerdo que aprobé Derecho Civil III, Derecho Internacional Privado y Economía de la Unión Europea. De las otras no me acuerdo. Guti consiguió una proeza semejante, y desde hace años discutimos si fue más heroica su hazaña o la mía. Él aprobó menos asignaturas que yo, pero más complicadas, y yo bastantes más, pero quizá más sencillas. Quizá, digo, porque cada cierto tiempo evaluamos quién de los dos lo pasó peor ese septiembre.

Yo me tomé la universidad de forma muy relajada. Llegué con miedo al primer curso y aprobé todo sobradamente. Aprobé incluso los exámenes del temido Beobide, que nos hablaba de Hobbes, Locke, Rousseau o Tocqueville. He de reconocer que no estaba nada mal escucharle. Después, pasado el primer curso, bajé la guardia y en quinto tuve que recuperar muchas asignaturas. La universidad me defraudó. Creía haber llegado a un lugar culto, en el que se intercambian ideas y se abren las mentes y en lugar de eso me encontré con la central nuclear del nepotismo. La universidad era el catalizador de todos los privilegios de la zona en la que vivía. Los que iban a esa universidad no eran ni más ni menos listos que la gente de mi barrio, pero la diferencia entre el nivel de vida de unos y otros era, e iba a ser en el futuro, abismal. Sólo diré que aunque nos incorporamos al mercado laboral en plena crisis, no conozco a ningún compañero de la universidad al que le vayan mal las cosas. Todos tienen buenos empleos, buenas casas, buenos coches y, algunos, buenas novias de apellidos compuestos y pendientes de perlas. Con dinero se consiguen cosas maravillosas. Aparte de eso, hice buenos amigos y me lo pasé bien. Las fiestas eran grandiosas, si bien luego, al llegar a Madrid, me di cuenta de que éramos unos principiantes. Madrid es la ciudad con más noctívagos por metro cuadrado de Europa.

Recuerdo que aquel verano en el que aprobé ocho asignaturas me quedé solo en el piso de Portugalete, estudiando día y noche, con las pastillas de

Juanín, cafés, y Redbull. He visto a gente drogarse para trabajar más: abogados, economistas, auditores. He visto a profesionales metiéndose rayas de cocaína y presumiendo de las noches que pasan en vela en sus oficinas. Yo nunca he sido tan capullo. Siempre he creído que presumir de trabajar mucho es de imbéciles. Trabajamos mucho porque no nos queda otra, pero por lo menos hay que tener la decencia suficiente para no presumir de ser un pringado. Cuando eres niño, está claro quiénes son los pringados del colegio, pero al hacerte mayor las fronteras se difuminan hasta desaparecer. Entre gente adulta está bien visto pasar las noches en vela trabajando en la oficina como un gilipollas. Oficinas como las que contemplo desde mi terraza, porque yo también llevo noches sin dormir. Hasta que he decidido coger el coche y huir de esta ciudad, llevaba varias noches seguidas en vela. Varias noches rodeado de todas las cosas que suceden en la calle en la que vivo. El tráfico, las luces, la música que sale de los bares. Varias noches en las que mi madre se me aparece en cuanto caigo unos segundos rendido por el sopor. Sucede que mi madre, a diferencia de todo lo demás, sí que fue real, y, sin embargo, también se desvanece como se desvanecen los sueños. Y es ama la que me alerta de que todo es fantasía en ellos. No me miente; me confiesa que todo no es sino un sueño. Podría mentirme como me miente esta ciudad, o podría hacerlo por otras razones. Por ejemplo, podría mentirme porque todos los que aparecen en los sueños están fingiendo y, no obstante, nadie se queja de esa falsedad. Nadie revela que es ficción; todos actúan para uno. Pero ella no; ella no quiere engañarme. Suele reconocerme que no está viva justo antes de desaparecer. Siempre lo hace; nunca me miente. Soy aire, soy invisible, soy quien te protege cuando estás dormido. Eso dice sonriendo antes de que yo me despierte. Y es verdad. Es aire, es invisible, no existe ya. Existen los taxis, las oficinas iluminadas de madrugada, los supermercados abiertos las veinticuatro horas, los semáforos, las sirenas de la policía que oigo desde mi habitación.

Todo eso lo sigo viendo y puedo describirlo con exactitud. Puede ser vano, puede ser superficial, puede incluso que sólo sea un espejismo, pero lo tengo aquí al lado y soy capaz de escribir acerca de ello. De ama, sin embargo, ya se me van agotando las palabras. Está dentro de mí pero al mismo tiempo se desvanece; se diluye, y ella me lo confiesa en sueños. Quiere pedirme que escriba, aunque no se atreva a confesármelo. Tiene razón. Ella se desdibuja y pronto los testigos que la vieron desaparecerán. Además, esos testigos no escriben. Serán más honestos que yo, serán mejores personas que yo, quizá hasta sean más sensibles e indulgentes que yo. Podrán saber cosas de ama que yo no sé: secretos, mentiras, confesiones que desconozco. Podrán haberla querido, haber sido tiernos, generosos y compasivos con ella. Podrán tener virtudes de las que yo carezco. Pero no escribirán sobre ella. No lo harán. No es algo nuevo. Siempre ha sido así. La historia no la escriben los mejores. Yo no soy el mejor de todos los que la conocieron. No lo soy. La historia, a veces, la escriben los vencedores, o eso dicen, pero, en otras ocasiones, basta con estar vivo y saber mínimamente escribir para contar las cosas como a uno le parece que sucedieron. Aunque se mienta, aunque se describa algo que ya se desvanece y pierda sus contornos, aunque todo sea mentira. Aunque fuera así, es suficiente. Es suficiente decir que ama siempre se asomaba a la ventana para despedirse de mí cuando yo volvía a Barcelona. Es suficiente porque quedará escrito aquí, y entonces será real como lo será ese cuadro cuando el pintor lo termine. Será real como los taxis, como las oficinas iluminadas de madrugada, como los supermercados abiertos las veinticuatro horas, como los semáforos y las sirenas de policía. Como todo aquello que veo al otro lado de la ventana y se desvanece cuando mis ojos se cierran.

¿Y qué más es real? Son reales los objetos que fueron de mi madre: por eso

me preocupan tanto. Todavía están cerca de mí. Quiero que estén junto a mí para así poderlos tocar; para confirmar que el pasado no se pierde; para conservar en ellos el tiempo y la memoria. Las tazas, el delantal, el mortero, las cucharas de madera que usaba para revolver los pucheros. Las sartenes, las cazuelas que aún están en su cocina y que conservan el olor de sus comidas adherido al metal. Pulpo a feira, bacalao al pil pil, merluza a la vizcaína. Platos que preparaba durante horas, porque así, cocinando, era como ella se sentía útil. Era su forma de sentirse querida, de aumentar su autoestima, de ocupar su lugar en el mundo. A todos nos gustaba cómo ella cocinaba, y eso la reconfortaba. Le decíamos que cocinaba muy bien, pero nunca le decíamos que era maravillosa en todo lo demás. En realidad, nuestra forma de decírselo era disfrutar de su comida, pero no sé si ella se dio cuenta de que queríamos decir mucho más. Quizá, por eso, ella seguía cocinando: porque necesitaba afecto y nosotros no sabíamos cómo dárselo. Cocinar era su forma de querer y de que la quisieran. Todos nos inventamos extrañas formas de amar.

Pero entonces yo me fui de casa y ella dejó de querer, y de que la quisieran. Me fui a Madrid, y después a Barcelona, y fui espaciando cada vez más mis visitas a casa de mis padres. Como mucho volvía un fin de semana al mes. A menudo un fin de semana cada dos meses. Y comencé a notarla diferente; y lo que llaman depresión, que siempre sorteó a través de la cocina, apareció en su vida. Amaba hacer felices a los demás, y cuando yo dejé de sentarme a su mesa, cuando comencé a ausentarme durante semanas, ama fue sumiéndose en la oscuridad. O esa es la explicación que trato de darme para que todo tenga un sentido; para que las piezas encajen de alguna manera. Ahora que lo escribo, me doy cuenta de todo, pero entonces lo pasé por alto. Estaba demasiado centrado en mí mismo como para darme cuenta de lo que le pasaba a mi madre. Fui egoísta, fui mezquino, fui un mal hijo. Me creí su mentira: que yo era más importante que ella.

Mi madre había dejado de sentirse útil y eso la fue matando. Mis primos y yo fuimos creciendo y dejamos de necesitarla. Dejamos de pedirle favores. Éramos autosuficientes, y no precisábamos de ella. Los más jóvenes tampoco la necesitaban. Nadie necesita a los viejos. Los viejos son los que necesitan de nosotros. Pero su fuerza había sido tal que nunca quisimos ver que era vieja. El sol también es una estrella vieja y nadie lo advierte. Dicen que incluso podemos ver la luz de estrellas que hace miles de años que ya no existen.

Fue así como murió. La bestia que nos había arrastrado a todos fue jubilada. Fue apartada del mundo al haber quedado obsoleta. Los niños nos hicimos mayores y queríamos ya otras cosas que ella no nos podía dar. Se dio cuenta de que ya no servía y se fue retirando. Preparaba comidas que nadie comía. Arreglaba vestidos que nadie se ponía. Daba consejos que nadie seguía. No sabía lo que era Facebook, ni Tinder, ni Whatsapp. Se fue apartando del mundo. Comenzó a ir al médico. Visitaba el ambulatorio cada vez con más frecuencia. Le dijeron que tenía artritis, fibromialgia, depresión. No sé lo que le dijeron. Ella no creía demasiado en los médicos. Tenía creencias atávicas que le hacían desconfiar de la ciencia. Creía en Dios, en los curanderos y en los milagros de la Virgen. La ciencia no podía explicar muchas de las cosas que le pasaban. En parte lo que le pasaba era que había quedado obsoleta. Había nacido para trabajar, en el campo, en aquellas casas de la Margen Derecha, en nuestra casa o en los portales que fregaba de madrugada, y, de pronto, ya nadie la necesitaba. Era algo que jamás hubiera esperado. Había pasado demasiados años siendo imprescindible como para asumir súbitamente un papel secundario. Le dije que no me preparase tupperware porque comía todos los días con mis compañeros de trabajo. Le dije que no me arreglase los pantalones porque es más fácil y barato comprar unos nuevos en Zara. Le dije muchas cosas, pero jamás le dije que pensara en ella. No sé por qué no se lo

dije, pero no creo que el motivo fuera inocente. Creo que en el fondo quería seguir sintiendo que ella todavía podía hacer algo por mí. La exprimí, la abandoné, la utilicé como la habían utilizado esos señoritos de la Margen Derecha. Pero yo era su hijo.

No sé en qué momento dejó de visitar a los médicos. Entonces yo estaba a mis cosas y no la acompañaba al ambulatorio. Una tarde la sorprendí llorando en la cama, pero no quiso contarme nada. Semanas después me dijo que tenía cáncer. Era grave. Fue en ese momento cuando adquirí conciencia de todo. Tardé unas semanas, pero finalmente caí en la misma oscuridad que le había atrapado a ella. Imagino que eso también se hereda. Mi madre no salía a la calle, no viajaba, apenas tenía amigos. Sus amigos habían muerto, o la habían olvidado. Sólo veía la televisión. Yo, en cambio, tengo distracciones, me siento útil y logro anestesiar me, por ejemplo, escribiendo esta novela. Ella, en cambio, para calmar su ansiedad hacía estallar las burbujas del papel de embalar. Mi padre me contó que compraron un televisor nuevo, y ama se quedó con el envoltorio. Él no sabía para qué lo quería, pero después vio que en las largas tardes de silencio junto a la televisión iba haciéndolo estallar con sus manos. Explotaba una a una las burbujas y eso parecía calmar su ansiedad. Y me contó mi padre también que después le hizo ir a los chinos a comprar más papel de embalar.

No sabía que los chinos habían abierto una tienda en el barrio. Cuando yo vivía en casa de mis padres no había chinos por allí.

No tuvo otra opción. Durante toda su vida, ama fue un animal de carga. Cuando dejó de serlo, vio que todo había perdido sentido. Dicen que es lo que les ocurre a los altos ejecutivos, a los abogados y a todos esos profesionales abnegados cuando llega la hora de su jubilación, pero nunca se menciona a las



amas de casa. Sin embargo, a mi madre le ocurrió eso. Sólo tenía un hijo, y no tenía nietos, así que el día que me emancipé ella se retiró. Yo podría haber vuelto más a casa, y haber colmado ese vacío con más amor, pero no lo hice. Volvía, si acaso, un fin de semana al mes. Ella me decía que estaría cansado de toda la semana, me insistía en que no fuese a Bilbao, y yo le decía que tenía razón, que había tenido una semana muy dura, pero luego me iba de fiesta a Malasaña, o a Kapital, o a esos garitos de Alberto Alcocer que cada poco cambiaban de nombre. Eso era lo que sucedía aquellos fines de semana en los que mi madre se fue encerrando más en sí misma y apenas salía de casa. Era el coronel de un ejército tras la guerra. En eso se convirtió ama los años antes de morir.

Debía de estar enferma ya. Al repasar las fechas, caigo en la cuenta de que cuando vino a ver mi nuevo despacho ya debía de estar enferma. Antes de aquel viaje ella me insistió en que era ahora o nunca. No entendí a qué se refería. Seguro que mi madre, siempre tan astuta, se olía algo con respecto a su salud, y no quiso decirme nada en ese momento. Yo no entendí lo que insinuaba, pero recuerdo que la encontré diferente, con otro aspecto, envejecida, resignada. Así estaba mi madre aquel último otoño en el que vino a Barcelona a verme, y así fue como la vi aparecer en el aeropuerto. Estaba indefensa en la terminal, nerviosa, no sabía hacia dónde mirar, ni adónde dirigirse. Yo, que la contemplaba desde lo lejos, sentí por primera vez compasión por ella. Una ternura que me partía en dos, pues veía su desamparo, su fragilidad, su delicadeza. Yo no me había dado cuenta, pero lo que había sucedido era que mi madre se había hecho mayor. Caminaba torpemente por los pasillos que conducían a la salida. Yo la estaba esperando allí. Dejó la maleta en el suelo y me saludó desde lejos. Se alegró de verme, y de salir así

del aturdimiento en que se encontraba. Yo traté de disimular mi tristeza, cogí su maleta y caminamos juntos hacia los taxis mientras ella me contaba todos los detalles de su vuelo. Mi madre sólo había volado una vez, hacía décadas ya, con motivo del fallecimiento repentino de no sé qué familiar en Galicia, y todo aquello, el control de seguridad, el despegue y el aterrizaje, le parecía una gran aventura.

Mi madre murió apenas unos meses, quizá un año, después de aquel viaje a Barcelona, así que el tiempo no la castigó con la decrepitud de la ancianidad; lo hizo, en cambio, con la muerte, pero no puedo evitar pensar, de una forma resignada y un tanto cínica, que el fin de su vida detuvo esa decadencia. De nuevo el pensamiento mágico me lleva a razonamientos absurdos. Por ejemplo, que mi madre, efectivamente, ya no está, pero existe en otras mujeres. En las que caminan desorientadas en el metro, en las que salen torpemente de un taxi, en las mujeres fatigadas por el esfuerzo de un trabajo que ya no pueden llevar a cabo de la forma en que hubiesen querido, mujeres que se sientan en los bancos, o en las sillas de su casa mientras la comida se hace, y que cogen aliento y limpian las baldosas y los armarios y los azulejos del baño. Lo hacen en un simulacro de desenvoltura juvenil que pronto se frustra, pues enseguida se cansan, resoplan y se sientan de nuevo. Mujeres que son como mi madre aquella tarde en el aeropuerto de El Prat, mujeres arrastrando sus maletas sin saber hacia dónde caminan, mujeres buscando un brazo al que sujetarse. En ellas veo a mi madre todavía, y entonces la garganta se me retuerce, y el pecho se me encoge. A veces, incluso pienso que ama no ha muerto y que ella es todas las demás.

Cogimos un taxi y llegamos a mi casa. Mi madre no llegó a ver el piso con la enorme terraza de Muntaner, sino un cuchitril del Born cuyas escaleras subió agotada. El piso de Muntaner sólo pude enseñárselo por Skype, pues ya no se vio con fuerzas de volver a Barcelona, pero ella siempre decía que le

gustaba mucho el anterior piso. Yo dormí en un colchón hinchable y ella en mi cama. Se acostó y me habló del motivo de su visita. Quería ver el nuevo despacho que estrenábamos y del que yo le había hablado. El día siguiente era sábado y la oficina estaba vacía, pero aún así ella se vistió como si fuera a asistir a un gran acontecimiento; se vistió como cuando ella me llevaba al pediatra del centro de Bilbao. Presentía que era el último acontecimiento importante que iba a ver. No me vería casarme, tener un hijo, ni nada de eso. Vería mi nuevo despacho, el fruto envenenado de tanto esfuerzo, la triste cosecha de nuestra vida conjunta. Por eso se puso sus mejores ropas. Se vestía así porque el acontecimiento lo requería, pero también por miedo a encontrarse con algún conocido mío y no estar a la altura. Por más que le insistía en que olvidara esas ideas, por más que le dijera que ella era igual que todos los demás, mi madre no me hacía caso. Eran demasiados años siendo la ignorante, la inculta, el hazmerreír de esas casas de señoritos que eran abogados como yo y que podrían saludarnos en el portal o a la salida del despacho. Tenía pánico de que se diera esa circunstancia: no estar a la altura, ser de nuevo la sirvienta de la que todos se mofan. Ella misma me lo confesó. Me dijo que en aquellas casas se burlaban de su acento gallego, de lo mal que hablaba castellano, de las cosas que no sabía. Cómo me gustaría partirles la cara a todos los que la hicieron sentir así, ignorantes seguro, como la mayoría de los que fueron conmigo a aquella universidad, hijos y nietos de los que a mi madre despreciaron, estirpe repugnante de piel de serpiente cubierta de pantalones chinos y mocasines. Ignorantes, digo, porque jamás les vi con un libro. Vi, sin embargo, a un miembro de un ilustre linaje hacer de trilero con el dinero recaudado para el viaje del fin de licenciatura. Imberbe, pálido, nariz aguileña, caminaba por el campus como los mafiosos en las películas de Brian de Palma.

Le enseñé el despacho a mi madre. Ella caminó por él. Pisó el suelo de

madera noble. Contempló los mosaicos de escayola de los techos. Pasó la mano por el mármol de la entrada. Abrió algún libro de la sala de juntas. Y después salió a la calle, miró la galería a la que da mi despacho, me miró satisfecha y me dijo que era una suerte vivir en Barcelona, porque era perfecta para pasear. Eso fue exactamente lo que me dijo aquella soleada tarde de otoño.

Ella, que paseaba por las cuestas de Portugaleta, creía que Barcelona era llana. Mi madre comparaba todo con su barrio. Su micromundo era aquel, y relacionaba todo con las calles en las que vivía desde hacía décadas. Si le decía que en Pedralbes vivían los ricos, ella decía que entonces era como Neguri. Si le señalaba dónde quedaba La Maquinista, ella decía que aquello era como el Max Center. Si le hablaba de Santa Coloma, ella decía que era lo mismo que Barakaldo. Cualquier lugar admitía la comparación con el territorio que ella dominaba. En el fondo tenía razón, porque todo se parece, y todo es distinto al mismo tiempo, excepto los bloques de pisos donde vive la clase baja que, esos sí, esos son iguales en todas las partes del mundo.

Aquella última vez que me visitó en Barcelona, mi madre vestía sus mejores ropas. Creo que fue su manera de despedirse. Yo no me había casado, ni había tenido hijos. Ya no se vestiría así para ninguna boda, bautizo ni comunión. Yo había conseguido, eso sí, un buen empleo en un despacho de abogados. Mi madre lo juzgó suficiente. Pisó aquel suelo de madera y creyó que todo había merecido la pena. Ella, que siempre se censuró con severidad, que nunca reparó en la necesidad de disfrutar de la vida; ella, que con amor y desprendimiento, sin que existiera una imposición explícita, me dedicó su tiempo y me dio su afecto, contempló aquel mármol y aquella madera noble del despacho de Barcelona, y por primera vez en su vida se juzgó a sí misma con complacencia. Fue estricta e incluso cruel consigo misma, pero aquella tarde de otoño relajó su exigencia. Se perdonó a sí misma todos aquellos

pecados que nunca había cometido. Comió helado y escuchó a los músicos callejeros de las Ramblas. Tomó un vino blanco en el Tibidado y se montó en el teleférico de Montjuic. Paseó por la Barceloneta y se sacó una foto con un mimo de la plaza Cataluña. Todavía guardo esa foto en mi móvil. Llevaba gafas de sol y una blusa azul con flores estampadas. Era mi madre.

## X

Ella paseó por mi ciudad aquella tarde de primavera, y ahora soy yo el que camina por la aldea en la que nació.

Tan sólo había venido a este lugar cuando era niño. No recordaba cómo se llegaba. He tenido que pedirle a mi padre que me explique qué desvíos debería coger. Después he preguntado a uno de los pocos vecinos que queda en la aldea; son apenas una decena de casas desperdigadas a uno y otro lado de una carretera regional. También he consultado varias veces el GPS y he tratado de recordar los caminos que recorría con mi madre cuando se acercaba a mi ordenador y abríamos Google Maps.

Me resulta muy complicado orientarme. Está lloviendo mucho, y el limpiaparabrisas no da abasto, pero finalmente he encontrado la casa. La casa donde mi madre nació todavía permanece en pie. Es una vivienda pequeña, la más pequeña de todas las que he visto alrededor, de una sola planta, edificada con piedras que se han ido cayendo, y dejan aberturas a través de las que se cuegan la lluvia y los bichos. La casa es pequeña, pero el paisaje la empequeñece aún más. Está rodeada de prados y caminos embarrados que cercan unas piedras cubiertas de musgo. Es Irlanda. Es Escocia. Es el paisaje de una película de Dreyer. En esta zona del interior de Galicia llueve continuamente durante gran parte del año. Lluvia sobre mi coche, y sobre las piedras y los árboles, y sobre las vacas y las ovejas que caminan hacia una granja cercana. Lluvia sobre los muros que cercan las fincas, y sobre la

hierba, las ranas y los riachuelos que vierten su agua en el asfalto. Abro la ventanilla. La humedad se incrusta en mi cuerpo y no la mitiga ni el calefactor del vehículo ni el humo que sale de las chimeneas de las pocas casas que todavía continúan abiertas. La mayor parte de las casas parecen abandonadas. Están cubiertas de vegetación, y tienen las ventanas rotas y las puertas podridas. Las veo desde el coche. Conduzco despacio. Fuera diluvia y yo me detengo cada poco para así intentar recordar el paisaje que vi de niño. Estuve aquí hace muchos años, acababa de hacer la primera comunión, pero apenas recuerdo nada. Sólo conservo imágenes borrosas que quizá confunda con otras vistas en una película o en internet. Me es más útil el recuerdo de Google Maps. Cuando mi madre enfermó y yo la visitaba, ella me pedía que recorriéramos su tierra a través de esa herramienta. Yo se lo concedía. Abría el ordenador y la transportaba a Galicia. Ella nunca había exteriorizado una nostalgia, que yo sabía que tenía. Era demasiado dura. Ella se ponía las gafas y yo movía el ratón. Recorriamos las mismas carreteras rurales que ahora contemplo. Más despacio, vuelve atrás, gira un poco más a la derecha, me decía mi madre, y yo obedecía. Mi madre nunca descifró los misterios del ratón, y por eso tenía que ser yo quien la condujese por la red. Ponía su mano en el ratón, y el puntero le salía disparado hacia un lado y otro de la pantalla. Por eso lo cogía yo. Cogía el ratón como si cogiese el volante del coche y ella me acompañara en el asiento del copiloto. Mi madre apenas salía de casa, y la idea de emprender un viaje a Galicia le parecía imposible. Era éste, el de Google Maps, el único viaje que podíamos hacer juntos.

Guardo un buen recuerdo de aquellos viajes que hacíamos los dos sentados frente al ordenador. También veíamos vídeos de fiestas locales en Youtube o buscábamos a conocidos suyos en Google. Añoro aquellos viajes, a pesar de haber visto ponerse el sol en el Amazonas, de haber cantado rancheras en México DF, o tomado daiquiris en La Habana. Los añoro, yo que me he pasado

horas en un taxi en Bangkok, que me he perdido en las noches de Roma, de Londres, de tantas ciudades de Europa. Yo, que he cantado «Ring of Fire» en un bar de carretera entre Cusco y Arequipa, que he sido engullido por una multitud en Manhattan, que he visto descender la luna sobre los tejados de Fez. Nada de eso añoro. Añoro sentarme con mi madre a enseñarle cosas por internet, que era, esta sí, nuestra forma de viajar, porque yo con mis padres apenas viajé: a San Sebastián, a Burgos, a Santander, a Lugo. Así de limitado era nuestro mundo, aunque dentro de él todo cabía.

Yo, sin embargo, viajo lejos porque quizá sólo quiero escapar. Mientras corrijo este fragmento acerca de la visita al pueblo donde nació mi madre, miro a través de la ventana y veo a gente con traje y zapatillas recorrer a toda prisa la Quinta Avenida. Me engullen, van a otro ritmo diferente al mío, caminan tan deprisa que me empequeñecen, me aturden, me hacen sentir extranjero. Creo que así se sentían ellos, mis padres, cuando llegaron a Bilbao hace ya muchos años. Nunca habían visto el tráfico, los semáforos, la gente caminando deprisa, las fábricas, los quioscos, las colas de los cines, los estadios de fútbol, los bloques de pisos. Nunca habían visto todo aquello que después fue nuestro hogar.

Ahora sí. Ahora estoy frente a la casa en la que nació mi madre. Es más pequeña que en Google Maps. He llegado hasta aquí cerrando los ojos, tratando de recordar el mapa que veía junto a ella en el ordenador. A veces me decía que me detuviera y se quedaba en silencio unos segundos. Y después volvíamos atrás, no tan atrás, me decía, y allí permanecíamos otro rato. Ella se quedaba en silencio, y nunca me decía lo que pensaba. Mi madre se guardaba siempre sus pensamientos. Ha sido así, recordando aquellos días en los que hacíamos excursiones por internet, como he encontrado la casa donde nació. He aparcado el coche y me he quedado mirándola a través de la ventana. He querido verla más de cerca. Por eso, me he calzado las botas y me he puesto el



chubasquero que tengo en el asiento de atrás. Después he salido del coche y una ráfaga de lluvia me ha cubierto de agua. Se me han empañado las gafas. Me las he guardado en el bolsillo. Una espesa niebla ha cubierto de pronto la casa. Pero sé que está allí. Lleva décadas, siglos, en el mismo sitio. Y así es, pues tras caminar unos minutos por la embarrada senda que conduce a ella, me he topado con sus muros de piedra. Aunque la madera de la puerta está podrida, no se puede entrar. El viento y la lluvia son cada vez más fuertes. Me he resguardado junto a uno de los muros de la casa, y más tarde, cuando el viento ha amainado, he seguido caminando por la senda. No sé cuanto tiempo he caminado. Mis botas se han hundido en la tierra y me ha costado sacarlas del lodo. Sigue lloviendo. Son gotas más gruesas que las de antes, pero al haber cesado el viento caminar cuesta menos. La senda va cubriéndose de vegetación; poco a poco va penetrando en la espesura del bosque. Yo he seguido el sendero. No sé hacia dónde voy. Esta estrecha vereda no aparecía en Google Maps. La hubiera recordado. No sé hacia dónde voy, pero sigo caminando. Han pasado varios minutos ya, pero la lluvia no cesa. De pronto advierto que la senda ha desaparecido. Estoy cansado. Me siento en el tronco de un árbol caído sobre la hierba. Y allí, en lo profundo del bosque, lloro por fin. Es más fácil llorar así: entre la lluvia. Llover. Llorar. Qué más dará. Es lo mismo.

Después, al regresar a la casa, he encontrado una abertura y he entrado. Me he quedado allí, como hago en tantos otros lugares, mirando la lluvia. Creo que llevo la lluvia incrustada dentro de mí. No sé si es la lluvia de Galicia, o la del País Vasco, pero sé que la llevo conmigo. A veces, en la ducha, elevo la cabeza, cierro los ojos, y entonces el agua taponar mis oídos, y después las gotas repiquetean sobre ellos de tal forma que creo sentir la lluvia cayendo

sobre los tejados. La lluvia del País Vasco a menudo es fina y cae a ráfagas, lluvia horizontal empujada por los vientos que vienen del mar. Pero la de aquí, la del interior de Galicia, es gruesa, contundente, vertical. Cae sobre los charcos como si golpease un tambor. Tam-tam. Tam-tam. No es una lluvia silenciosa. Es violenta y retumba dentro de uno. La del País Vasco te cala sin que te des cuenta; la de aquí te empapa como si el mar, tan lejano de este interior abandonado, cayera sobre ti. Eso es lo más cerca que mi madre pudo sentirse del mar antes de llegar a Bilbao. La lluvia que inunda los prados, que cala los pies, que convierte a los campesinos en náufragos.

Sin embargo, el paisaje es idílico. La lluvia le da misterio y encanto. Pero yo soy sólo un visitante. Dentro de unos días volveré a mi casa, a Barcelona, y este campo será sólo una postal en mi recuerdo. La vida aquí, hace cincuenta años, y ahora quizá también, era dura. Cosechas que se perdían, animales enfermos, hambre, frío, soledad y llanto. Por eso se marcharon, imagino que por el mismo camino por el que ahora yo emprendo la vuelta. Volvieron la mirada por última vez igual que yo lo hago. Seguramente una lejana mañana que ya nadie recuerda.

Se fueron y sólo volvieron algunos veranos. Nada más que eso. Dejaron de pertenecer a este lugar como yo también he dejado de pertenecer al sitio donde nací. No es nada malo. Tenemos que acostumbrarnos a pensar que nuestra casa es el mundo. Nuestra casa es un Starbucks. Es un lugar agradable. Cuando viajo, siempre busco un Starbucks para ponerme a escribir. Los he encontrado, por ejemplo, en Cusco, en la segunda planta de un edificio desde el que se puede ver el atardecer caer sobre la Plaza de Armas. Está lleno de capullos como yo, jóvenes con barba, gafas de pasta y un portátil escribiendo cosas que creen trascendentes; está lleno de chicos y chicas de países del primer mundo que actualizan sus blogs; de estudiantes de Erasmus que subrayan sus cuadernos mientras miran a los camareros y a las camareras, que les sonríen.

Suelo pedir un Frapuccino. Yo soy igual que ellos: pertenezco más a ese mundo que a la ciudad que abandoné hace ya diez años. Por eso, quiero que me recuerden en un Starbucks. En un sitio tan aséptico y absurdo como un Starbucks, porque es ahí adonde ahora pertenezco: al Starbucks, a las bocas del metro, a la FNAC, a la Razzmatazz, a las cafeterías de los aeropuertos, a una red social. A sitios que no me gustan, pero que han pasado a ser míos y, por esa razón, los quiero como mi madre amaba esta fría casa que se inunda de charcos, de niebla, de tristeza.

Pero eso ocurrió en otro tiempo. He venido hasta aquí en busca de un fantasma. Vuelvo defraudado. ¿Qué pretendía encontrar? Mi madre dejó este lugar y apenas volvimos algún verano. Quizá dos veranos de los que apenas tengo recuerdos. Vinimos antes de que mi abuelo muriera, y desde entonces mi padre me pregunta si tengo recuerdos de él. Yo le miento, y le digo que sí para que de esa forma descanse y crea que su hijo recuerda a su padre, que no es un extraño para él, que le quiso aunque fuera durante cinco minutos. Pero no, no tengo recuerdos. Apenas vinimos a Galicia porque estaba demasiado lejos. Mis padres compraron una casa en un pueblo del norte de Burgos, a apenas una hora y media de Bilbao. Un pueblo al que no les unía ninguna raíz. Un hermano de mi madre compró allí una casa. Debían de ser los años setenta. Mi padre le ayudó a restaurarla, hay fotos de los dos cargando baldes de cemento, y entonces fueron llegando a ese pueblo de Castilla el resto de mis tíos. También vinieron vecinos de Portugalete. Ocurría otra vez: unos arrastraban a los otros. Una década atrás, habían dejado Galicia, y los que se habían marchado arrastraban a los que quedaban, y los que habían sido vecinos en el pueblo se hacían vecinos del bloque de viviendas al que se habían mudado. De esa forma, los pueblos se trasladaron en bloque a la ciudad, formando aldeas verticales en forma de pisos. Ahora añoraban el campo y compraban casas en ruinas, garajes, y huertas para volver a sentir el palpito de la tierra.

Trasladaron a aquellas pequeñas huertas la sabiduría arcaica de los ciclos de la cosecha, de los esquejes, de las formas de riego. Recuperaron la relación con el sol y la luna, con las acequias, las azadas, las hoces, las plantas, los árboles. A mi madre siempre le gustaron los olivos. Quizá porque en su tierra no los había. Mi madre también quería huir y esa era su forma de hacerlo: plantando un árbol de un lugar remoto. Yo lo hago de otras maneras: viajando, escribiendo, olvidando. Recuerdo el día que plantó su olivo. Estaba emocionada. Era apenas un tallo de menos de medio metro. Lo vi crecer poco a poco mientras fui niño y adolescente. Volví hace poco tiempo a la casa del pueblo, y vi el olivo ya convertido en árbol. Mi madre regaba el olivo, y el árbol crecía, pero yo no contemplé ni una cosa ni la otra. Yo estaba no sé dónde. Me encontré el olivo ya crecido. Es así como el tiempo nos sorprende. Quisiera verlo crecer, quisiera regarlo junto a ella, pero ya no es posible. Todo nace, todo crece, todo muere.

Volví de Galicia sin haber encontrado nada. Sólo apellidos familiares en el cementerio. Nada más.

Mi madre había abandonado ese lugar para siempre, y era lógico que yo no encontrase nada allí de ella. Conduje entonces hacia aquel pueblo del norte de Burgos, ya que caí en la cuenta de que era allí donde mis recuerdos de ella eran más intensos. Recuerdo que cuando el hombre de la funeraria nos pidió una foto suya, le entregué una de ama sentada en la terraza de la casa pelando las alubias que había recogido. Bastaba ampliar su rostro con el zoom para insertarlo en la esquila. A todos les pareció una foto preciosa. Mi madre se sentaba en aquella terraza a pelar alubias, limpiar los tomates o cortar las calabazas, mientras los guisos se iban haciendo en la cocina. Mi madre no tenía prisa cocinando. Regaba el rosal que ahora está seco. Barría el suelo que

hoy está lleno de musgo y suciedad. Y se sentaba en las sillas de metal que veo oxidadas y rotas.

Así la recuerdo. Trabajando, o leyendo la prensa rosa y esperando a que bajasen sus amigas para ir a caminar junto al canal. Así la veo, y así, escribiendo, intento volver a hacerla hablar. No me bastan los objetos que aún quedan por casa, y que todavía puedo tocar, ni los viajes a su pueblo, ni tan siquiera la memoria. Necesito golpear el teclado, como un machete que libera su voz. Esa voz que ha desaparecido entre las paredes de la que fuera nuestra casa. Esa vivienda que se ha llenado de humedades, desconchados, polillas. Esa casa del norte de Burgos en la que dejé de pasar los veranos, y en la que a partir de entonces todo murió. Dejó de pertenecerme también la casa de Portugalete. Vi a los vecinos que me saludaban en el funeral como a un desconocido. Algunos le preguntaban a mi padre si yo era yo. Les dijo que sí, pero debería haberles respondido que no: que yo ya no era yo. Vi el rostro de los vecinos. Un rostro de afecto, pero también de reprobación por no haber vivido cerca de mis padres y haberme independizado de forma tan abrupta. Eso creo que vi. Es cierto, la mayor parte de madres del barrio tienen a sus hijos cerca, en cambio, yo me marché lejos. No soy ni mejor ni peor, sólo elegí hacerlo así.

El día del funeral caminé junto a mi padre hacia el altar de la iglesia. Me despisté un instante al saludar a un vecino, y entonces oí que le preguntaban a mi padre si yo había venido. Sé que no era una persona muy cercana, porque si no habría sabido que me preocupé todo lo que pude por la enfermedad de mi madre; que la llamaba varias veces al día; que lloraba todas las noches y bebía hasta que me quedaba dormido. Sé que no debería importarme, pero todavía resuena el eco de sus palabras en mi cabeza. Le preguntaron a mi padre si su hijo había venido al funeral de su madre. Eso fue lo que oí en el funeral de mi madre. Sólo reproduzco lo que ocurrió. Sucede, sin embargo,

que quien pronunció esas palabras no ha escrito este libro, ni ningún otro, y soy yo entonces quien deja constancia del relato oficial, es decir, aquel que se presume fiable y veraz. No obstante, no puedo afirmar que lo que aquí narro sea más fidedigno que lo que traslucen las palabras de aquella señora; de aquella impresentable bocazas cuyo rostro tengo clavado en la memoria.

Mis padres y yo somos seres normales y corrientes. Personas como otras muchas que no han pasado a ser personajes de una novela. Soy yo, cuando escribo este libro, quien da sentido a un cúmulo de incongruencias, arbitrariedades, o comportamientos mezquinos. En esta novela me refugio de la intemperie de lo real. Lo real es esa señora preguntándole a mi padre si he venido al funeral de mi madre. El lector, por un momento, debe olvidarse de esta novela, debe abandonarla por un instante, y debe dar a las palabras de esa señora la misma credibilidad que al narrador. Escuchad sus palabras. Haced el esfuerzo de olvidar la literatura, que todo lo contamina, y descubrid algo más allá. ¿Os martillean esas palabras igual que a mí? ¿Sentís la náusea, el asco, el dolor que yo siento cuando estoy escribiendo? ¿Podéis notar la mentira que es esta novela? ¿Y la verdad que al mismo tiempo es? ¿La podéis notar? Decidme. ¿Sirve de algo este grito?

## XI

Mi madre me nombró heredero universal. Hizo testamento en 1992: el año en el que la operaron de aquel tumor. Heredé la mitad de todo lo que compartía con mi padre: la casa de Portugalete, la de Burgos, los garajes, las fincas de Galicia, y una importante suma de dinero que había en la cuenta corriente.

He de explicar una cosa. Me consta que el saldo de la cuenta corriente se vio notablemente incrementado el último año de la vida de mi madre, ya que expropiaron una de las fincas de Galicia para construir una autopista y, en compensación, le pagaron un dinero importante. Era un pedazo de monte, grande, pero sin valor alguno; un trozo de tierra seca, estéril, llena de rocas y matojos, que había permanecido décadas abandonada, olvidada por todos, en medio de la nada hasta que decidieron construir aquella autopista. Fue un dinero caído del cielo: una lotería que apenas celebramos. Durante años, en parte a causa de la universidad privada a la que fui, en mi familia habíamos estado apurados económicamente, y de pronto a mis padres les cayó un dineral. Durante años mis padres anduvieron apurados, y aún así yo, que era un estúpido más en aquella estúpida España de la burbuja, les reproché no haberme mandado a California, o comprado un coche. Ahora podría comprarme diez coches, pero todo me da igual. Debería hacerlo como castigo por imbécil. Yo gestioné el cobro de esa cantidad, y cuando supe el importe, recuerdo que me senté en la silla de mi despacho, me recosté, reí y lloré. Era una burla que ese Dios de mi madre nos hacía. Ese Dios del Antiguo

Testamento que creíamos que nos iba a arrebatar el paraíso en cualquier momento, ahora nos lo otorgaba, así, sin pedirlo, a destiempo, como queriendo darnos una macabra lección de vida. Mis padres, que no habían viajado, que no habían cenado en buenos restaurantes, que se privaban de cualquier capricho para tener un colchón «por si acaso», ahora, en el ocaso de su vida, cuando la enfermedad derrotaba a mi madre, veían que todo su esfuerzo era en vano, que el dinero era eso: tierra de nadie. Me pareció un dinero sucio. Como el que gana la mafia, o un loco que apuesta su vida a la ruleta rusa. A mis padres, que toda la vida habían ahorrado, les cayó el dinero como el estiércol cae en un terreno baldío.

Heredé ese dinero, aunque no lo necesitaba. Gano un buen sueldo, no tengo responsabilidades familiares, y me puedo permitir prácticamente todos los caprichos que quiera. Me gasto el dinero en viajar y en libros. Muchos días, apático y triste, cuando vuelvo del trabajo entro en La Central y compro libros que no leo. Me parezco a esas celebridades que se compran ropa que nunca se ponen. Apenas gasto dinero en ropa. Entre semana llevo traje, y los fines de semana vaqueros, camisetas lisas del H&M, sudaderas grises y unas New Balance. Mi madre nunca me negó dinero para libros, así que yo sigo el mismo criterio para no tener remordimientos. Mi casa está llena de libros que no leo, porque no tengo tiempo, ya que trabajo mucho para así tener más dinero para comprarme más libros que luego nunca leo. Es absurdo. También podría parecer absurdo que escriba, pero eso para mí sí tiene sentido: sólo sé vivir así, es decir, sintiendo el impulso de escribir *esto*, y no todo lo demás. A veces confundo la vida que sucede y la vida escrita. Sigo siendo un niño que inventa sus propios recuerdos para que no sean tan dolorosos. Podría hacer otra cosa con mi vida, pero de momento no sé hacerlo de otra manera.

Se me olvidó decir que en la herencia de mi madre también está una duodécima parte de la casa de Maragote en San Sebastián. Ahora soy yo el



propietario de esa ínfima fracción de propiedad. El resto de los herederos no se ponen de acuerdo en qué hacer con ella, pero mi tío me ha dicho que es posible que la expropian; sin embargo, yo no me lo termino de creer. Otro golpe de suerte sería demasiado. El Dios de mi madre no lo consentiría. Debe de estar, en cambio, preparando algún tipo de golpe económico o de cualquier otro tipo. O quizá no. Quizá la muerte de mi madre nos haya dado un bonus en el casino de la felicidad. Jugaré a la lotería, conoceré a más chicas por Tinder, presentaré esta novela a algún editor elegante de Barcelona. Algo tengo que hacer para no acabar como el pobre Maragote, solo, triste y con un perro enterrado en el jardín.

No sé cómo hacerlo. Antes de que mi madre enfermase estaba aprendiendo, aunque muy poco a poco, a que no me diese miedo la felicidad. No soy como Laia. A ella no le daba miedo la felicidad. Esa clase de personas la tocan, la manipulan, la miran a los ojos. Los hijos de familias humildes la miramos de reojo, la esquivamos, no nos fiamos de ella. Es un animal salvaje que creemos que nos va a atacar de un momento a otro. Los ricos, en cambio, están tan seguros de su fortuna que no necesitan resguardarse en la magia. Las familias acomodadas no tienen temor al futuro. Sin embargo, no todo son ventajas. Ellos, los pudientes de la parte alta de Barcelona, o los alemanes, no son tan cariñosos como los pobres. Ambos, poderosos y humildes, tenemos una familia, pero la función de la misma es diferente. Para los ricos, la familia es un privilegio; para los pobres, un refugio. Por eso, los pobres somos más cariñosos que los ricos: porque el lazo familiar es la última garantía de nuestro bienestar. También se trata de sobrevivir, sí. También es darwinismo, sí. Si fuésemos escandinavos, por ejemplo, el aval lo encontraríamos en el Estado. Ese Estado protector que despliega subvenciones y todo tipo de ayudas en favor de sus ciudadanos tanto cuando son jóvenes como cuando se convierten en ancianos indefensos. No obstante, como vivimos en el

desdichado sur de Europa, es todavía la familia la que cumple esa función de defensa de los hijos. Imagino que más al sur, en África, aún se hará más patente esta forma de vida: la de la tribu. El atraso secular conlleva que el papel de protección del individuo ante la sociedad lo ejerza la familia. De ahí que tengamos madres y padres protectores que se desviven por sus hijos, y les colman de caricias, besos, y, a menudo, de irracionales comportamientos de auxilio desmedido. Eso suele sucederle a los pobres. En el caso de los ricos, sin embargo, es el patrimonio el que cumple la función de socorro de la prole. Por eso, no necesitan ser besucones. El dinero se tiene, está ahí aunque no se hable de él, y a los jóvenes, como esa chica de Pedralbes a la que conocí, se les educa en el dogma de su existencia y perdurabilidad. Luchan por conservarlo o, los más osados, por hacerlo crecer, porque el capital es la garantía de las generaciones venideras. A veces, el dinero se enfanga y no crece, y entonces ha de venir sangre nueva a la familia para multiplicarlo. Alguien venido de abajo, ajeno a la comodidad de la clase alta, que obre de nuevo el milagro de los panes y los peces. Así, con dinero, se afronta el futuro con seguridad. Así se mira a la felicidad de frente, cara a cara. Nosotros, en cambio, tenemos a nuestras madres. No tenemos al Estado, ni el dinero, pero tenemos a nuestras madres. Madres españolas, portuguesas, griegas, o italianas, que sostienen en sus espaldas el peso del país. Madres, como la mía, vestidas con delantal, removiendo una humeante cazuela, que evitan que caigamos en las profundas grietas del sistema.

No es que esté de acuerdo con que las cosas tengan que ser así; es injusto para ellas y para nosotros. Sólo me limito a describir la realidad tal y como la veo. Ojalá cambie. Ojalá seamos escandinavos en poco tiempo, aunque por el camino nos dejemos parte de la capacidad de sentir; aunque nos dejemos el corazón en ese trayecto. Sí, en unos años estoy convencido de que las cosas cambiarán. No sé quién sujetará el peso de nuestro universo, pero sé que las

madres ya no estarán. Las jóvenes han emprendido otro camino, y eso me hace feliz. Y las mayores se están convirtiendo en ancianas. ¿No lo veis? Esas mujeres, afortunadamente, y aunque las amemos, son una especie en peligro de extinción, y del Estado no se puede esperar mucho. Creo que somos los hombres los que tenemos que dar un paso hacia delante. Son muchos siglos esquivando una responsabilidad histórica. O lo hacemos, o todo se irá a la mierda, porque finlandeses no somos. Tenemos que amar más, besar más, ser más como ellas. Tenemos que empezar a cargar sobre nuestros hombros el peso que nuestras madres llevan soportando desde siempre.

Ama soportaba todo el peso, y ahora, sin embargo, soy yo quien noto sobre mis hombros la gravedad; la carga de todo cuanto antes era leve.

He vuelto a mi casa y todo está tal y como lo dejé. Nadie toca nada, porque no tengo hijos, ni pareja. Tengo unos pocos amigos, y un padre a seiscientos y pico kilómetros, pero eso no cuenta. Quiero decir, que no he construido una familia propia, algo que hubiera hecho feliz a mi madre. Ella sacrificó gran parte de su felicidad por mí, pero esperaba algo a cambio que no le di. No le di una vida de repuesto, es decir, aquella que los hijos otorgan a sus padres cuando la de estos se avería. Cuando la de mi madre se averió, yo no le ofrecí nada. No fui tampoco capaz de comprender qué pasaba por su cabeza. Yo, que tan parecido soy a ella, no fui capaz de comprenderla. Cuando recuerdo esos días de oscuridad se proyectan sobre mí como una maldición. Su tristeza heredada que viene a mí en forma de soledad no querida, y que seguramente con el paso de los años se propagará dentro de mí como una enfermedad que reconoceré. Mi madre tuvo al menos a mi padre, que resistió como una roca, pero no me tuvo a mí de la forma que hubiese querido. Desde luego, no le ofrecí una felicidad familiar que quizá la hubiese sacado de ese lugar en el que

se encontraba. Una vida parecida a la suya, con nietos, una nuera cariñosa, paellas los domingos, y veraneos en la playa. A cambio, a mi madre le di soledad. Orgullo, quizá, porque ella estaba orgullosa de tener un hijo abogado, y toda esa historia, pero eso es poca cosa. El orgullo, al fin y al cabo, no es suficiente, es endeble, mezquino, tóxico, y se pudre fácilmente. Apenas le di nada, pues ser su hijo ya me venía otorgado, y no puedo atribuirme mérito en tal hecho biológico. La realidad es que cultivé mi vida y no la suya. Me amé, amé mi vida, y, como es sabido, el amor ni es infinito, ni se divide fácilmente. Por eso, ella se quedó con un trozo muy pequeño. Se quedó, en sus solitarias tardes frente al televisor, únicamente con la certeza, con el dogma, de que era amada por su hijo. Pocas cosas confirmaban su fe en mí. La veía, si acaso, un fin de semana cada uno o dos meses, aunque la llamaba por teléfono varias veces al día. Pero fue poca cosa lo que le di. Le faltó amor. Siendo honestos, puede que de algún modo imperceptible elegí que sucediese así. Tenemos que ser responsables y soportar las consecuencias de nuestros actos. Somos buenos chicos, pero adultos ya. Nos hemos hecho demasiado mayores como para echar las culpas a los demás. Quise irme de casa, del barrio, de la ciudad, y empequeñecer así esa relación íntima que tenía con mi madre. Quise fundirme con otra ciudad más grande, deseé el anonimato, perderme en sus noches, sus bares, sus cines. Quise ser otro. Me prometí que sería temporal, que en algún momento volvería a tener a mis padres cerca, pero nunca cumplí mi promesa. Consciente o inconscientemente demoré la decisión e incumplí lo que creo que, en el caso de un hijo único, era un deber. Elegí el amor propio, y no el amor a mi madre. Y es ahí, en ese comportamiento tan aparentemente ruin, donde, al mismo tiempo, está encerrada la esencia misma del amor. Me costó entenderlo, pero es así. Porque el amor sin libertad está contaminado. No es amor, es posesión, es el abrazo de una serpiente que te ahoga. Mi madre lo sabía. Mi madre había perseguido durante décadas de matrimonio el

objetivo de tener un hijo. Tuvo varios abortos, puso en peligro su vida, pero finalmente tuvo ese hijo. Un único hijo muy esperado. Es difícil encontrar una madre que lo hubiera deseado tanto. Así, se daban los ingredientes clásicos que definen a una madre posesiva y ultraprotectora. Y mi madre lo era o, más bien, quería serlo, porque durante años luchó contra esa naturaleza, ya que algo le decía que eso no estaba bien. Ponía a raya a su instinto muy a menudo. Se domesticó. Domó su temperamento. Guardó silencio cuando lo única respuesta que encontraba era el instinto protector mismo. Fue generosa. Lo fue incluso llegado aquel momento en el que la enfermedad empezó a consumirla. Se moría pero no quiso necesitarme. Me insistía en que me fuese a mi casa. Lo hacía aún a sabiendas de que eso conllevaba más dolor. Llevó hasta las últimas consecuencias una doctrina que ella misma se dio. Creo que esa es la forma auténtica y salvaje del amor: no sólo dar sin esperar nada a cambio, sino dar sabiendo que la consecuencia es el dolor. Ella supo que me necesitaba y, aun así, no me necesitó. Me quiso, me amó, me dio libertad. Jamás contradujo esa regla. No fue como esas madres aparentemente excepcionales que crían a sus hijos entre algodones, pero que lo hacen, aun en el fondo de su subconsciente, con la secreta y egoísta intención de tenerlos, del modo que sea, para ellas. Ama, aunque hubiese deseado ser así, aunque toda su educación y su historia personal la hacían ser así, renunció a todo eso a cambio de nada. A cambio, si acaso, de algo tan etéreo y ajeno a los principios morales en los que fue educada como son mi libertad e independencia. Renunció a todo ello de forma consciente, lo sabía, conocía que tras esa decisión le esperaba la soledad, la depresión y el dolor. Permaneció imperturbable mientras su mundo se derrumbaba. Fue una lucha en la que finalmente venció. Fue la obra de arte de su vida. Algo que nunca nadie podrá arrebatarse.

Mi madre era inteligente. Sólo los inteligentes pueden amar de verdad. Sólo los inteligentes pueden ser buenas personas de verdad. A menudo se confunde a los tontos con buenas personas. Como están ahí, sin hacer nada malo, se cree que son buena gente. Pero no pueden serlo. Si el estúpido tiene restringida la capacidad de decidir, si tiene mermada la toma de conciencia, no puede, en consecuencia, concluirse que el presunto acto «bueno» que lleve a cabo venga dado por una reflexión cabal, pues es incapaz de desarrollarla. Y, del mismo modo, al idiota ha de perdonársele el acto malo, pues tampoco ha desarrollado un razonamiento que concluya en tal vileza. Para lo bueno, y para lo malo, los actos del tonto han de ser rebajados y valorados en su justa medida, al igual, sirva la comparación, que ha de hacerse con los actos de un chimpancé o de una paloma. Con el inteligente, por el contrario, hay que ser severo en el juicio que sobre él recaiga.

Y así, el juicio que yo hago sobre mi madre es netamente positivo, porque ella conocía las consecuencias de sus actos. Era inteligente, ama. En el tanatorio una prima se me acercó y me explicó que antes de morir su madre le dijo que si tenía dudas, o necesitaba un consejo en su vida, hablase con mi madre. Todo el mundo la tenía por una persona inteligente. Pudo haberme tenido junto a ella y no quiso. Alguna vez se lo comentó en tono de reproche alguna vecina, ella guardó silencio, y después me lo contó por teléfono. Mi madre no se escondía, era directa e hiriente en determinados momentos. Creo recordar que usó la palabra mequetrefe para referirse al hijo de aquella vecina y para decirme que no quería que yo fuese como él. Siguió desahogándose, porque tomó aquellas palabras como un ataque personal a ella, y después me dijo que aquel chico tenía pinta de drogadicto, y que, viendo cómo la madre pensaba, seguro que era de las que le compraba la droga cuando tenía el mono. Era 2012, o algo así, pero mi madre creía que estábamos en 1985. Siempre

aludía a pincharse, porque para ella cualquier droga significa pincharse. Mi madre decía que no me drogase, porque ella no era de las que después me irían a comprar la droga, y yo, fascinando con el argumento, la miraba, y me reía. En mi pueblo pegó muy fuerte la heroína, y eso obsesionó a mi madre durante muchos años. Un día que la acompañé al hospital, un hombre de aspecto descuidado nos preguntó dónde estaba el MacDonals, y mi madre, que ya había perdido algo de oído, agarró fuerte el bolso porque entendió que preguntaba por el sitio donde se inyectaban la metadona. Nos pasaron pocas cosas divertidas esos últimos años y, por eso, aunque no venga a cuento, quería dejarlo aquí escrito. Recuerdo que aquella mañana nos reímos mucho de vuelta a casa.

## XII

Por todas partes ladraban los perros, pero yo no los oía.

En el cuento de Rulfo, un padre, de noche y a la luz de la luna llena, lleva sobre sus hombros a su hijo, recientemente herido, en busca de un pueblo en el que sabe que hay un médico. Imposibilitado de ver u oír, porque le aprisionan las piernas y los brazos del hijo, el padre le pide señales que su hijo no le da. El narrador nos muestra, a través de los reproches del padre, que es un mal hijo; un joven despreocupado, egoísta, ingrato, con malos hábitos y malas compañías. Finalmente, el padre parece advertir que están llegando al pueblo, pero el hijo, probablemente muerto, ya no contesta. El padre, al confirmar que están entrando al pueblo que buscaban, y al oír a los perros ladrar, le dice a su hijo: «y tú no los oías, Ignacio, no me ayudaste ni siquiera con esta esperanza».

Juro que no los oía. A veces el ruido es tan insoportable que no te deja oír los perros. Mi madre cargó conmigo durante años, y siguió haciéndolo incluso cuando yo ya no necesitaba su ayuda. Cargaba con un fantasma. Yo rechazaba esa ayuda, pero eso, lejos de liberarla de una carga, la hacía sentir inútil. Es que no sé qué hacer, me decía, y yo le contestaba que nada, que disfrutar, que pensar en sí misma. Como si fuese tan fácil, pienso ahora, como si aquellas mujeres nacidas en la posguerra, en los más pobres rincones de este país, como si esas madres pisoteadas y utilizadas por todos pudiesen de súbito convertirse en alegres hedonistas. No lo entendí. No supe entenderlo. Y lo que



es peor, no puse el empeño necesario para revertir la situación. Intuyo que incluso miré hacia otro lado. No basta con decir las cosas. No basta con escribirlas. Debí haber actuado de otra forma; haber salido con ella a la calle, de viaje, a un restaurante; haberle enseñado los clubes de fado de Lisboa, (¡cuánto le hubiesen gustado!), y Sevilla, y Granada, y la playa de Famara, y cómo amanece en el malecón de Cádiz, y atardece en el Cap de Creus. Todos esos sitios que estaban tan cerca y que ella no vio. La hubiese llevado. Juro que la habría llevado, aunque no quise salir con ella a la calle aquella tarde de julio del último verano antes de morir. Le dije que estaba cansado, pero lo cierto es que estaba ocupado en mis cosas. No habríamos ido a todos esos sitios, pero al menos hubiésemos saludado a los vecinos. Debí haber vencido esa vergüenza que me produce andar saludando a uno y a otro. Sólo era eso, ama, te lo prometo, tú sabes que soy vergonzoso y tímido desde siempre. Pero, aun así, debí salir contigo aquella tarde de julio, y no fantasear tanto con visitar lugares lejanos. Siempre fantaseando. Es una forma de huir, de no enfrentarse a lo posible, de no encarar la realidad más inmediata. Es, en definitiva, una forma de cobardía, porque yo siempre he sido un cobarde. Siempre soñando cosas imposibles para huir del dolor, pero también de la felicidad. Sin embargo, eso sí estaba al alcance de mi mano, y no te lo di. Pero no oía ladrar los perros, ama. Juro que no los oía.

Yo no oía ladrar los perros porque había mucho ruido a mi alrededor. Luces, música, el tacto de una piel. Si los hubiese oído, te lo hubiese dicho, ama, porque en el cuento de Rulfo eras tú la que tenía que salvarse y no yo; porque era a ti a quien la vida iba a herir de muerte y no a mí. Si hubiera oído los perros, si hubiese sabido que todo se estaba empezando a acabar, que nada es infinito, que el tiempo se nos escapaba, te hubiera detenido. Te hubiera dicho que no era necesario, que no estaba herido, que no tenías que preocuparte más por mí, y que era yo el que, si acaso, tenía que preocuparse

por ti. Te habría dicho, si hubiese oído ladrar los perros, ama, que teníamos que pasar más tiempo juntos, que no te preocupases tanto por el dinero, que teníamos suficiente, y si no daba igual, porque el mundo se iba a acabar con la crisis de las hipotecas subprime. No sé qué me hubiera inventado. Si los hubiese oído ladrar, ama, todo habría sido diferente.

Pero lo cierto es que nada oí, y sólo me queda escribir. Ahora oigo ladrar los perros y decido ir terminando este libro. Podría haber descansado, cogido aliento, podría haber dejado en el suelo esta pesada carga por unos instantes, pero creo que no hubiese podido levantarla de nuevo. Podría incluso haberme puesto las grabaciones que te hice con el iPhone, y que así tu voz estuviera más presente, pero no he podido. He sido un cobarde de nuevo. Hubiese sido una novela mejor, pero nunca hubiera podido acabarla. Por eso, he decidido escribir sin oírte, sólo recordándote; escribir sin que me importara el cansancio que siento a medianoche, o mientras espero en la puerta de embarque. Escribir casi de un tirón estas páginas, porque no lo podría hacer de otra forma. Como en el cuento de Rulfo, escribí con todo el peso de la carga, y sin querer oír ladrar los perros. Lo he hecho de nuevo, pero esta vez no me ha importado. Esta vez tenía que ser así. Esta vez, al menos, puedo ofrecerte algo. Que la vida, tan inútil e incomprensible, cobre el sentido que los párrafos le van dando. De nada más soy capaz. Sólo de inventar, escapar, huir como los barcos desaparecen en el horizonte.

A veces, incluso, me comparo con ella. Aun no estando ya aquí, ejerce algún tipo de influencia en mí en cuanto a la necesidad de ser generoso y, digámoslo de la forma más sencilla, de ser buena persona. Y así, en ocasiones, logro sobreponerme a mis más mezquinas inclinaciones. Creo que es, en parte, acudiendo al recuerdo de mi madre la manera en la que consigo vencer esas

bajezas que todos tenemos. Es así como logro a menudo dejar escondida una y otra vez mi maldad. Cada vez que se asoma mi vileza, siento que mi madre fuera a levantarse del lugar en el que esté y, sin decir ni una palabra, me mirase con ojos de reprobación. Porque era eso, precisamente, lo que mi madre hacía. No era exigente en los estudios, ni me pedía que lograra el éxito o el reconocimiento social, pero era rigurosa con los sentimientos. Repetía una y otra vez que yo era buena persona, como si de ese modo, a través de la repetición de un mantra, quisiera convencerme de que lo era, y de que, por esa razón, no podía traicionar mi buena naturaleza. Ahora sé que mentía; que tan sólo era una estrategia. No soy buena persona. Soy tan buena persona, o tan mala, como podemos serlo todos. No creo que los seres humanos, en esencia, seamos tan diferentes unos de otros. Soy buena persona en la medida en la que soy capaz de reprimir mi mezquindad. Y era esto, precisamente, lo que mi madre sabía: que no hay buenos ni malos, sino personas entrenadas, o no, en la ética de domar sus abyectos instintos. Por eso usaba siempre la misma estrategia, tanto con los niños que hacían alguna travesura como conmigo. Lo hacía incluso cuando yo ya era adulto. Consistía en no decirte nunca que eras malo, porque, según ella, al final te lo acababas creyendo, y terminabas por acomodarte a ese rol. Al contrario, te decía que no podías hacer tal o cual cosa porque eras bueno. Ponía así la responsabilidad sobre ti. Te hacía deudor de la obligación de no defraudar esa bondad que ella te adjudicaba. Mi madre sabía que era mentira, pero le funcionaba. Todavía le funciona, porque aún hoy, cuando tengo algún conflicto moral, siento el miedo de defraudarla o, más bien, de defraudar a aquel yo que convivía con ella y que estaba entrenado en dejar de lado la ruindad de los pensamientos que nos acechan. Me cuesta mucho lograrlo. Cada vez me cuesta más. El mundo me ha contaminado tanto que esa fuerza que describo se hace cada día más débil. Ya he dicho que los caminos de mi madre y los míos se bifurcaron, y aunque ese hecho me hizo

más independiente, libre, y hábil ante el mundo, no estoy seguro de que me hiciera mejor persona. Si nuestros instintos más bajos quedan enterrados por ese amor y esa influencia que alguien, normalmente nuestros padres, ejercen sobre nosotros, habrá que convenir que la pérdida de esa influencia, unida a la nula influencia de otras personas (ya he dicho que estoy solo: como mucho tengo unos cuantos matches de Tinder y un puñado de amigos) pueden acabar haciendo brotar la insensibilidad. Creo que es lo que me sucedió a mí. Me centré en mi vida, en mi carrera profesional, y me aislé de esa voz que me insistía en que era buena persona. A fuerza de no oírla, creo que acabé sintiendo que no lo era. Mi trabajo no ayudó. Me rodeaba de gente pragmática dispuesta a lo que fuera por salvar su empresa, su patrimonio, o su reputación. Me pisotearon y yo afilé las garras. Cuando era pasante, la dueña del despacho en el que hacía las prácticas me pidió que llevara a la oficina de su marido, en la que tenían nevera, un pulpo congelado que acababa de comprar. Me sentí tan mal en aquel despacho lujoso del centro de Bilbao, con mi camisa de Zara y mis pintas de chico de barrio, que a partir de aquel episodio me creí en la necesidad de sobrevivir. Después pasé a ganarme bien la vida, y consideré que ese mérito bastaba. Como en mi casa nunca sobró el dinero, ni nunca hubo reconocimiento social, o una carrera profesional exitosa, me centré en subsanar aquellas carencias, y todo el mundo lo vio como algo coherente. La contrapartida, sin embargo, fue la pérdida del amor. Me convertí en alguien diferente. Algo se averió dentro de mí. Toda la gente que me conoce dirá que me convertí en alguien mejor, pero se refieren únicamente a aquello que se puede apreciar con más facilidad. Yo sé que me convertí en una persona que había perdido, en gran medida, la capacidad de domar las malas inclinaciones humanas. Una persona más insensible, más pragmática, más realista, más hipócrita, más cínica. Y todo eso contribuyó a la muerte de mi madre. Lo digo desde el más absoluto desconocimiento médico, pero con una certeza subjetiva

e íntima. Creo que mi madre conocía su enfermedad antes que nadie. De verdad lo creo. La encontré llorando en su cama una tarde en la que yo había vuelto a casa, y no me quiso decir nada. Absorto en mis quehaceres diarios, olvidé ese suceso, pero ahora, volviendo sobre él, caigo en la cuenta de que mi madre tardó mucho tiempo en ir al médico. Vivió esos días de angustia y duda en soledad. Si yo hubiese tenido la generosidad de preocuparme más por ella, de hacerle preguntas, de darle más amor, no digo que hubiese salido de ese laberinto oscuro en el que se encontraba, pero creo estar seguro de que habría vencido sus miedos y acudido antes al hospital. Esa falta de reacción me la insinuó un doctor cuando ambos nos quedamos a solas en una cita a la que acompañé a mi madre. No quise saber más. No volví a hacer preguntas. Cerré aquel capítulo de forma definitiva, y sólo lo abro ahora, por un breve instante, en esta novela. El diagnóstico estaba claro, y eso era todo lo que necesitaba saber de aquel médico. El resto era un sufrimiento innecesario que evité. Sé que me estoy sumergiendo en hipótesis, en el pensamiento mágico, ante algo, la muerte, que no puedo explicar. Sé que es un razonamiento nada científico el que hago, yo que siempre trato de analizar objetivamente las cosas, pero no me perdono no haber sido capaz de quererla más en aquellos meses de tristeza y desesperación. Escribo esto mientras repaso fotos tomadas en la casa donde pasábamos los veranos. Veo el monte, la huerta que ella cultivaba, mi bicicleta apoyada en la pared, sus plantas y la ventana de la cocina desde la que mi madre saludaba. Si, cuando mi madre enfermó, yo hubiese sido el mismo que aquel que pasaba los veranos en esa casa, ella quizá no hubiese muerto.

Y es ahora, repasando esas fotos de madrugada, viendo la misma luna que veía el padre del cuento de Rulfo, cuando oigo a todos los perros de mi barrio

ladrando. Ladran porque están asustados por los petardos de San Juan. ¿Ya estamos en San Juan? Ha pasado casi un año, y no me he enterado. Como a los perros, a mí no me gusta la noche de San Juan. Ya he dicho antes que no me gustan los días en que todo el mundo es feliz, porque me hacen recordar que yo no lo soy. Vivo en el número 266 de la calle Muntaner. Un piso burgués, con portero y ascensor: mi madre nunca llegó a tener ascensor en su casa. Está todo en su sitio. El cuadro de Robert Mitchum en *La noche del cazador*, el de Tintín, el de Corto Maltés, el de unos bandidos sardos que compré en un mercadillo de Cagliari, los posavasos que colecciono de mis bares preferidos, mis libros, las guitarras, el bajo, el ukelele, una vieja máquina de escribir, el busto de Fernando Pessoa, una figurita del capitán Haddock, otra de un toro de dos cabezas que compré junto al lago Titicaca, una tarjeta de una librería de Ciudad de México, unos cubiertos que nos hizo con bambú nuestro guía en la selva de Tailandia, una foto de mi padre. Todas esas cosas que de nada sirven si no se comparten. Estoy solo. He de confesar que lo estoy. Podría llamar a mis amigos pero la mayoría están muy lejos. Podría subir a ver al tigre, pero Laia no subiría conmigo. Podría llamar a mi madre, pero ya no está aquí. Estoy tan solo como aquella chica coreana que conocí en Nueva York y que hablaba con el robot que tenía en su apartamento de Central Park. Nunca he follado en un apartamento tan caro. Su robot, que se llamaba Tim, le hacía de todo: le apagaba o encendía las luces, le calentaba la comida o le ponía música. Tuve la ocurrencia de escuchar a Julio Iglesias y le pedí al robot una canción suya. El robot le hacía de todo menos follársela. O al menos yo no vi que lo hiciera. A mí poco me falta para acabar hablando con Siri. Una versión cutre de aquella película, *Her*, que protagonizaba Joaquim Phoenix. Así terminaré. Tal vez debiera buscar una mujer. Un compañero de equipo me dijo que con el paso del tiempo ya me acostumbraría a que me gustasen las feas, porque es imposible estar solo. Me parece una gilipollez, que evidencia además una

visión lamentable de uno mismo que yo nunca he tenido. Quizá por eso esté solo. Me gustan las chicas guapas. Me gustaba aquella novia danesa que tuvo el entonces príncipe Felipe, la actriz protagonista de Los Serrano, Elsa Pataky y Úrsula Corberó. Soy un cutre de manual. Me gusta el dinero también, pero de la forma en la que les gusta a los pobres. Si fuese jugador de la NBA tendría un descapotable rojo. Me tragué la idea del éxito durante un tiempo. La idea del trabajo, del esfuerzo, todo eso. ¿Quién se la cree? Los que venden legumbres en los mercados de Arequipa trabajan quince horas al día y no tienen un descapotable. Todo es marketing. El dinero está en la marca. Me fue razonablemente bien en la vida, y yo mismo fui el ejemplo que usaban algunos amigos ricos cuando yo contradecía el sueño americano: pues mírate a ti mismo, decían, como si en esa frase se resumiese todo. Me miro a mí mismo y no veo nada. Si acaso la excepción que perpetúa la injusticia, a un egoísta, a un esnob que ha defraudado a todos, y está en su casa escuchando los sonidos de la madrugada. He abierto la ventana para oír mejor a los perros, pero ya no ladran. Todos duermen excepto yo. ¿He dicho que tengo insomnio? Ojalá tuviera una Play Station a mano. He pasado más horas jugando al Fifa que estudiando la carrera. Ojalá pudiera volver al local de ensayo para jugar al Fifa con mis colegas. Nos metíamos en el pogo de un concierto de punk, y otras veces nos emborrachábamos escuchando música electrónica en alguna discoteca. He estado en la selva amazónica, y creo que los chamanes no son tan distintos de los DJ, o de los guitarristas de rock. He estado en bastantes sitios desde que en segundo de bachillerato fui a Italia de viaje de fin de curso. Fuimos en autobús. El autobús olía fatal: a sudor de adolescentes. ¿Cuántas horas tardaríamos? En Google Maps dice que dieciséis horas y media. Pero eso es sin hacer paradas. Además, hace ya trece años de aquello, y alguna carretera habrá mejorado. Recuerdo que el autobús se averió nada más salir del colegio. Fue como si algún dios no quisiera que saliésemos de

aquel pueblo de la Ría, y nos protegiese de lo desconocido. Por aquel entonces apenas había viajado a ningún lugar: sólo a Burgos, a Santander, o a sitios así. Mi madre viajó a Lourdes y trajo agua bendita y estampitas de la Virgen. Ella siempre me metía en el equipaje rosarios, castañas y estampitas cuando me iba de viaje. Ahora, sin embargo, mis maletas están vacías de amuletos. Ya no encuentro nada dentro de ellas, aunque sigo buscando. Mi madre le llevaba también estampitas a mi abuela cuando la ingresaron en la residencia. Yo me aburría en aquel lugar rodeado de viejos. Muchos estaban locos. Olía a orín, a cerrado, a papilla y galletas. Mi madre, por suerte, nunca estará en un lugar así. Creo que es lo único bueno que tiene morir antes de tiempo. Si hubiera muerto en una residencia como aquella, yo no escribiría este libro. Su recuerdo estaría difuminado por años de tedio, paciencia y quizá una demencia senil como la de mi abuela. El recuerdo de mi madre, sin embargo, permanece nítido, impoluto, como los fotogramas de una película que se estrena. Mi madre no murió mayor, pero tampoco murió joven. Es cierto, podría haber viajado muchos años con el Imsero, pero no lo hizo porque no quiso, y después porque no pudo. A mi madre, como a mí, no le gustaba demasiado la compañía. Los viejos bailando y las viejas en bañador le parecían ridículos. Quizá era su mecanismo de autodefensa. Yo le decía que estaba guapísima, porque así lo creía, y ella me decía que se miraba al espejo y se decía: esa no soy yo. Las mujeres tienen que hacer muchas cosas y además tienen que estar guapas. Es una crueldad. Es una esclavitud de la que mi madre nunca se liberó. Hacía un montón de dietas y ninguna le funcionaba, se desesperaba, dejaba de hacerlas y se ponía las botas en casa. Lo hacía a solas, o con mi padre y conmigo, porque cuando había alguien de fuera no comía nada. A ver si crees que vamos a pensar que estás gorda del aire, le decían, y ella contestaba que era la tiroides, que retenía líquidos, o cosas por el estilo. Por eso dejaron de interesarle la ropa y las tiendas. Se quedaba en casa, y ella



decía que era feliz. Todo el mundo pensaba que era mentira, que no podía ser realmente feliz en casa, pero yo sé que sí lo era porque soy igual que ella: me gusta estar en casa. Me gusta leer, ver una película, escribir, ordenar recuerdos y pensamientos. Desde luego que se puede ser dichoso sólo con eso. Yo la entendía y eso la hacía feliz. Ella además cocinaba. No he conocido cocinera mejor. Siempre decía que si le tocara la lotería se compraría un restaurante. Le gustaba la cocina vasca. Le gustaba el País Vasco en general. Cuando iba a Galicia, o a Burgos, lo defendía con todas sus fuerzas si alguien decía algo malo de los vascos. Se indignaba con ETA, pero tenía humanidad con los presos. Últimamente decía: «Bueno, ya está bien, podrían ir soltándoles, que ya no van a hacer nada». A un conocido siempre le preguntaba por su hijo, que llevaba como veinte años en la cárcel. Era humana con todos. No era vengativa. No tenía miedo de hablar del problema vasco en la calle. Era, como yo, del Athletic de Bilbao. Colgaba una bandera en la ventana cada vez que había un partido importante. Le gustaba Julen Guerrero, porque había estudiado en mi colegio. Recuerdo cuando subíamos a las clases de los de COU y saltábamos para intentar verle a través de los cristales. Conocí a Julen Guerrero, y me pareció un gran tipo. Echo de menos verle jugar: llegaba desde la segunda línea como nadie lo ha vuelto a hacer en San Mamés. Varias veces fuimos a ver al Athletic entrenar, y mi madre corría de un lado a otro del aparcamiento para conseguir autógrafos de todos los jugadores. Estaba entusiasmada, ella que no había tenido infancia, y así se sentía de nuevo una niña. En ocasiones, muy de vez en cuando, se entusiasmaba con algo y te miraba como queriendo decir: «Joder, qué feliz soy». Pero eso dejó de ocurrir. Como a mí, le costaba mucho romper ese muro de tristeza. Aunque, en ocasiones, lo conseguía. Le gustaba el ciclismo, y cuando iba a ver una carrera siempre llevaba una ikurriña, y una bandera de España. Hay una foto de ella sonriente, en la cima de algún puerto, esperando a los ciclistas y con una

bandera en cada mano. Le gustaba España, se sentía española, pero no le gustaba el PP, ni Albert Rivera. Ese es un fresco, decía. Ella votaba al PSOE. ¿A quién vas a votar si no?, concluía siempre. Me contó que en las primeras elecciones le preguntó a la señora de la casa en la que trabajaba a quién había que votar, y esta, sospechando no sé qué de mi madre, le respondió: «No sé, usted sabrá, si quiere que acabemos como en Cuba...». Y me contó que por miedo dijo que había votado a Fraga, porque como era gallega seguro que se lo creería. Votaba a Felipe, pero no leía *El País*, porque tenía mucha letra. Leía *El Correo*, y la *Pronto*. Cuando trabajaba en aquellas casas de la Margen Derecha traía a la nuestra periódicos atrasados. Los sábados también traía todo tipo de cachivaches inútiles que la señora de la casa desechaba, y que mi madre, agradecida, se llevaba a casa antes de que acabaran en la basura. Mis tíos también aprovecharon todo aquello que los ricos desechaban. Yo todavía conservo muchos de esos trastos que mi madre traía los sábados. Cargaba con ellos por las cuevas del pueblo, y después los esparcía en la mesa de la cocina para que yo, que los esperaba ansioso, les echase un vistazo. Entonces me ponía a leer las páginas de deportes de esos periódicos, o algún cómic de Tintín, y le pedía a mi madre que me diese el cruasán de jamón y queso que sabía que había escondido. Y me lo daba porque siempre compraba dos. Yo me lo comía junto a ella, manoseando los chismes que había traído, mientras mi madre cocinaba, o limpiaba los cristales, o fregaba las cazuelas salpicadas del tomate y el aceite que echaba al marmitako que siempre hacía los sábados. Daba vueltas a la olla, me preguntaba por las cosas que yo iba leyendo, y de pronto se daba cuenta de que el ruido de la lavadora podría molestarme y rápidamente la apagaba. Y mientras la comida se hacía, se asomaba al patio de luces, recogía la ropa y hablaba con la vecina. Y dejaba la ropa en una silla, y la iba planchando con esmero mientras yo le preguntaba cosas. Y a veces silbaba, y otras veces cantaba, y de vez en cuando hablaba sola como

queriendo recordar así las tareas que tenía que hacer. Y yo la quería, y ella me quería a mí, y eso era suficiente. No había entonces más sitios que aquella casa, y aquella calle, pero nada echaba de menos, porque, sencillamente, nada existía más allá de aquel lugar. Después todo se complicó demasiado. Pero de nada sirve pensar en ello. Nada de eso existe ya. Existe aquí, en este libro, y existe dentro de mí, y todo eso es suficiente como suficientes para nosotros eran aquella casa y aquella calle que, no sé en qué momento, dejaron de ser mías.

Al final no encontré aquel horno que iluminaba las noches con sus mil chimeneas. Leí que en Duisburgo, en Alemania, han convertido los antiguos altos hornos en un parque temático, y que por las noches un sistema eléctrico los alumbraba simulando las luces que tenían entonces. No sé, quizá me haya quedado a medio camino y tenga que llegar más al norte para volver a ver esas luces de nuevo. Pero ahora estoy cansado. Me tumbo en la cama y cierro los ojos. Creo que al fin podré dormir.

***Ama.* Madre en euskera, o quizá la tercera persona del presente del verbo amar. Pero también las memorias de un joven abogado que descubre que la literatura ni siquiera puede embellecer las miserias de la vida —la precariedad, el desamor, o el duelo—.**

Cubierta

«Nuestros padres nos mandaban a un colegio concertado, y después a una universidad privada sin saber muy bien por qué. Nos ponían en manos de brujos que conocían los secretos del éxito. Un máster: la palabra mágica de los chamanes. De esta forma, confiando en una alquimia que no conocían, ahorran durante sus vidas, desgastaban sus rodillas, sus nudillos, sus zapatos, y nos martilleaban siempre con la misma frase: que no íbamos a heredar nada salvo los estudios que nos pagaban.»

El título de este libro alude a la voz euskera que significa «madre», y también a la tercera persona del presente del verbo amar, y es justamente en esa intersección donde José Ignacio Carnero despliega una narración elegante y llena de belleza alrededor de la enfermedad de un ser querido, de las expectativas cumplidas e incumplidas de toda una generación, y de la memoria familiar.

O como alerta esta obra a su inicio: «No es que todas las familias felices se parezcan las unas a las otras, sino que, como han estado tan ocupadas siendo felices, no han encontrado el momento de ponerse a escribir sobre sí mismas. Es el olvido, y no la felicidad, el que hace a esas familias iguales».

---

**José Ignacio Carnero** (Portugalete, Vizcaya, 1986) es licenciado en Derecho Económico por la Universidad de Deusto y actualmente ejerce como abogado en Barcelona. Ha publicado una crónica de viajes titulada *La luz de Lisboa* (Cuadernos Livingstone, 2016). *ama* es su primera novela.

---



@jicarnero

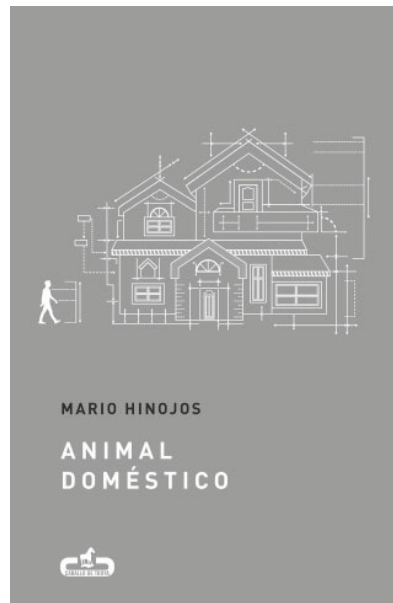
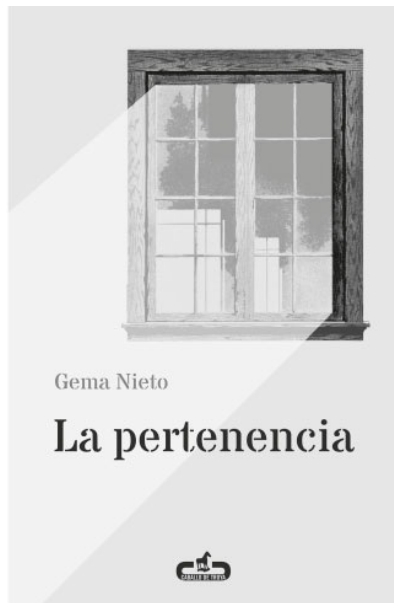


jicarnero1



facebook.com/joseignacio.CS

**Si te ha gustado *Ama*, te recomendamos:**





Para entrar o salir de la ciudad sitiada

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Filtraciones. *Marta Caparrós*

La pertenencia. *Gema Nieto*

Los primeros días de Pompeya. *María Folguera*

El estado natural de las cosas. *Alejandro Morellón*

La fórmula Miralbes. *Braulio Ortiz Poole*

Algunas ideas buenísimas que el mundo se va a perder. *Alberto Olmos*

La acústica de los iglús. *Almudena Sánchez*

Felipón. *David Muñoz Mateos*

La hija del comunista. *Aroa Moreno Durán*

Televisión. *María Cabrera*

Animal doméstico. *Mario Hinojos*

Madre mía. *Florencia del campo*

En la ciudad líquida. *Marta Rebón*

Y ahora lo importante. *Beatriz Navas Valdés*

Las ventajas de la vida en el campo. *Pilar Fraile*

Umbral. *Silvia Terrón*

Maratón balcánico. *Miguel Roán*

Game Boy. *Víctor Parkas*

Cambiar de idea. *Aixa de la Cruz*





*Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura  
hispanica*

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

Edición a cargo de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, José Ignacio Carnero

c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Agradecemos a Kirmen Uribe su permiso para reproducir el poema “Te quiero, no” recogido en *Mientras tanto cógeme la mano* (Visor, 2007)

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Fotografía de portada: iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-13-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S. L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Ama

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Sobre este libro

Sobre José Ignacio Carnero

Si te ha gustado Ama...

Últimos títulos publicados

Entra en la ciudad sitiada

Créditos